

TEATRO INFANTIL

679-38
POR
CELINA PERRIN



CELINA PERRIN

39026

TEATRO INFANTIL

(Las interpretaciones, dramatizaciones y
:: representaciones teatrales infantiles) ::



EDICIONES "ORBE"

SANTIAGO · CHILE

1935

NOTA DE LOS EDITORES

Desde hace mucho tiempo se dejaba sentir en las escuelas primarias y cursos inferiores de colegios y liceos, la necesidad de un teatro destinado a los niños. Maestros y alumnos debían conformarse con las escasas piezas encontradas en librería, después de fatigosas búsquedas, a menudo desprovistas de mérito artístico e inadecuadas para la representación infantil.

El deseo de llenar esta necesidad y de atender a la solicitud de maestros, alumnos y padres de los escolares, ha inducido a la EDITORIAL ORBE a publicar el presente volumen de TEATRO INFANTIL. Los múltiples obstáculos que ha sido necesario salvar para la selección de obras de este género, explican el atraso de esta publicación, anunciada desde principios de año.

Esperamos que este TEATRO INFANTIL, recopilado por una maestra que se ha preocupado con todo interés de trabajos semejantes, la señorita Celina Perrin, sea bien acogido por maestros y alumnos.

LA EDITORIAL ORBE

Santiago, Octubre de 1933.

DEDICATORIA

(A Amelia Ugas I., María González B.,
Armida Figueroa F. y Tato González G.)

A ustedes cuatro, hermanas en la esperanza de una realidad más justa, y por ello más hermosa entre los humanos; a ustedes que lograron el milagro de la fe en comunión espiritual conmigo, minuto a minuto, día a día, en instantes de prueba, de amarguras y de anhelos inmensos; a ustedes, cada una diferente en nobles cualidades e idénticas en lealtad y amplitud de ideales; a ustedes cuatro dedico esta primera obra, mía en sus imperfecciones y vacíos. Si algún mérito llegara a contener, es el espíritu que la anima, tributo propio de tan generosa hermandad que anheló, justificó y comprendió siempre la verdad.

Hermanas, no es de gran ostentación la ofrenda, pero, al menos, es un presente honrado; cuanto puedo ofrecerles como tal.

GELINA PERRIN

Santiago, octubre de 1933.



PROLOGO

Si se observa el panorama de la literatura infantil, se puede constatar fácilmente que junto a la abundancia de todo género de producciones: poemas, cuentos, historias adaptadas, una enorme escasez de piezas teatrales para niños—al menos en lengua española—limita las posibilidades de una buena selección. Puede asegurarse con la certeza de no caer en exageraciones que el teatro infantil apenas ha merecido la atención de los escritores. Una que otra pieza, lanzada a modo de ensayo y con sabor a nostalgias de infancia, cuando no es la obra enfadosa, con fines severamente pedagógicos—entiéndase la pedagogía oficial—que desnaturaliza el género mismo y no puede llegar al alma delicada y expansiva de los niños. Así, mientras la ausencia de producciones infantiles es manifiesta, el espíritu del pequeño escolar tiende a evadirse de las horas de clase rutinarias y rígidas, y trasladarse a un mundo distinto de aquel en que vive, a realizar las leyendas e historias que ha conocido y ser intérprete de sus propias fantasías.

Expuestas estas circunstancias adversas, se comprenderán las dificultades de todo orden con que se ha debido tropezar en la selección de un teatro infantil. Ha sido necesario recurrir a la adaptación de numerosas piezas, cuentos y poemas, colocándolos al alcance de la mentalidad de los niños; ha sido necesario echar mano a literaturas extrañas, más desarrolladas que la nuestra, y que han sabido apreciar en su justo valor la importancia de este género literario.

El presente trabajo aparece dividido en dos grandes secciones: **TEATRO PEDAGOGICO**, comprendiendo por tal al que puede servir como resumen de enseñanzas e ilustración amena de materias tratadas, y **TEATRO LIBRE**, orientado a despertar en la niñez las gratas emociones del arte. Es indudable que esta división hecha a base exclusiva de las obras recopiladas, no está exenta de reparos, que nosotros mismos podríamos formular, ya que también el teatro pedagógico debe proporcionar goce estético y es difícil señalar el límite que separa al uno del otro; pero, en nuestro concepto, esta división ofrece ciertas ventajas de sistema que los maestros podrán aceptar o desechar.

La primera parte contempla la **interpretación infantil** tanto en el Kindergarten como en los primeros años escolares, y en carácter de modelos se dan diez "motivos" sencillos y musicables; la **dramatización del cuento** que envuelve ya una actividad verdaderamente creadora de parte de los niños y que por su complejidad misma puede estar destinada a los cursos intermedios de la escuela primaria (2.º al 4.º año), y la **representación de pequeñas obras** en las cuales los escolares desempeñan el papel de auténticos actores.

La segunda parte comprende una serie de piezas recopiladas sin otra finalidad que la de promover el placer artístico que genera la interpretación de las bellas obras.

El carácter de sugerencias de los motivos infantiles y los cuentos dramatizados, y la esperanza de que los maestros por propia iniciativa han de ampliar las perspectivas de un género apenas cultivado entre nosotros y tan necesario para la educación infantil, excusarán los vacíos del presente trabajo. La labor personal del maestro, tanto en la búsqueda de nuevas obras como en la interpretación de las ya existentes, es indispensable para el desarrollo de un buen teatro destinado a la niñez, porque de él dependerá muchas veces subsanar, a más de la escasez de esta clase de representaciones, las dificultades escénicas que provienen directamente de la miseria material de nuestras escuelas públicas.

Se inserta en esta obra, conjuntamente con las pie-

zas dramáticas, un número suficiente de indicaciones escénicas tendientes a ilustrar su ejecución, indicaciones que el maestro podrá utilizar o modificar de acuerdo con los recursos materiales de que se disponga o del ambiente en que se efectúe la representación. Tal ocurrirá seguramente con algunas producciones como "El Pájaro Azul", "Hansel y Gretel", susceptibles de simplificaciones tanto en el número como en la caracterización de los personajes, algunos manifiestamente simbólicos.

Por último, queremos anotar la inexistencia de un teatro infantil como nosotros lo hubiéramos deseado, destinado a los niños proletarios de nuestras escuelas públicas; un teatro que interpretase sus sentimientos, móviles y anhelos, y pudiese reproducir, sin falsos mirajes, la dura realidad social en que se desenvuelven sus vidas.

LA AUTORA.

Santiago, octubre de 1933.

TEATRO PEDAGÓGICO

MOTIVOS INFANTILES



“Piececitos al revés”

(Juana de Ibarbourou)
Uruguay

Motivo.—Juegos en clase de Gimnasia.

Julio, Nonia, Tito, María Isabel, Reina y Betito juegan a “Piececitos al revés”. María Isabel es “la madre”. Julio es “el enano” y se encorva para mejor parecerlo. Va a donde está “la madre”, golpea las manos y con ella entabla el siguiente diálogo:

—¡Tan, tan!

—¿Quién es?

—Piececitos al revés.

—Está cerrada

Y perdí la llavecita.

—El enano Piececitos

la abrirá con una espadita.

—Como tengo mucho miedo

Con mis hijitos huiré.

Al decir esto último, María Isabel echa a correr seguida de los demás niños, a tiempo que Julio contesta:

—Y yo al que agarre primero
Todito lo comeré.

Y se pone a perseguirlos. Al fin alcanza a Betito y a éste le toca desempeñar el papel del enano “Piececitos”. Se sortean las niñas y a aquella que le corresponde el número nueve, hará de “la madre”.

Y el lindo juego de “Piececitos al revés”, sigue animado y alegre.

Zurciendo Hojas

Motivo.—Arboles en primavera. Las ramas desnudas comienzan a engalanar sus vértices con trocitos de géneros sutiles y de colores suaves. El viento, que es un hábil modisto, va con suma elegancia combinando los adornos, mientras las brisas, sus costureras, van prendiendo en los árboles el tul verde de las hojas nuevas...

(Alfredo Mario Ferreiro)
Uruguayo

Con agujas de ramas
y con hebras de viento
remiéndanse los árboles
—fugazmente—la copa.

Y es un juego de risas
luminosas
este porfiado empeño de las brisas
en zurcir—de una vez—todas las hojas.

Indicación de interés:

Trátase de completar la impresión de la poesía con la expresión en el Dibujo.

La "Rueda - Rueda"

(Juana de Ibarbourou)
Uruguay

Motivo.—Saben muchos juegos los niños. Pero uno de los que más les gusta, es tomarse de la mano, hacer una rueda y cantar mientras dan vueltas rítmicamente. Y los niños cantan la canción de la:

"Rueda-Rueda"

A la rueda, rueda:
Que cayó del cielo,
Al agua del río
Un lindo lucero.

A la rueda, rueda:
Que la princesita
Para sus cabellos
Quiere la estrellita.

A la rueda, rueda:
Que se enoja el rey
Y dice a los pajes
Que no se la den.

A la rueda, rueda:
Que llega el galán
Y a la princesita
Se la ofrecerá.

A la rueda, rueda:
Que se casarán
Y el rey y la reina
a la boda irán.

Cantadla, niñitos. Y veréis qué lindo es el juego de la "rueda, rueda".

Juego de Veletas

Motivo.—La orientación.

Los volantines blancos, amarillos, rojos, el viento los eleva, los mece y los azota... Parecen a lo lejos extraños pájaros que perdieran los ojos y buscaran azorados una ruta en el cielo a grandes cabezadas... El viento los empuja (es un mal lazarillo) y si es malo con los ciegos volantines, es de puro travieso!... Le agrada más jugar con las veletas sobre los tejados de la ciudad!

(Alfredo Mario Ferreiro)

Uruguayo

Las rígidas veletas
nunca están aburridas;
juegan con el viento a las escondidas
en la cancha abierta del aire,
del Sur hasta el Norte,
del Este al Oeste.

El viento es muy diablo;
trata de esconderse
de modo que nadie pueda delatarlo.

Pero las veletas son como los perros
¡tienen un olfato!
En cuanto el viento grita:

“¡Ya estoy escondido!”
cambiando de rumbo
lo están señalando.

¿Qué es una veleta? Todas las chicas en un círculo escucharán la explicación. Se procede en igual forma que el motivo LAVANDO NUBES.

La Canción de la Madrecita

Motivo.—Nonia es la nena de todos los tiempos y que vive en todos los países de la Tierra... Es la madre que canta, es la mujer que sueña, es la niña que se siente madre antes de saberse mujer. Su canto es el arrullo universal que llega a los labios imperceptible, emocionadamente cerca de cualquiera cuna. Cambiando de palabras, su música es idéntica, y cada muñeca que lo escucha, cerrados o abiertos los hermosos ojitos, sueña aventuras maravillosas y no molesta más a la madrecita que la arrulla. El arrullo de Nonia es el canto universal que sólo habla de ternura, ya sea bajo un techo de casa suntuosa o en la oscura pieza del conventillo humoso...

(Juana de Ibarbourou)
Uruguay

Duérmete mi hijita
Que si no haces nono,
Vendrá el conejito
Del hocico romo.

Es un conejito
Que a sus madrigueras
Se lleva a las niñas
Cuando no son buenas.

Duerme, nena, linda,
Que vendrá papá,
Y la comidita
Sin hacer está.

Arrorró tesoro,
De mi corazón,
Si eres buena y duermes
Te daré un bombón.

Y la muñequita, a quien Nonia acuesta en la cuna, cierra los ojos y se queda dormida, con gran satisfacción de la pequeña mamá.

Lavando Nubes

Motivo.—Día de lluvia... Cae el agua como finas agujas de brillante acero. Cielo gris! Cesa de llover y un viento juguetón viene a invitar a las gotas de lluvia que, temerosas, se quedaron suspendidas en las ramas desnudas de los árboles por no ensuciarse en las pozas oscuras de la tierra. Se abre el cielo en un saludo azul... Las nubes se ponen blancas, muy blancas. ¡Todos los corderitos blancos de la Tierra se fueron para el cielo!

(Alfredo Mario Ferreiro)
Uruguayo

El viento está lavando las nubes.
Toma una nube negra,
la empapa en lluvia,
nos moja el campo,
lava el cielo,
y sale la nube blanca
de negra que era,
para ir a colgarse
en el hilo azul
del horizonte, a secarse.

Con mímica se hará en un gran círculo. Una chica, adentro, recitará la poesía entera; en seguida todas, accionando y haciendo lo que dice el verso, van dramatizando la poesía.



El año es un tren

(Motivo libre para
colocarle música)

(C. Perrin)

Una rueda de niños sentados a piernas cruzadas; cantan todos:

El año es un tren
que llega a cuatro estaciones:
Primavera es la primera,
Verano es la segunda,
Otoño es la tercera
y el Invierno es la postrera.

Un grupo de la rueda de niños se levanta; cada niño apoya sus manos en la cintura del compañero y comienza el ruido característico del tren en marcha. El grupo se mueve a compás de la música:

El año es un tren
traca, traca... chiquichí
fsssi... fsssi... fsssi... fssi
chifs... sisí... chifs... sisí
ffss... ffss... ffss... ffss...

El tren a compás de la música da vueltas por la sala; sale el jefe de estación al término del último compás:

El jefe de estación.—Pit... Pit...! Llegamos a Primavera.

El tren.—¡Talán... Talán... Talán!

Una vendedora.—¡Qué lindos son estos ramos de Primavera, casera!

¡Flores, flores de Primavera!

¡Cómprame flores, casera!

Termina aquí la música; todos los niños corren a sus puestos de la rueda y otro grupo formará el tren nuevamente para llegar al Verano. Cantan como anteriormente:

El año es un tren, etc., etc.

Al término de la música sale el jefe de estación batiendo dos banderas: una tendrá pintado un paisaje de mar; la otra, frutas.

Jefe de estación.—Pit... Pit!

El tren.—Talán... Talán... Talán!

Todos los niños que forman el tren del Verano cantarán al deshacer el tren:

¡Adiós, me voy al mar
llegamos al Verano
y me voy a bañar...

Los niños al terminar de cantar corren a su rueda y sale el tercer grupo a formar el tren del Otoño en la misma forma de los grupos anteriores.

El jefe de estación.—¡Pit... Pit! Deténgase el tren.

Es la estación de Otoño
y se debe parar...

El tren—¡Talán... Talán!

Se deshace el tren del Otoño y se forma el del Invierno. En esta forma juegan todos los niños en una misma y a la vez novedosa manera; comienza a moverse el tren, acciona la locomotora, se arrastran los pies fuerte y lentamente, movimiento que se irá suavizando y acelerando a un mismo tiempo y al compás de la música cuando la haya.

Al llegar el último tren a la estación el jefe dirá:

Jefe de estación.—¡Deténgase el tren,
es la estación
de Invierno
y con dulce vaivén
termina la canción.

El tren.—¡Talán... Talán... Talán!

Los pollitos desobedientes (1)

(Dramatizado con música: canto, ronda y danza; sin música: recitación y danza libre)

Ronda.—(Cantando o recitando):

Coro.—(En un alegre desparramo):

Somos los pollitos,
vamos a jugar.
¡Qué grande es el mundo
fuera del corral!
Mamá no quería
dejarnos salir.

(accionando libremente, con picardía):

¡Y la picarona
nos mandó a dormir!

(Corriendo y juntándose en el centro. Con arrogancia):

Mas, como nosotros
somos grandecitos,
bien puede mamita
dejarnos solitos.

Uno de los pollitos se aparta solo y caminando con arrogancia, canta o recita

Pollito N.º 1:

Yo que soy más grande
arranqué primero
por una abertura
de este gallinero.

(Otro pollito repite la acción del primero).

Pollito N.º 2:

Yo que soy segundo
al mayor seguí,
pues también quería
llegar hasta aquí.

(El pollito más chico repite al paseo y la acción de los dos primeros).

Pollito N.o 3:

Y yo el más chiquito
también he seguido.
¿Por qué yo solito
iba a estar dormido?

(Todos accionando en el centro):

Y también pasamos
todos los demás,
puesto que ninguno
se ha quedado atrás.

Desparramándose de pronto y bailando alegre y desordenadamente:

¡Juguemos, cantemos,
qué lindo es cantar!
Corramos, brinquemos,
vamos a bailar.

(De repente el pollito más chico, se para en medio de la ronda y rompe a llorar).

Pollito N.o 3:

¡Ay, yo tengo miedo,
ay, yo tengo frío!

(dolorido):

Yo no se qué tengo.
Pío, pío, pío!

(Todos rodeándolo y haciéndolo callar. En voz baja):

Cállate, chiquito,
que viene el papá.
Y si nos sorprende
nos castigará.

(El gallo entrando):

¿Quién hace ese ruido?
¿Quién anda por ahí?
¿Con que son ustedes?
¡Ki ki ri qui!

(La gallina, entrando, inquieta y sorprendida):

¿Y quién el permiso
a ustedes les dió?
¿Vinieron solitos?
Clo clo; clo clo cló.

(Todos mostrando al más chiquito):

Este fué el que dijo
que usted nos mandaba.

Pollito N.º 3: (Corriendo hacia la gallina).

Mamita querida,
yo no he dicho nada.

(Todos mostrándose unos a otros y accionando según los versos):

Fué este el que no quise
quedarse en el nido.

(Con gran alboroto):

Tú fuiste! Tú fuiste!
No! No! Yo no he sido!

El gallo (autoritario):

Bueno, bueno! A todos
les voy a prohibir
que jueguen mañana.
Ki, ki ri ki.

La gallina. (Maternal):

Bueno, bueno, bueno.
Desde hoy adelante
andarán ustedes
siempre al lado mío.
¡Pobres mis nenitos!

Pollitos. (A coro y corriendo llorosos):

Pío! Pío! Pío!



Los sapos

(Adaptación de
C. Perrin

(Berta E. Vidal)
Argentina.

Motivo.—¿Quién sabe lo que dicen los sapos a las orillas de las charcas cuando reunidos comienzan a croar a la luz de las primeras estrellas que en los cielos empiezan a brillar?

¿Nadie?

Yo sí... lo sé!

Los sapos fueron unos malos hermanos que ambicionaban las riquezas del más acaudalado de ellos, sin mayor sacrificio.

Agonizaba el hermano rico y les preguntó: Cuando yo me muera, ¿quién me ayudará?

—¡Yo no... Yo no... Yo no... (se dijeron los hermanos unos a otros).

No escuchando una respuesta, insistió el hermano enfermo:

—Cuando yo me muera, ¿quién me velará?

—¡Yo no... yo no... yo no... (los malos hermanos se volvieron a decir).

No creyendo en el silencio mal intencionado de los interesables, volvió a preguntar el moribundo: Cuando yo me muera, ¿quién me enterrará?

—¡Yo no... yo no... yo no... (el mismo murmullo se dejó escuchar).

Comprendiendo al fin el enfermo las intenciones de sus hermanos les dice: Cuando yo me muera, ¿quién me heredará?

—¡Yo... yo... yo... yo... yo... yo... yo... (todos los hermanos a gritos se apresuraron a contestarle entonces).

Pero sucedió algo terrible. Los hermanos ambiciosos se transformaron en unos animalillos que se les llamó

sapos y todas las tardes tienen que recordar el origen de su estado.

Este es el cuento. ¿Juguemos ahora a los sapos? Tú vas a ser el hermano enfermo y nosotros los hermanos interesables. Una rueda... ¡Ya! Al centro está la laguna y nosotros en cuchillas a la orilla. Arriba brilla la luna y asoman las estrellas...! ¡Aquí abajo nuestro croar.



Danzando sobre las rocas junto al mar

(Adaptación de
C. Perrin

("Ballades", Paul Fort)
Francés

A la música del viento fresco, danzaremos sobre las rocas junto al mar, pisoteando el musgo blando que las tapiza en Primavera, hasta que nos quedemos rendidos de tanto reír y danzar...

¡Dancemos la ronda sobre las rocas del mar!

Abracémonos ahora los quince muchachos con nuestras quince pescadorcitas, girando rápidamente y mirando sólo lo que verse pueda bajo el ala de sus cofias marineras...

¡Dancemos la ronda sobre las rocas del mar!

El agua lo refleja todo y se ven vuestras gorras y nuestras cintas. Nuestras cintas semejan nerviosas ángulas sobre la ola movediza y vuestras graciosas cofias parecen gaviotas blancas danzando sobre el mar...

¡Dancemos la ronda sobre las rocas del mar!

A la dulce sombra del gran acantilado, canten las bellas muchachas a la reina Ana, que fué tanto más bella cuanto mejor hizo cantar a los muchachos en la ronda gentil...

¡Dancemos la ronda sobre las rocas del mar!

Y cuando, al caer la tarde, el cielo sea una rosa inmensa de pétalos rojizos y cante el Angelus su balada suave, nosotros nos inclinaremos de dos en dos para orar; y, cuando se borre en los cielos la extraña flor de sangre del Crepúsculo y asomen temerosas las primeras estrellas, nosotros volveremos a la vida de la alegría, hermosas pescadorcitas de blancas cofias con alas extendidas, y, recordando la ronda sobre el acantilado, volveremos cantando a la aldea a dos en dos entrelazados, mientras la luna blanca, con las risueñas estrellas, imitarán nuestra danza sobre la onda espejeante del mar...

¡Dancemos ahora la ronda sobre las rocas del mar!

Indicación para proceder:

Este motivo puede emplearse, lisa y llanamente, como un todo y para todo un curso. La mitad serán muchachitos, y la otra, muchachitas vestidas de marineros. Ellas con amplios sombreros blancos, ellos con gorros marineros con cintas.

Se buscará una música de acuerdo con el motivo, que no es más que una fantasía de niños alegres y que aman la vida, estimulados por el imponente paisaje del mar mirado desde lo alto de un gran acantilado cuando el sol va a besar las olas, deshaciéndose en el horizonte en un grandioso fanal de adioses. Todo el motivo encierra el propósito, el deseo, la manera cómo van a jugar, es, en resumidas cuentas, una preparación al juego entre los protagonistas de la ronda y, aunque parezca paradójal, es la ronda misma.

O bien, cada período puede ser dicho por un grupo, el otro respondería con el siguiente y, todos en seguida podrían repetir como un estribillo aquello de: "Dancemos la ronda sobre las rocas del mar".

Como puede verse, este motivo es muy flexible y puede, a más de las insinuadas, emplearse con muchas otras variaciones.

Hansel y Gretel

(Adaptación de
C. Perrin)

(Ópera de Humperdinck)
Alemán.

El texto íntegro de este cuento puede encontrarse en "El Tesoro de la Juventud"; aparece con el nombre de Pepito y Juanita.

La ópera Hansel y Gretel es de una hermosura infantil única y es una pieza artística digna de conocerse; sólo el acompañamiento de música es un antecedente que hace meritoria la obra.

Caracteres de los personajes en acción.—Familia de campesinos pobres. El padre viudo vuelto a casar; hombre bonachón. Fabrica escobas y plumeros que vende cada semana en la ciudad. La madrastra es mujer de carácter violento; teje encajes que vende en la ciudad. Su mayor y más desagradable ocupación, son los niños a causa de la miseria que los rodea. Los niños: Hansel, muchachito de 8 años, ayuda a su padre a hacer escobas; es de carácter más tímido que Gretel, chiquitina alegre, 9 años de edad.

Una escena familiar se desarrolla en este hogar miserable, y entra en acción lo fantástico de la pieza y del cuento, con la bruja del bosque y su palacio encantado, en el cual, mantiene encantados a todos los niños que se pierden en el bosque.

La pieza puede concretarse así: 1.º Escena en la cabaña antes de la llegada de los padres de la ciudad. 2.º La madrastra, envía a los niños al bosque a buscar frutas. 3.º Llega la noche y el padre se desespera por la ausencia de los chicos y decide ir al bosque a buscarlos. Todos estos movimientos, llamados vulgarmente escenas, forman el primer acto de la pieza.

El segundo acto constaría de: 1.º El sueño en el bosque. 2.º Encuentro con el palacio encantado de la bruja y presentación de ésta. 3.º La incineración de la bruja por Hansel y Gretel. 4.º El desencantamiento y encuentro de los niños con sus padres.

Vestidos.—Hansel viste pantaloncito rojo oscuro; chaquetita sin mangas de color negro, blusa blanca; medias blancas, zapatos oscuros. Gretel viste pollerita de cintura recogida, amplia y larga de color amarillo o rojo con huinchitas negras en el ruedo; blusa blanca de manguitas subidas y con recogidos más arriba del codo para que haga globitos; corcelete o chaquetita corta sin mangas, de color negro; cofia estilo holandés (pero no exagerado), color blanco; medias blancas y zapatitos oscuros; corto delantalcito blanco de cintura. El padre como Hansel, pero con pantalón largo (puede invertirse el color de la chaqueta y del pantalón); la madrastra, como Gretel, añadiendo un corto pañolón sobre los hombros.

Escenario.—Para el primer acto, que se desarrolla en una pieza comedor, el escenario presenta una habitación pobremente amoblada con una mesa, tres o cuatro sillas, un hogar donde arde un fuego de leña; sobre la mesa un canastito; una puerta lateral y otra de fondo, ésta se supone que va hacia el bosque.

Nota.—El escenario como igualmente el vestuario y características de los personajes debe ser adaptado a las costumbres y usos del pueblo o región donde se represente la pieza.

ACTO PRIMERO

Hansel sentado cerca de la chimenea remienda escobas; Gretel teje una media larga o una bufanda, sentada sobre la mesa. De repente, aburrída, tira a un lado la labor y acercándose a Hansel le dice, cantando:

GRETEL.—¡Hansel, yo quiero bailar
de la mano ven aquí.

Adelante, vuelve atrás

una, venia luego así...! (Se repite la música mientras Gretel baila alrededor de la pieza invitando al muchachito a que la imite).

HANSEL.—(Deja de trabajar y mira con gusto a Gretel diciendo):

¡Yo desearía bailar,
mas, no sé qué paso hacer,

cuando debo saludar...

¡Dime tú y aprenderé...!

(Se levanta de un salto y va hacia Gretel).

Gretel toma de la mano a Hansel.

Danzando los dos.—¡Con tu pie, tac, tac, tac, tas...

(Golpean el suelo).

¡Con tus manos, clap, clap, clap...

(Golpean las manos).

¡adelante, vuelve atrás,

una venia luego así...!

(Todo esto se hace en forma que Gretel trata de enseñar a bailar a Hansel y éste torpemente la va imitando).

Se repite la música y la chica baila alrededor de la pieza siguiéndole el hermanito; al terminar la música aparece la madrastra, quien al entrar encuentra a los niños bailando, toma una escoba y trata de golpearlos. Los niños han comprendido la posible amenaza... y se esfuerzan por eludir el castigo huyendo después de una correteada por la pieza; la madre alcanza a Hansel y sostiene el siguiente diálogo:

LA MADRE.—¿Qué hacías en lugar de trabajar, ocioso?

HANSEL.—¡Nada, madre, nada...

LA MADRE.—¡Cómo nada, gandul...! ¡Toma, (tomando de sobre la mesa el canastito y pasándosele al niño) vete al bosque a buscar fresas y no tardes en volver! (antes que Hansel se vaya le da un coscacho).

Hansel se dirige a la puerta; se vuelve de repente y le hace señas a Gretel para ir juntos, ésta está debajo de la mesa y sale corriendo yéndose al bosque con el hermano.

(Pausa.—La mujer se ha acercado al fuego y se sienta en un piso bajo con la cara apoyada en una mano, medita. Va cayendo la tarde; debe irse disminuyendo la luz en el escenario y al término de esta escena y al fin del acto, en la pieza quedará una sola luz; es de noche).

Desde fuera se oye un canto de borracho; es el padre

que vuelve del pueblo: ¡Lará... liri... lirá... laraaaaa...!

La mujer mira y escucha hacia la puerta lateral. Al aparecer en ésta el padre, la mujer exclama:

LA MADRE.—¿Llegaste?... ¿Cómo te fué en el pueblo?... ¿Vendiste las escobas? (La mujer habla con marcado interés y con buen humor).

EL PADRE.—Sí; vendí todas las escobas y los plumeros también, mujer...! (Se sienta y apoya la cara en una mano, de codos en la mesa, con la otra golpea fuertemente la cubierta en donde ha dejado un hatillo de comestibles). ¡Ha sido una tarde estupenda...!

LA MADRE.—¿Y qué traes del pueblo en ese paquete?

EL PADRE. (Alegre y bromista).—¡Adivina! (Desenvuelve el paquete de manera que la mujer no pueda ver el contenido).

LA MADRE.—¿Bizcochos?...

EL PADRE.—¡No!... (Saca un paquete blanco). ¡Es jamón...!

LA MADRE.—¡Uy, qué rico...! ¿Y, qué más? (Trata de mirar el contenido del saco).

EL PADRE.—¡No, no mires... Adivina! (El padre va sacando paquetes y la mujer, al irlos descubriendo, va nombrando las provisiones).

LA MADRE.—¡Queso... qué sabroso! ¡Pan blanco... qué tierno! ¿Qué más traes?

EL PADRE.—¡Chocolate para los niños... A propósito, ¿dónde están los muchachos? (Llama a grandes voces): ¡Haaansel... Greteeel...! (Como los niños no acuden pregunta): Y, ¿dónde están?

LA MADRE.—¡Vaya, me había olvidado; los mandé al bosque a buscar fresas...

EL PADRE.—(Admirado). ¿A buscar fresas???? ¿A estas horas lo enviaste al bosque??...

LA MADRE.—No, al caer la tarde y les dije que no tardaran...

EL PADRE.—(Se levanta furioso de la mesa hablando en voz alta). ¡¡Vaya una ocurrencia la tuya... Enviar a los niños al bosque, mujer... y ya es de noche...!!

Después de muchos paseos se decide de repente y le dice a la mujer: ... ¡¡Me voy también al bosque a buscar

a mis hijos; quizás si una fiera salvaje los habrá devorado!!

(Sale el padre por la puerta del fondo; la mujer ha tratado de detenerlo, pero, ya es tarde, el hombre se ha marchado y sólo ha alcanzado a gritarle):

LA MADRE.—¡No vayas con esta noche tan obscura!.....

EL PADRE.—(Desde lejos le grita): ¡¡Me voy...!!

(TELON RAPIDO)

ACTO SEGUNDO

En el bosque. Mucha luz; es la mañana.

(Aparecen los niños durmiendo uno junto al otro apoyados en el tronco de un árbol; han pasado allí toda la noche).

Música: segunda parte de la obertura de la ópera Hansel y Gretel.

GRETEL.—(Despertando se restrega los ojos y mirando para todos lados repara en Hansel y lo despierta). ¡Hansel, Hansel... Despierta... Mira qué lindo que brilla el sol!

HANSEL.—(Se va desperezando a los zamarreos de Gretel y juntos se ponen a observar el bosque). ¿En dónde estamos, Gretel...?

GRETEL.—¡En el bosque, pues, Hansel!

HANSEL.—¿Y dormimos aquí?...

GRETEL.—¡Claro, aquí mismo...!

HANSEL.—¡Volvamos a casa, Gretel!

GRETEL.—¡Sí, busquemos el camino...!

(Se toman de la mano y van andando muy lentamente hacia el fondo del escenario; a lo lejos, en el telón de fondo se divisará un castillo y se acercan a él).

HANSEL.—¡Mira, Gretel, parece que fuera un palacio de bizcochos...! (Mostrando a lo lejos el palacio).

GRETEL.—¿Vamos a la puerta?

HANSEL.—¡Ya! (Al llegar los niños a la puerta, se escuchará una extraña voz).

LA BRUJA.—(Sin que la vean los niños, ni el público). ¡¡Hocus, pocus, cui... cui... cui...!!

HANSEL.—¿Qué es eso, Gretel? ¡¡Tengo miedo!!

GRETEL.—¡No seas tonto... Es el viento!...

LA BRUJA.—(Aparece en escena montada en una escoba bailando desenfrenadamente y repitiendo las extrañas palabras: ¡¡Hocus... pocus... cui... cui!!). Los niños atemorizados se abrazan y observan al extraño personaje en su bailoteo; la bruja deja la escoba y se dirige amablemente a los niños). ¡Hola, mis buenos amiguitos, venían ustedes a ver a la solitaria habitante del bosque? ¡Muy bien, bienvenidos sean en mis dominios...! (Dirigiéndose a Gretel). ¿Cómo te llamas, tú?...

GRETEL.—¡Gretel, señora...!

LA BRUJA.—¿Y tú, muchacho?...

HANSEL.—Hansel, señora...!

LA BRUJA.—...Se quedarán a vivir conmigo... y para empezar, tú, Gretel, barrerás el palacio y Hansel cuidará del jardín... Pero, para tener seguridad, voy a encerrarlo en una jabita mientras voy a buscarles golosinas...

(Trae una jaba e introduce en ella al niño, quien se resiste y gimotea a su carcelera).

HANSEL.—¡No me eche aquí, señora...!

LA BRUJA.—No tengas miedo, tontín, yo soy muy buena...

GRETEL.—¡No llores, Hansel... si la señora es buena...!

(La bruja deja dentro del encierro al niño; Gretel se hace la que barre; al desaparecer la bruja, la niña se acerca a Hansel y hacen planes de evasión).

HANSEL.—Esta es la bruja que se come a los niños que se pierden en el bosque, Gretel...

GRETEL.—Sí, Hansel, y a tí te va a comer; para eso va a buscar golosinas... para que engordes.

HANSEL.—¡Yo no quiero que me coma la bruja, Gretel. (Llorando).

GRETEL.—Yo tampoco... Pero, mira... se me ocurre una idea. Cuando vuelva y quiera echarte al horno, porque siempre se come asados a los niños, yo habré amarrado la puerta, entonces ella me va a pedir que la ayude..

HANSEL.—¿Y qué vamos a hacer los dos...?

GRETEL.—Espérate... ella te deja en el suelo porque yo no voy a abrir la puerta, entonces tú me ayudas; en cuanto ella abra la puerta la empujamos por detrás, la echamos al horno y cerramos la puerta.

HANSEL.—¡Oh, qué hermoso si castigáramos así a la bruja del bosque...

LA BRUJA.—¡Hocus, pocus, cui... cui... cui...!

GRETEL.—Ahí viene... (Toma la escoba y se pone a barrer, Hansel, llora).

LA BRUJA.—Me gusta que seas obediente, Gretel. Te traigo ricas frutas a tí, llorón, para que engordes y comerte asado, gandul... ¡Ja, ja, ja! ¿A ver si estás gordo? Te voy a asar luego. ¿Has visto el horno, Gretel?

GRETEL.—¡No, señora!

LA BRUJA.—(Va hacia el encierro de Hansel). Sale, muchacho, tu hora ha llegado, vas a servirme de almuerzo...

HANSEL.—¡No, señora, no me coma usted...!

LA BRUJA.—(Trata de abrir la puerta del horno teniendo al niño bajo un brazo). ¡Vaya, no puedo abrir yo sola esta puerta; ayúdame, Gretel...

GRETEL.—No puedo, señora... (Forcejeando).

LA BRUJA.—¡A ver!... (Deja en el suelo a Hansel. Gretel se ha ido hacia atrás; lo mismo hace Hansel. Junto con decir la bruja ¡Ya! y abrir la puerta del horno, ellos la empujan y cierran la puerta).

GRETEL y HANSEL.—¡Quemamos a la bruja, quemamos a la bruja!

(Se toman de la mano y bailan).

HANSEL.—¿Vamos a ver el palacio?

GRETEL.—No estando la bruja, claro...

(De repente comienzan a llegar a presencia de los niños muchos chiquitines que la bruja había encantado. Hansel y Gretel los van tocando y los chiquitines se van

desencantando, y junto con sus salvadores, se ponen a bailar. Llegan al bosque el padre de Hansel y Gretel con muchos individuos del pueblo que buscaban a los niños perdidos en el bosque y al saber la hazaña de los chicos se ponen todos a bailar. Se dispersan después quedando en escena Hansel, Gretel y el padre).

HANSEL y GRETEL.—(A una voz). ¡Mira, ahí viene papá!

EL PADRE.—¡Hijos míos, qué valientes sois!

HANSEL y GRETEL.—(A una voz). ¡Quemamos a la bruja, papá!

LOS NIÑOS DESENCANTADOS POR HANSEL Y GRETEL.—¡Ellos son nuestros salvadores!

LOS HOMBRES DEL PUEBLO.—¡Bravo por los valientes! Dancemos en su honor...

(Todos bailan).

TELON RAPIDO.

Indicación práctica: El bosque es muy sencillo de hacer con ramas de pino, las que se colocarán en tubos de cemento llenos de tierra para evitar que el peso de las ramas eche por tierra todo el bosque artificial. Se recomienda colocar flores amarillas entre las ramas de los árboles para hacer clara la escena de la mañana en el bosque. El horno se hace sobre una mesa, siendo muy fácil así el deslizarse de la bruja por la puerta.

Caperucita Roja

(Juana de Ibarboureou).
Uruguay

FANTASIA ESCENICA

Primera parte

Epoca remota. Cocina amplia y antigua. En el hogar, bajo la gran campana negra, el fuego de encina, alegre y chispeante. De las obscuras vigas cuelgan embutidos, quesos de cabra, mazos de hierbas medicinales y ollitas de barro con miel. Al fondo, frente a la escena, ventana de vidriera corrediza, a través de cuyos vidrios humosos se perfilan árboles blancos y desnudos.

CAPERUCITA.—(Asomada a la ventana, sobre un banco, hablando con alguien). ¡Si, me imagino, pobrecito, el hambre que tendrás! Claro: estando el campo y el bosque cubiertos de nieve, hasta las hierbecitas se hallarán tapadas... ¿Ni siquiera bellotas? ¿Tampoco raposas? Sube: te daré bolos de cuajada y pan blanco, con manteca... No, tonto, estoy solita. Madre se fué a casa de abuela, que tiene carraspera. No viene hasta la noche. ¿Miedo? ¡Qué bobo! ¡Como si siendo buena una niña tuviese que sentir miedo por nada!... Sí, sí, sube. Pero, oye: (toma de un clavo, junto a la ventana, la llave y la arroja hacia afuera), ahí tienes la llave. Luego que abras apoya fuerte la pata en el picaporte, pues yo no alcanzo para alzarlo y no puedo tampoco arrimar el banco, que pesa mucho... Anda, muévete, que te vas a helar. Tienes nieve hasta en el hocico...

(Caperucita cierra la ventana, desciende del banco y corre hacia la puerta. Esta se abre lentamente y entra el lobo).

EL LOBO.—¡Qué buen calor que hace aquí!

CAPERUCITA.—Arrímate al fuego. Voy a darte algo de comer. ¡Mire que no probar bocado desde anoche!... (Levanta con gran dificultad la tapa del arcón y por la rendija que consigue abrir saca un pan, bizcochos, miel y

manteca. Toma un gran cuchillo y prepara ágilmente las rebanadas que va dando al lobo, el cual las devora con gran apetito). Buenas ¿eh? Además, mira: toma la cuchilla, trepa sobre el arca y corta un poco de jamón. Yo, por más que me empine sobre los pies, no alcanzo. (El lobo hace lo que la niña le ordena. Ella, recostada al fogón, lo mira riendo).

CAPERUCITA.—¡Que estás flaco! Se te pueden contar las costillas. Ven, come junto al fuego. El calorcito hará que la merienda te parezca mejor. (Le pasa cariñosamente la mano por el lomo).

EL CORO.—(Desde afuera):

El pañuelo de la reina
Se llevó el agua del río.
Era bordado de oro.
Yo tendré que darle el mío.
¡Ay, ay, ay!
Yo tendré que darle el mío
Bordado con los cabellos
Dorados de mi galán.
¡Ay, ay, ay!



EL LOBO.—Voces frescas, voces de muchachas.

CAPERUCITA.—(A medida que el coro se acerca, ella ha ido aproximándose a la ventana). Son las cinco "niñas de oro", las hijas del molinero, a quienes han puesto ese nombre por lo rubias. Van, quizá, a casa de su hermana mayor, la casada con el guardabosque, que anoche, bajo una col, encontró un niño pequeño. (Corre la vidriera). ¡Sol, Bellorita, María Gracia, Germana, Turquesa: venid! El lobo está conmigo. Es una gran mentira eso de que come niños. Es mi amigo.

VOCES DESDE AFUERA.—¡No es posible!

—La mentira es pecado, Caperucita.

—No podemos subir a acompañarte. Vamos a ver el niño que Gabriela halló anoche bajo una col. Ven también tú.

—Sí, sí, ven.

CAPERUCITA.—¿No os digo que tengo al lobo de visita? No puedo ir.

LAS VOCES.—Tonta: ¡como si nos fueras a engañar!

—¡Vaya una broma!

—Caperucita: apostaría a que señora Martina no está y que tú te has puesto a beber sidra.

CAPERUCITA.—(Al lobo). Ven, querido. No quieren creerme.

EL LOBO.—¡Huuu!

VOCES DESDE AFUERA.—¡Jesús!

—¡Iiiii!

—¡Madre de Dios!

—¡El lobo!

—¡Huyamos, hermanitas!

CAPERUCITA.—(Bajando la vidriera, enfadada). ¡Feo! Las has asustado. ¿Para qué haces esas cosas? Así adquieres mala fama.

EL LOBO.—(Poniéndole una pata sobre el hombro y olfateándola). ¡Qué olor tan suave y tan fresco tienes!

CAPERUCITA.—(Dándose importancia). Claro: como que me encontraron debajo del rosal encarnado. Padre era vivo aún. Volvía de casa del señor marqués, a quien había ido a llevar una cuba de vino. Era de tardecita, con un tiempo tan frío como el de hoy. Todo estaba cubierto de nieve. De pronto, padre sintió llorar a un chiquillo, cerca del sendero de la huerta. Miró, miró y, ¿querrás creerlo? vió de pronto el rosal, sin una gota de nieve, lleno de flores, hermosísimo. Debajo de él salía el llanto. Se acercó y me encontró, morada de frío, recostada sobre tres rosas. Trájome a casa, madre me dió leche caliente con canela y azúcar, envolviómeme en un pellejo de cordero y desde ese día fui su hijita.

EL LOBO.—(Socarrón). Benditos sean los rosales que dan tales flores para regalo de los lobos.

CAPERUCITA.—¿Qué murmuras?

EL LOBO.—Decía que ¡bendito sea el rosal encarnado que dió tan bella flor!

VOZ DE AFUERA.—¡Caperucita, abre!

CAPERUCITA.—(Batiendo palmas, gozosa). ¡Barba de Plata! (Al lobo, que ha corrido a ocultarse tras el arcón). Es el Barba de Plata. Abre tú, que ni él ni yo alcanzamos al pestillo.

EL LOBO.—¡Hum! (abre la puerta).

BARBA DE PLATA.—Buenas noches... ¡Oh, maese lobo! ¿usted por aquí? (Aparte) ¿Qué estará haciendo solo con la niña este redomado pillo?

EL LOBO.—(Con exageradas cortesías). Buenas noches, buenas noches. (Para su capote). ¿Qué se le ofrecerá a este viejo marrullero?

BARBA DE PLATA.—Pasé hace un rato por casa de la abuela y, a través de los vidrios, vi a señora Martina haciendo cataplasmas. Me dije: Caperucita está sola y quizá tenga miedo. Voy a acompañarla.

CAPERUCITA.—(Besándolo). Viejecito mío, eres muy bueno. ¿Qué me traes?

BARBA DE PLATA.—(Saca del bolsillo de su jubón de pana roja un dedal de oro). Mira: lo perdí ayer en el parque la hija del rey. No quise devolvérselo, pues es embustera y, además, cruel con sus servidores y con los animales. Ayer le pinchó los ojos al perro. Hoy ató una lata vacía a la cola del gato, el cual, asustado, echó a correr como ciego, cayendo en el estanque. La princesita hubiera podido ordenar que lo ayudaran a salir. Pues, no: cada vez que el pobrecillo, braceando desesperadamente, se ponía cerca del borde, la mala pequeña, con un bastoncito, lo arrojaba a lo hondo. Reía cual si se hallase en una fiesta, contemplando el sufrimiento y la agonía del animal. Y como su aya se lo reprochaba, la llamó "vieja pécora", azotándola con el junco.

EL LOBO.—(Riendo). ¡Qué diablillo!

CAPERUCITA.—(Conteniendo el llanto). ¡Qué mala niña! ¡Qué mala niña!

BARBA DE PLATA.—Bien, no conversemos cosas tristes. Pruébate el dedal, hijita.

CAPERUCITA.—(Pasando ingenuamente del llanto a la risa y poniéndose el dedal de oro en el dedito mayor de su mano derecha). ¡Cómo brilla! ¡Qué hermoso es! ¡Qué buenos zurcidos voy a hacer ahora! (Fijándose). ¡Y tiene una corona azul, sobre un corazón!... (Salta gozosa en torno del enanito, al que luego abraza). ¿No tienes ningún rasgón en la chaqueta? ¿No quieres que te cosa algo, abuelito?

BARBA DE PLATA.—(Riendo de verla tan alegre).
¡Locuela!

LA GIGANTONA.—(Tamborileando con los dedos en los vidrios de la ventana). ¡Caperucita!...

CAPERUCITA.—¡Gigantona!... Ven por la puerta.
Abrele lobo.

(Entran la Gigantona y el Vendedor de Arena).

CAPERUCITA.—¿Y este viejecito?

LA GIGANTONA.—Es el Arenero, el que hace dormir, poniendo piedrezuelas sobre los párpados. Muéstrale a la niña tus alforjas, viejo.

(El Vendedor de Arena deja el cayado, baja una bolsa que lleva, sobre el hombro derecho y extrae de ella pedruscos de tonos sombríos, que varían desde el color chocolate hasta el negro y desde el tamaño de un grano de arroz hasta el grandor de un huevo de paloma).

EL ARENERO.—Estos son los malos sueños, las pesadillas... (Al lobo). Creo que usted, compadre, conoce este artículo, ¿no?

EL LOBO.—¡Hum!

CAPERUCITA.—¡Ay, qué feas! Deben doler los ojos cuando usted pone sobre ellos de esas piedrezuelas, ¿no es cierto?

EL ARENERO.—Los ojos no, niñita mía: la conciencia.

CAPERUCITA.—¿Qué es la conciencia?

LA GIGANTONA.—No quieras saberlo, chiquita. Cuando uno comprende lo que es, ha hecho ya algo malo.

EL ARENERO.—(Bajando la otra alforja llena de pedruzcos blancos, rosas y azules. Toma un puñado de ellos y los muestra en la palma de la mano). Estos son los bellos sueños, y sólo los pongo sobre los párpados de los niños como Caperucita y de las personas buenas.

BARBA DE PLATA.—(Al lobo, mirándose la barba). Estos sí, compadre, que le son completamente desconocidos, ¿eh?

EL LOBO.—(Que asiste a la escena recostado al fogón). ¡Hum!

CAPERUCITA.—(Encantada). ¡Qué lindos! ¿Y de cuáles me pondrá usted esta noche sobre los ojos, señor Arenero?

EL ARENERO.—¡Curiosilla! (Ríe).

(Se abre la puerta y entran, en montón, La Bruja, El Hada del Bosque y el perro).

TODOS.—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

EL PERRO.—(Meneando la cola). Amita: desde mi caseta vi que tenías reunión y, para que estuvieras más acompañada y alegre, fui a invitar a estas señoras.

(Los otros visitantes, menos el lobo, que sigue inmóvil junto al fuego, curiosoan, en tanto, por la pieza y conversan entre sí. La Gigantona ha encontrado una muñeca coja y calva y se la enseña a Barba de Plata. Ambos ríen).

EL HADA.—(Besando a Caperucita y silabeando las palabras). Yo... traí... go... frambuesas... pa... ra...

CAPERUCITA.—(Batiendo palmas). ¡Para mí!

EL HADA.—(Riendo). Eso es: para la niñita buena que me lleva bollos y quesitos de cabra. Desde el verano las tengo escondidas en el tronco de un olmo para regalarte con ellas en el invierno, cuando ni el rey las tendría, aunque ofreciese un cesto lleno de diamantes a cambio de un canastito de frambuesas frescas.

CAPERUCITA.—¡Qué bien huelen! Parecen violetas.

LA BRUJA.—(Que ha puesto su bastón sobre el arca). Mi nietita: ¿hoy no me abrazas?

CAPERUCITA.—(Colgándose a su cuello). Perdóname, Gajo de Sauce. Estoy aturdida de contenta. (A todos). Y ahora: ¿vamos a jugar a la rueda-rueda?

TODOS.—(A una voz). Sí, sí, bailemos la ronda.

—La niñita lo quiere.

—Hagámosle el gusto.

—Sí, sí, sí.

(Se toman de la mano y empiezan a dar vueltas rítmicas, cantando a coro, al son de una música ligera):

(Puede escogerse una ronda cualquiera; la autora introduce La Rueda-Rueda, que va en la Primera Parte del libro en texto aparte como motivo infantil).

CAPERUCITA.—(Parándose de pronto). Deteneos. Deteneos. El lobo cojea.

(Todos se agrupan en torno de ella y el lobo).

CAPERUCITA.—¿Qué tienes? A ver. Déjame mirar esa pata.

EL LOBO.—Me clavé una espina. ¡Duele!

CAPERUCITA.—¿Cómo no te va a doler, lobo! Mirad qué negra cabeza tiene la espina. Y lo menos mide media pulgada de largo... Barba de Plata: abre mi cajita de costura que está allí, sobre el banco, y alcánzame la tijera... Está casi arriba de todo, no revuelvas, no sea cosa que me enredes los hilos...

BARBA DE PLATA.—Bien, bien... Con cuidado, no temas. (Le alcanza lo pedido).

CAPERUCITA.—¡Ajajáa! (Utiliza la tijera como pinza, forcejea, pero no puede extraer la espina).

CAPERUCITA.—(Desconsolada). ¡No puedo! ¡No puedo!

LA GIGANTONA.—Dame a mí, hijita. Yo tengo gran fuerza.

CAPERUCITA.—(Se la da y toma entre sus manos la cabeza del lobo, acariciándolo). Ten paciencia, sufre un poco, que ya no te dolerá más.

LA GIGANTONA.—(Da un fuerte tirón y muestra, triunfante, la espina entre las dos puntas de la tijera). Ya está. ¡Vedla!

CAPERUCITA.—¡Qué grande y qué aguda! ¡Pobre lobo! Ahora voy a vendarle la pata. (Saca del bolsillo un pañuelo y ata la pata herida del lobo).

EL LOBO.—(Pensativo). ¡Qué bien me siento ahora! Caperucita es un ángel.

TODOS.—¡Hum!

EL HADA.—Bueno es que lo vayas comprendiendo.

LA BRUJA.—Sí, sí, "nunca es tarde cuando la dicha llega".

CAPERUCITA.—¡El fuego se apaga! Ayudadme a echar más leña.

(Todos arrojan astillas al hogar, y La Gigantona, puesta de cuclillas, sopla. Vuelve a alzarse, alegre, la llama).

CAPERUCITA.—Vamos a bailar ahora unas cuadrillas.

(Empieza la música y bailan cuadrillas. Al terminar,

todos están agitados y alegres. El perro para de pronto las orejas e impone silencio, alzando hasta el hocico una de sus patas).

EL PERRO.—...Ruido de cascabeles.

CAPERUCITA.—Es madre que regresa. ¡Huid!

(Todos huyen por la ventana, menos el perro, que se tiende junto al fuego. La Gigantona, que pasa la última, corre la vidriera).

VOZ DE AFUERA.—Hijiiiita... Tírame la llave...

(Caperucita descuelga la llave y la arroja hacia afuera, por la ventana. Chirrido en la cerradura).

SEÑORA MARTINA.—(Entrando). ¿Has hecho mucha caketeta, Caperucita? (La besa).

CAPERUCITA.—Poca, madre.

(El perro hace fiestas a la recién llegada. Señora Martina se quita la capa y la cuelga de un clavo. Va a poner la cesta en el arcón y advierte sobre éste los restos de la merienda).

SEÑORA MARTINA.—¿Cómo es eso, Caperucita? ¿Te has vuelto golosa? ¿No te dije que no tocaras nada, que yo vendría temprano para hacer la cena?

(El perro va, con el rabo entre las piernas y la cabeza gacha, a echarse junto a la puerta. Caperucita, confusa, recoge una piedrecita azul, que sin duda dejó caer El Arenero junto al fogón. ¿Su sueño para esa noche?).

EL LOBO.—(Desde afuera) ¡Huh!

SEÑORA MARTINA.—No me gustan las niñas revoltosas. Yo creía que mi hijita no era glotona.

(Por los vidrios de la ventana aparece, borrosa, la cara blanca de La Gigantona. El lobo vuelve a hacer: ¡Huh!).

Segunda Parte

Habitación amplia, de techo bajo y oscuras vigas. Al fondo, frente a la escena, ancha ventana de vidrios pequeños. En un rincón, cama matrimonial, de columnas torneadas. En otro rincón la cama de Caperucita, con las cortinas de tela blanca, descorridas. Caperucita está acostada, enferma, sumida en sopor. A ratos tose. De afuera llega el ruido de la tempestad.

SEÑORA MARTINA.—(Pasa la mano por la frente de la niña y mueve la cabeza, desconsolada). Está que arde. ¡Hijita de mi corazón! Ya no sé qué hacerle. Si alguien se animara a ir en busca del médico... ¡Pero, quién se atrevería, con tal nevada, a atravesar de noche el bosque encantado!

LA MOLINERA.—¿Le dió usted melisa con miel? ¿Le puso la reliquia de la cople de lagarto? ¿Le rezó la oración de Santa Gudula?

SEÑORA MARTINA.—¡Todo, todo le he hecho y la fiebre sigue y ni abre los ojitos de cielo la niña mía. Vea cómo tiene de encendidas las mejillas, señora Simona. Y no es ¡ay! por salud, sino que es color de mal. (Va a arrodillarse ante la hornacina de la Virgen y se pone a rezar con fervor. La abuela deja el rosario y se aproxima a la cama, de cuya cabecera toma una palma bendita).

LA ABUELA.—Voy a vencerla. Quizá esté hechizada. La oí murmurar cosas raras... Habla de La Gigantona, del enano del bosque, del lobo... Sí, esta niña no está bien.

Hace en el aire, lentamente, con la palma, la señal de la cruz sobre la cabeza de su nieta, mientras murmura las palabras del conjuro santo:

¡San Silvestre:

Quítale el embrujo cueste lo que cueste!

¡Daga de San Galo:

Húndete en los ojos dañosos del malo!

¡Santa Cunegunda:

Haz, si es un hechizo, que en llamas se hunda!

(Truena. Caperucita, inquieta, vuelve a toser y grita, entre la fiebre):

CAPERUCITA.—Lobo... Lobo...

SEÑORA MARTINA.—¡Pedazo de mi corazón! ¡Ah, si viniera el médico!

(El lobo asoma la cabeza por la rendija de la puerta, mira, escucha y desaparece. El perro gruñe).

LA MOLINERA.—¿No se animaría Juan el Bobo a ir hasta la aldea?

SEÑORA MARTINA.—¡Tiene usted razón!

(Toma un cuerno de encima del arca, abre la puerta y sopla tres veces. A lo lejos el eco repite el llamamiento. Luego entra).

SEÑORA MARTINA.—Así lo llamo siempre que lo necesito o que me sobra comida para darle. No tardará.

LA ABUELA.—Me parece haber visto, atisbando hacia adentro, a través de los vidrios de la ventana, una gran cara blanca, muy rara...

SEÑORA MARTINA.—Cállese usted, por favor, madre. Esto parece una pesadilla.

CAPERUCITA.—Agua... Gigan... tona...

(Ruido de zuecos. Se abre la puerta con violencia y entra Juan el Bobo).

JUAN EL BOBO.—¿Qué me tienes ahora, ñora Martina? ¿Chuletas de puerco? ¿Jamón con huevo? ¿Tortilla de cebolla? (Se chupa los dedos).

SEÑORA MARTINA.—No grites, bruto. ¿No ves que la niña está enferma?

JUAN EL BOBO.—(Acercándose a la cama, de puntillas). ¿Amita Caperucita está enferma? Ji... ji... ji... (Gimotea).

LA MOLINERA.—(Empujándole). ¿Quieres callarte, animal?

LA ABUELA.—El pobre quiere mucho a la niña y no sabe expresar su pena de otro modo.

SEÑORA MARTINA.—Juan, te daré una chaqueta de paño, un cesto de huevos y un cabrito, si vas a la aldea a llamar al médico para que cure a Caperucita.

JUAN EL BOBO.—(Rascándose la cabeza). H... u... u... ¿Y el lobo? H... u... u... ¿Y La Gigantona? H... u... u... ¿Y Barba de Plata, que esconde trampas bajo la nieve? (Con la cabeza y los brazos, balanceando exageradamente el cuerpo, de un lado a otro, hace signos negativos). ¡Nooo!... ¡Noooo!

SEÑORA MARTINA.—Se morirá mi hijita... ¡Ay, ay, ay!

LA ABUELA.—(Llorando). ¡Ay, ay, ay!

LA MOLINERA.—¡Ay, ay, ay!

JUAN EL BOBO.—¡Ay, ay, ay!

LA MOLINERA.—¿Tú no te acuerdas, Juan, cuando Caperucita te llevaba leche caliente a tu choza, el invierno pasado, que estuviste tan enfermo?

JUAN EL BOBO.—(Rascándose la cabeza.) Yo iría... u... u... u... Pero ¿y el lobo? H... u... u...

SEÑORA MARTINA.—Anda, Juanito, anda, y antes de partir beberás vino caliente.

JUAN EL BOBO.—(Relamiéndose). ¿Me darás un jarro lleno, ñora Martina?

SEÑORA MARTINA.—(Con súbita esperanza). Lleno, lleno, y con azúcar y canela, sí.

(Corre a la cocina y el Bobo la sigue con una bestial expresión de alegría en la cara).

JUAN EL BOBO.—Bien lleno, ñora Martina. Bien lleno, u... u... u...

(Ruido de loza. La abuela reza. La molinera hace calceta. Se oye el ruido de los árboles sacudidos por el viento. Caperucita murmura palabras entrecortadas:

—Bailemos la ronda... Gajo de Sauce... Quiero mi... dedal de oro.

(Señora Martina reaparece seguida por el Bobo, que chasquea la lengua).

SEÑORA MARTINA.—Bueno, Juanito, ve ahora y que el Señor te proteja. (Toma de la hornacina de la Virgen una bolsita de cuero y se la cuelga a Juan en el cuello. Luego lo empuja hacia la puerta).

SEÑORA MARTINA.—Corre, hijo. Y, sobre todo, no te detengas en el camino ni atidas a ningún llamamiento, que puede ser una celada.

JUAN EL BOBO.—(A punto de salir). ¿Y me darás el cabrito, ñora Martina?

SEÑORA MARTINA.—Sí, hombre, sí; ya te lo he dicho.

JUAN EL BOBO.—¿Y el chaquetón de paño, ñora Martina?

LA MOLINERA.—¡Madre de Dios!

SEÑORA MARTINA.—Te lo daré, Juan. Pero vete, vete. (Lo empuja).

LA ABUELA.—(Lo empuja también). Corre, hijo, ¿no ves cómo está la niña?

JUAN EL BOBO.—(Desde la puerta). ¿Y me darás el cesto con huevos, ñora Martina?

LAS TRES MUJERES.—Si no vas pronto no tendrás nada.

—¡Pelmazo!

—¡Jesús, qué criatura!

(Juan el Bobo sale y la molinera pone la aldaba a la puerta).

LA MOLINERA.—¡Qué noche!... Al asomarme alcancé a ver, entre los árboles, una lucecita en la ventana de Gracia. Mis hijas velan, esperándome, seguro.

LA ABUELA.—Váyase usted, señora Simona. De todos modos, nada más podemos hacerle mientras no venga maese Pedro.

(La molinera toma su calceta y contesta):

—No, no. ¿Usted cree, abuela, que iba a estar tranquila? ¡La querida niñita, que tan cariñosa y buena es!

SEÑORA MARTINA.—(Está sentada al lado de la cama con la cabeza entre las manos, murmurando la oración de Santa Rita, patrona de imposibles). Haced este milagro... Bienaventurada Rita... hija beata de Casia...

(Cuando termina su rezo queda un momento silenciosa. Luego murmura):

SEÑORA MARTINA.—¡Hijita de mi alma! Descalza iré hasta la ermita de la montaña el día de Navidad, si cura pronto. ¡Así haya más nieve y más frío que esta noche! Y llevaré en la mano, encendido, un gran cirio que haré yo misma, con la mejor cera de mis colmenas!

(Ruido de cascabeles. Las tres se enderezan simultáneamente):

—¿Oís?...

—¿Oís?...

—Cascabeles...

SEÑORA MARTINA.—Hacia aquí se acercan. Será el médico...

LA MOLINERA.—No puede ser. De ida y vuelta una hora se va. Y no hace quince minutos que salió el Bobo...

LA ABUELA.—(Persignándose). Cosas de encantamiento, hijas. No os mováis. Celadas del malo...

(Fuertes pasos y luego golpes en la puerta. Las mujeres se hacen la señal de la cruz).

VOZ DE AFUERA.—¡Abrid, con mil diablos! ¿Os habéis dormido?

LAS TRES A UN TIEMPO.—¡Maese Pedro!

(Señora Martina baja la aldaba y abre).

EL MEDICO.—(Entrando). ¿Qué os pasa? ¡Lindo está hacer aguardar al prójimo bajo tal nevada! Buenas noches.

TODAS.—Buenas, buenas noches.

(Deja el bastón junto a la pared y arroja sobre el arca la bufanda, la gorra y los guantes de lana).

EL MEDICO.—¡Berr!

SEÑORA MARTINA.—¡Con qué rapidez llegó a vuestra casa Juan el Bobo y habéis venido vos, compadre Pedro!

EL MEDICO.—(Mirándola por encima de las gafas). ¿Juan el Bobo? ¡Ni lo he visto! Hace media hora dormía yo a pierna suelta, bien calentito y arropado, cuando me despertó tal alboroto de golpes con el aldabón que en seguida salté de la cama a tomar a Juan Sin Miedo (señalando el bastón, grueso garrote de encina). Abro la ventana y de abajo una voz ronca me grita:

—Corred, por favor, maese Pedro, que Caperucita Roja, la del otro lado del bosque, ha tomado un enfriamiento y está muy mala. ¡No os demoréis, maese Pedro, si no tal vez se muera la niñita! ¡Mi ahijada Caperucita enferma! Me vestí en un santiamén. Cuando bajé ya no estaba el mensajero. Subí de nuevo en busca del escapulario y el botiquín que había olvidado, torné a bajar, monté en la jaca que yo mi criado me tenía pronta... y ¡tras! ¡tras! ¡tras!... ¡a escape a través del bosque, silencioso y quieto como nunca! (A la abuela). A ver, abuela, hervid un poco de leche, que necesito calentarme las tripas. ¡Berr, qué noche!

(Restregándose las manos para entibiarlas se aproxima a la cama, palpa a la niña, le toma el pulso).

MAESE PEDRO.—¡Hum, buena calentura! Alcanzad el velón, señora molinera... Alumbrad bien... ¡Oy! ¡oy! ¡oy! De verdad está roja nuestra Caperucita. ¿No lo veis,

santas mujeres? La pequeña tiene el sarampión brotado. ¡Oy! ¡oy! ¡oy! Se diría que nunca habéis tenido hijos.

SEÑORA MARTINA.—(Llorando de gozo). ¡Ay, compadre Pedro! ¡Yo creí que mi Caperucita tenía pulmonía! ¿Y la tosecita? ¿Y la fiebre?

EL MEDICO.—¿Dónde ha visto usted, señora Martina, un sarampión espeso como este, sin tos y sin fiebre? Déle en seguida una infusión fuerte de borraja y sauco con miel, luego arrópela, cosa que sude, y (saca del bolsillo una cajita) póngale usted en la boca una milagrosa pildorilla de estas. Están amasadas con trece hierbas diferentes, recogidas en la montaña a punto de medianoche, el día de San Juan, cuando el valle brilla de fogatas y bailan mozos y mozas en torno de las hogueras... A eso deben su virtud especial. Y, además, tienen sangre de abubilla y grasa de puerquito de un mes... ¡Receta del propio Esculapio, mis señoras!

(Bebe la leche, se abriga y, ya desde la puerta, recomienda):

—Sobre todo, cuidado con las corrientes de aire y mantener la pieza caliente, ¿eh? ¡Buenas noches!

(Se va maese Pedro y las mujeres, conversando alegres, se afanan por cumplir sus prescripciones).

—¡Me ha sacado un peso de encima del a'ma!

—Tengo que encenderle un cirio a Santa Ana.

—Alcanzadme la orcita de la miel...

—¡Ay! Qué bien hice en recoger bastante borraja fresca en la primavera.

—Una manta más... ¡Ajajá! Desaparece mi niña bajo el montón de mantas.

—Id a dormir, señora Simona.

—Sí, ahora sí... ¡El susto que nos ha dado la pica-rilla!

(Señora Simona toma su mantón de tartán, se arropa bien, coge un farol encendido, inclínase sobre Caperucita, que ha tomado sus medicinas y ha vuelto a dormirse, y dice, riendo):

—Está del color de un cangrejillo cocido. ¿Dónde tenemos nosotros los ojos, que no lo veíamos? ¡Lo que es estar asustadas!

LA ABUELA.—¡Ay, Jesús!

SEÑORA MARTINA.—Hasta mañana, señora molinera. No os demoréis más. ¡Ah, qué buena vecina sois!

SEÑORA SIMONA.—¿Queréis callar? Con lo que yo quiero a esta buena Caperucita... Bien, bien, hasta mañana.

(La molinera se va. La abuela se instala a la cabecera de la camita, con su inseparable rosario. Señora Martina da vueltas, poniendo algunas cosas en orden).

EN LA PUERTA.—¡Tan! ¡Tan! ¡Tan!

SEÑORA MARTINA.—¿Quién?

VOZ DE AFUERA.—Ya fui, ñora Martina. Abrid, que quiero mi chaquetón, mi cabrito y mi cesto de huevos.

SEÑORA MARTINA.—¡Hum, bueno!

(Abre la puerta y entra Juan el Bobo, cubierto de nieve, soplándose los dedos duros de frío).

SEÑORA MARTINA.—Cierra, hijo, que el aire de la noche puede dañar a la niña.

JUAN EL BOBO.—H... u... u... Maese Pedro ya vino... Hu... u... u... Quiero mi chaquetón, mi cabrito, mi cesta de huevos.

SEÑORA MARTINA.—Bien ganados los tienes, Juanito, a pesar de que el médico no fué por tu llamamiento que vino. (A la abuela). ¿Quién sería el buen comedido, madre?

LA ABUELA.—Verdad... verdad... Ya lo sabremos mañana.

JUAN EL BOBO.—(Que ha seguido su habitual balanceo de cuerpo). Quiero mi chaquetón, mi cabrito, mi cesta de huevos.

SEÑORA MARTINA.—¡Qué mareo! Mañana tendrás todo, hijo. ¿Cómo voy a ir al establo ahora, a buscarte el cabrito? Y el chaquetón está en el fondo del anca... Y los huevos los recogeré mañana...

JUAN EL BOBO.—(Gimoteando) ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! Quiero mi chaquetón, mi cabrito y mi cesta de huevos, ñora Martina.

SEÑORA MARTINA.—(Cruzando las manos, desesperada). ¿Quién le hace comprender ahora que mañana sin falta tendrá todo?

JUAN EL BOBO.—¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! Quiero mi chaquetón, mi cabrito, mi cesta de huevos.

LA ABUELA.—Dale otro poco de vino caliente, hija, y que se vaya a dormir. Mañana, Juan, se te pagará lo prometido, no lo dudes. ¿No ves que es muy tarde y ahora duermen los animales y no hay huevos ni en el gallinero?

SEÑORA MARTINA.—Ven, bruto, beberás vino con azúcar y por la mañana ya tendrás el precio de tu viaje, ¿eh? ¡Comprende, hombre!

JUAN EL BOBO.—(Siguiéndola). Un jarro lleno, ñora Martina. H... u... u... Un jarro lleno, dame.

LA ABUELA.—En seguida que despaches al muchacho vete a dormir, hija, que demasiado caminas durante el día, y mañana tienes que amasar. Yo, que no sirvo para otra cosa, velaré a la niña.

(Tras un momento, todo queda en silencio. Señora Martina no tarda en roncar, cansada, en su cama, cuyas cortinas ha corrido. La abuela dormita. Caperucita, aquietada, tiene más regular la respiración. Afuera han callado el viento y los árboles).

Tercera Parte

En la misma habitación, a medianoche. La abuela, con la cabeza caída sobre el pecho y la cofia torcida hacia el lado izquierdo, duerme en su silla de paja. También duerme Caperucita con un brazo fuera de las cobijas. El perro, en dos patas, forcejea por quitar la tranca de la puerta y descorrer la aldaba; lo consigue al fin y abre una rendija pequeña, por la cual asoma el hocico afuera, diciendo:

—Ya está. ¡Lo que me ha costado! En mi caseta no hay, por suerte, estos embelecocos y me falta la costumbre de... No hagáis ruido y procurad haceros angostos al pasar para no abrir una rendija demasiado grande, pues el aire frío dañaría a mi amita.

Se aparta y entran, en puntas de pie, el lobo, Barba de Plata, la Gigantona, Gajo de Sauce, el Vendedor de Arena y el Hada del Bosque. Todos, con mil precauciones, avanzan hacia la camita de la niña y se sitúan a su—

alrededor, cuchicheando, sonriendo con cariño, inclinándose amorosamente hacia ella.

LA GIGANTONA.—Arenero: pon gruesas piedrezuelas sobre los párpados de la madre y la abuela, no sea que se despierten.

EL VENDEDOR DE ARENA.—Bueno, "pequeña". Ayúdame tú a bajar este saco. Está lleno y pesa... Con el deseo de venir a ver a la niñita, no hice mi tarea esta noche. Casi toda la gente del mundo va a pasar sin dormir, a pesar de que el Cansancio y el Vino, mis auxiliares, algo habrán hecho...

Mientras desamarra el saco charlotea, bajito:

—Pero el sueño que ellos dan no es como éstos, ¿eh? Pedruzcos de buena ley, mi "pequeña" Gigantona.

Toma un puñado de ellos y pregunta a su inmensa amiga:

—¿Cuáles?

LA GIGANTONA.—(Impaciente). Los más gruesos, viejo charlatán, apresúrate.

(El arenero inclina hacia atrás, suavemente, la cabeza de la abuela y pone sobre sus ojos dos piedrecitas blancas).

EL VENDEDOR DE ARENA.—(Malicioso). Ahora soñará que tiene 20 años y que anda de novia con un buen mozo. ¡Veréis qué cara pone!

(El viejecillo va hacia la cama de señora Martina, se mete entre las cortinas y luego sale, restregándose las manos).

EL ARENERO.—A la señora Martina le puse dos grandulones pedruzcos dorados. Esta noche va a hacer negocios a granel y a realizar ganancias fabulosas.

(Todos ríen).

EL HADA.—(Con gracia). Sí, reís, reís, porque bien sabéis que nuestra Caperucita sólo tiene un inofensivo sarampión. Pero había que veros la cara hace un par de horas...

LA BRUJA.—¿Nosotros solos, Flor de Maravilla?

EL HADA.—¡Ay, pobre chiquita, cuánto la queremos!

BARBA DE PLATA.—(Enternecido). ¡Mi nietecita! Está con los carrillos como si se hubiera embadurnado toda con moras maduras. ¡Pícara enfermedad!

LA GIGANTONA.—Despiértala, Arenero. ¡Veréis qué contenta se pone al vernos!

EL HADA.—(Con inquietud) ¿No le hará daño?

LA ABUELA.—(Entre encías y con visajes de cómica finura). Sois muy amable, Francisco Gontrán... ¡Ay, qué hermosas flores! ¿Por qué os habéis mo-estado?

(Todos, riendo, vuelven la cabeza hacia ella).

EL ARENERO.—(Triunfante). ¿No os lo dije?

LA GIGANTONA.—Sopla los ojitos de la niña, viejo.

(El Vendedor de Arena se inclina hacia la pequeña enferma y sopla suavemente sobre sus párpados).

CAPERUCITA.—(Despertando a medias). Tengo calor... Quiero agua, madre.

BARBA DE PLATA.—Hijita... hijita...

CAPERUCITA.—(Despertando del todo). ¡Oooh!

TODOS A LA VEZ.—¡Niña querida!

—¡Nuestra amiguita!

—Hemos venido a verte.

—Y te traemos regalos...

—¿Estás mejor? ¿No te duele nada?

EL PERRO.—Yo, yo les abrí la puerta, amita. ¿Eh? Decid vosotros: ¿No es cierto que fui yo? ¿No es cierto? Y yo les avisé que estabas enferma, amita. ¿No es verdad que fui yo? Decid vosotros: ¿No es verdad? ¡Amita mía, mi amita!

LA GIGANTONA.—Sí, sí, fuiste tú, torbellino. ¿Quién lo niega? Sosiégate, que vas a cansarla.

EL PERRO.—Yo, cansarla... ¡Vieja torre!

BARBA DE PLATA.—¿Vais a reñir ahora?

LA GIGANTONA.—El...

EL PERRO.—El'a...

BARBA DE PLATA.—Parecéis chiquillos. Oye, Vigilante: ponte quieto, ¿eh? Sé generoso; tú puedes ver a la niña a todas horas. En cambio, nosotros... Tú eres inteligente y noble...

(El perro lame la mano de Caperucita y, tocado en sus buenos sentimientos, capitula y va, aunque rezongando entre dientes, a echarse junto a la puerta. Mientras tanto, Caperucita se ha incorporado con sigilo, y el Hada y la Bruja la arropan cuidadosamente).

CAPERUCITA.—Me duele la garganta...

TODOS.—¡Pobrecilla!

—¿Mucho?

—No te destapes, hijita.

CAPERUCITA.—Ahora estoy mucho mejor. Pero esta mañana... ¡Uy!

SEÑORA MARTINA.—(A gritos). ¿Un puerquito por un canasto de uvas?... Está usted loca, madre Samblet. Para tanto...

CAPERUCITA.—(Inquieta). ¿Qué es? ¿Qué le pasa a mi madrecita?

(Todos le cuentan la hazaña del Arenero, esforzándose por hacerla reír. De vez en cuando la niña tose levemente).

LA ABUELA.—(Con remilgue). Un rizo mío... Bien, Francisco... lo tendrá usted, a condición de que...

(Concluye con voz ininteligible. Risa general).

CAPERUCITA.—¡Pobre abuela! Si apenas le queda cabello... (Con pequeña confusión). Me dijisteis... que todos me traiais regalos... ¿Es cierto?

TODOS.—(Alegres). Sí, sí.

(La Gigantona se desabrocha la chaqueta y saca del seno una estrella que brilla con todos los colores).

CAPERUCITA.—(Tendiendo las manos). Gracias, gracias, Gigantona!

LA BRUJA.—Cuidado, hijita; no te desabrigues.

LA GIGANTONA.—Esta estrella cayó anoche sobre la copa del olmo en cuyo tronco tengo mi casa. La muy curiosa quiso ver lo que pasaba en la tierra y perdió el equilibrio. La recogí en seguida, pensando en mi niñita...

BARBA DE PLATA.—Yo (saca de su gran bolsillo una ardillita pequeña, maniatada) le traigo a mi nietita este pichón de ardilla para que la domestique y juegue con ella... Estos animalitos son muy graciosos.

CAPERUCITA.—¡Qué preciosura! Ven, encanto. Te haré una capita de terciopelo para que no sientas frío.

La bruja extrae de debajo del manto un globo de vidrio blanco, lleno de agua, en la cual nadan pececitos de todos colores: rojos, dorados, azules...

LA BRUJA.—Recogí esto, para mi nietecita, en un la-

go que hay en el otro lado del país, entre las montañas...

CAPERUCITA.—(Maravillada). ¡Oooy! ¡Gajo de Sauce, qué cosa tan linda me traes!

EL HADA.—Ahora me toca el turno a mí. Veremos si mi regalo le gusta también a la niñita querida.

(Del bolsillo de su vestido de raso blanco, bordado de oro, Flor de Maravilla saca lentamente un paquete atado con cintas azules. Caperucita, impaciente, lo toma, deshaciendo el moño. Todos se inclinan, curiosos, a ver qué es lo que hay allí, dentro de la cajita de sándalo, primorosamente esculpida).

EXCLAMACION GENERAL.—¡Oooh!

(Por la cama ruedan brillantes, rubíes, esmeraldas, topacios, en regueros deslumbrantes).

EL HADA.—Perteneían al tesoro de Barba Azul. De su arca de oro tomé un gran puñado para que sirvan de dote a Caperucita cuando crezca y se case. Guarda bien esas piedras, hijita. Ahora te parecen hermosas, tan solo. Cuando seas grande verás que con el valor de ellas puedes, si eres tan buena como ahora, ser rica y feliz.

BARBA DE PLATA.—(Tristemente). ¡El pobre pichoncito de ardilla!

LA BRUJA DEL RIO.—Flor de Maravilla ha traído a la niña el regalo más rico. Pero cada uno hace la ofrenda que está al alcance de sus fuerzas.

EL HADA.—Claro, claro... Vale más la buena voluntad que la riqueza. Y como todos tenemos para Caperucita el mismo deseo de mimarla, no hay regalo más pobre ni regalo más rico.

(Entretanto, Caperucita, con ayuda del Arenero y la Gigantona, ha juntado las piedras preciosas, desparramadas por la cama, guardándolas otra vez en el pequeño cofre).

EL ARENERO.—(Enderezándose). Ahora, el viejo, ¿verdad, hijita? Veamos qué trae en su bolsillón...

(Guiñando maliciosamente los ojos, saca con lentitud, del inmenso bolsillo de su hopalanda, una muñeca vestida de raso rosa, salpicada de lentejuelas).

CAPERUCITA.—(Agitando las manos, desesperada de impaciencia). Dádmela, dádmela... ¡Oh, qué hermosa! Y

se duerme... Y saca la lengüecita... ¡Arenero de mi corazón!... Arroró mi niña. (La mece).

EL ARENERO.—¿Le gusta a la reinita? De las alforjas de los Reyes Magos, que ya vienen en viaje hacia el mundo, la tomé anoche, mientras Melchor, Gaspar y Baltasar dormían junto a sus camellos cargados de juguetes.

CAPERUCITA.—¿Traían muchos, Arenero?

EL ARENERO.—Millares y millares.

CAPERUCITA.—(Titubeando). ¡Ah! Y...

EL ARENERO.—(Haciendo un guiño a los demás, que sonríen). Y...

CAPERUCITA.—Y... esté... Arenero... ¿Esta muñeca no tiene madre, abuela e hijita?

EL ARENERO.—(Con franca risa). ¡Sí que tiene!

CAPERUCITA.—(De soslayo). ¡Ay, pobrecilla, tener que venir solita... ¡Siquiera tuviera su hijita que la acompañase!...

(Risa general. Entretanto, el lobo pasa inadvertido, acurrucado a los pies de la cama, silencioso y taciturno. La Gigantona se vuelve hacia él y le pregunta con extrañeza):

—¿Y usted, señor lobo, qué le trae a la niña?

CAPERUCITA.—Es cierto, lobo, faltas tú. ¿Qué me traes?

(El lobo se levanta con aire confuso, vacila un momento y luego responde tristemente):

—No tengo nada que darté. Caperucita mía. Soy tan miserable... Todos te han regalado cosas muy hermosas. Yo inútilmente busqué algo que traerte por toda la campiña y todo el bosque. No tengo nada más que ofrendarte sino mi firme resolución de ser bueno, mi arrepentimiento hondísimo por todo el mal que he hecho...

CAPERUCITA.—(Tendiéndole los brazos, de los que rueda, olvidada, la bella muñeca). ¡Lobo, lobo de mi corazón!

(Todos lagrimean, conmovidos).

EL HADA.—Lobo: ¡tú le has hecho el regalo mejor y más valioso a la niña!

(En ese momento la abuela hace un movimiento brusco, se inclina como quien esquivo un beso y ruedan las

pedrecitas que cerraban sus párpados, y despierta balbuciendo):

—Francisco: sea usted prudente...

(Al ver dentro del cuarto tales y tan extraños visitantes se pone de pie, restregándose, despavorida, los ojos. Pero Barba de Plata le impone silencio con un gesto y le da explicaciones que la tranquilizan).

BARBA DE PLATA.—No se asuste, abuela. Somos los habitantes encantados del bosque, que amamos a Caperucita, por bondadosa y compasiva, como si fuera hija nuestra. El lobo fué quien llamó anoche al médico. Gajo de Sauce, la que puso en la alacena de la cocina el atado de borraja para su té, pues el que recogió en la primavera la señora Martina se lo habían comido los ratones. El Hada del Bosque se ha llevado, desde el anoche, imponiendo silencio a los duendes del viento y de la lluvia para que la niñita no sintiera ruidos que le aumentasen la fiebre... Y la Gigantona ha andado desolada en torno de la casa, para tener a cada rato noticias de nuestra amiguita...

LA ABUELA.—Bien, bien, me alegro de conocerlos, y os doy las gracias.

CAPERUCITA.—Enseñad a la abuela a bailar y bailad todos un rato, para entretenerme.

LA ABUELA.—¡Qué antojo, hijita!

(Pero ya todos se dan las manos y Barba de Plata y Flor de Maravilla toman las de la abuela. Una música invisible preludia una pavana, que ellos bailan ante la aprobación de Caperucita, que los mira extática. Mas, de pronto, el velón se apaga, la música cesa y todos se detienen. Por la ventana entra la luz confusa del amanecer).

EL HADA.—¡Es ya de día!

BARBA DE PLATA.—Vámonos, vámonos. Dentro de poco empezarán a pasar aldeanos y...

LA BRUJA.—Yo tengo que deshelar el río, pues si no se asfixiarán los peces.

LA GIGANTONA.—Yo tengo que quitar de los nidos el manto con que noche a noche resguardo del frío a los pajaritos.

EL LOBO.—(Con pena). Yo tengo que esconderme en mi fría y oscura cueva...

(Todos se despiden de la abuela, acarician a la niña y salen. La abuela, restregándose los ojos, murmura al quedar sola):

—¿He soñado? ¡Caperucita!

(Pero ya la pequeña, rendida, se ha vuelto a dormir. La abuela cruza sobre el pecho su manteleta de lana de cabra, se endereza la cofia y va a sentarse a su silla, inquieta. Pero entonces advierte a una mujer alta, vestida de gris, con capuchón, que viene lentamente hacia la cama).

LA ABUELA.—(Sonriendo con esfuerzo). ¿Quién es? ¿Alguna amiga de mi nietecita, también?

LA PULMONIA.—(Con voz desapacible). ¡Yo no soy amiga de nadie!

LA ABUELA.—(Agitada). Como la niña es tan buena y todos la quieren tanto...

LA PULMONIA.—¡Que la quieran! Yo sólo me ocupo de soplar en los pulmones de la gente. ¡Linda tarea! Anoche, con el frío, me tocó ir a doscientas casas, lo menos. Estoy rendida. Como vi la puerta entornada, entré, de paso, aquí. Pero tengo un malhumor... Y esta es hoy la última visita, aunque la Señora Negra se enfade. Un soplo grande, de despedida, y... A ver, pequeña, destápate.

(Caperucita, dormida, hace un movimiento brusco y tira hacia atrás las mantas que antes de partir le acomodara la Gigantona. La abuela está petrificada de terror. El perro, entre sueños, gruñe. La Pulmonía sopla con fuerza en la espalda de la niña, que empieza a toser. Luego, arrastrando sus babuchas, va hacia la puerta, la abre y sale, cerrando tras sí).

LA ABUELA.—(Restregándose los ojos). ¿Qué es? Dios mío, ¿sueño? Nietecita mía, niñita de mi corazón, ¿qué tienes?

(Caperucita, incorporada a medias en la cama, se oprime el costado derecho, quejándose).

CAPERUCITA.—Madre... Abuela... Tengo un dolor aquí...

LA ABUELA.—(Corriendo hacia la cama de la señora Martina). ¡Hija, despierta, por Dios santo! La niña no está bien. ¡Despierta!

TELON.

La Derrota del Invierno

Personajes

LA PRIMAVERA.—Una niña vestida con colores claros y adornada con flores. En la mano llevará una canastilla con toda clase de flores.

EL INVIERNO.—Un niño vestido de oscuro, con larga barba blanca y cabellos también blancos. El traje cubierto de copos de algodón, simulando nieve. Lleva un bastón en forma de báculo y un bolso con abundantes copos de algodón.

El suelo cubierto de trocitos de papel blanco simula un campo cubierto de nieve.

Al descorrerse el telón, una voz lejana, acercándose, canta alegremente.

PRIMAVERA.—

—Soy la Primavera
vengo de otros lares,
traigo flores frescas,
aves y cantares...



(Penetra la Primavera en escena, arrojando flores a su paso. Pasa lentamente, cruzando el proscenio).

PRIMAVERA.—

—Cada vez que llego
a este campo yerto,
encuentro que han muerto
las flores que entrego.
Campos de verbenas,
verdes alfalfares,
blancas azucenas,
rosas a millares;
surgid como otrora
pétalos de raso;
que sea mi paso
anuncio de aurora.

(Vase por la derecha dejando en la escena un camino de flores. Por la izquierda entra el Invierno, apoyado en su bastón, camina lentamente).

INVIERNO.—(Desconflado, como husmeando el aire).

—¿Perfume de flores?
¡Qué mal huele aquí!
¿Vendrán los calores
otra vez tras de mí?

(Al ver las flores, exclama con rabia:)

—¡Flores, flores, flores!
¡Corolas, perfume!
Que mi nieve esfume
sus vivos colores!

(Arroja puñados de nieve que saca de su bolso).

Que vengan los vientos
de todos los cielos,
que se oigan lamentos
que haya frío, hielo!

(Manos invisibles arrojan nieve sobre la escena).

INVIERNO.—(Paseándose y golpeando con su bastón).

—Y al que se ha atrevido
mi reino a vio'ar,
con mis fríos vientos
lo haré castigar.

(Desde lejos se oye la voz de La Primavera que entra en escena al pronunciar la última palabra).

PRIMAVERA.—

—Soy la Primavera,
vengo de otros lares,
traigo flores frescas,
aves y cantares.

(El Invierno, que ha escuchado lleno de ira, se da vuelta al terminar la canción y se enfrenta con La Primavera).

INVIERNO.—(Airado).

—¿Tú eras quien cantaba?
¿Tú, La Primavera?
¡Con mis fuertes vientos
matarte quisiera!

(Señalando con el bastón).

—Vete con tus cantos
tus aves, tus flores;
odio tus perfumes;
odio tus colores!...

(La Primavera ha llegado con nueva provisión de flores y, además, con un manajo de globitos de colores. Habla con lentitud y con dulzura, y mientras recita, arroja puñados de flores y suelta algunos de sus globos de colores).

LA PRIMAVERA.—

Que renazca ahora
Natura a mi paso;
¡Pétalos de raso
surgid como otrora!

(El Invierno empieza a retroceder lentamente).

Tardes perfumadas
mañanas de sol,
alegrad la tierra
con vuestro color;
Que se abran los lirios,
que se abran las rosas
y que haya alegría
en todas las cosas!...

INVIERNO.—(Siempre retrocediendo. Iracundo.)

Nieve, nieve amiga,
vientos, vientos míos,
haced que los campos
permanezcan fríos;
(con gran pasión)
¡Que todo se hiele,
que todo se muera,
que triunfe El Invierno
de la Primavera!

PRIMAVERA.—(Invocando).

¡Sol, amigo mío,
amoroso hermano,
ven a socorrerme,
tiéndeme tu mano;
que se acabe el frío,
que triunfe el calor,
ven a socorrerme,
hermanito sol!

(Un rayo de sol ilumina la escena).

INVIERNO.—(Espantado).

mi dueño y señor!
¡El sol, mi enemigo,
¡El Dios de la vida!
¡El único Dios!
(gritando)
¡Huyamos, mi nieve!
¡Huyamos, mis fríos!
¡Llegó el Dios del mundo!
¡Estamos vencidos!

(Arroja violentamente su bastón al suelo y huye. La Primavera se pasea por la escena arrojando flores y soltando sus últimos globos de colores. Un grupo de niñas invade la escena por todos lados. La Primavera, siempre arrojando flores, sale por el lado opuesto del Invierno. Las niñas se juntan al centro y cantan a coro una canción alusiva a la Primavera).

TELON

Colón ante los Reyes de España

(C. Perrin)

DETALLE DE LA DRAMATIZACION.—Motivación. Descubrimiento de América. Resumen de una unidad de trabajo total de la Escuela. Historia de América y de España. Geografía general en relación al hecho. Finalización de la unidad, la representación escenificada del momento decisivo que hizo posible la loca aventura de Colón.

ACTO UNICO. La expresión debe ser firme y con bastante énfasis en el gesto. En lo posible con el acento lingüístico español.

El valor del trabajo escénico residirá en el vestuario de los personajes y en la energía y colorido de los diálogos.

PERSONAJES: Los reyes católicos Fernando e Isabel.

El amigo de Colón.

Colón.

El Maestro de Ceremonias de la Corte.

Ministros. Damas de Honor de la reina. Pajes del rey.

CARACTER DE LOS PERSONAJES: Fernando, indeciso, de voluntad débil. Isabel, viva, resuelta. Colón y su amigo, convincentes y audaces. Ministros y demás acompañantes, respetuosos.

Se levanta el telón y aparecen los reyes en su trono. La reina mirándose al espejo muy enojada: corona, collares, anillos, brazaletes. Conversa con sus damas. El rey aburrido se pule las uñas. Entra el Maestro de Ceremonias de la corte e inclinándose ante los reyes, anuncia al rey que un señor desea verlo.

Fernando asiente, igual la reina. Acompañado del Maestro de Ceremonias entra el visitante y se postra a los pies de los reyes besando el manto de la reina. La reina hace un gesto para que el visitante, amigo de Colón, levante la cabeza y hable. Este se dirige a Fernando y le expone que, un gran amigo suyo y sabio navegante hará la riqueza de España si en su intento cuenta con la ayuda del rey. Fernando no quiere nada de nuevas em-

presas. Insiste el amigo de Colón en lo grande de la empresa, le insinúa el predominio de España en Europa con tanta riqueza. El rey nada quiere al respecto. La reina en cambio se interesa vivamente y le pide al amigo de Colón que le exprese todo el alcance de esa empresa arriesgada.

Un rayo de luz brilla en el rostro del amigo de Colón y habla y habla ante la reina Isabel cada vez más interesada. Isabel manda al amigo de Colón que traiga a su presencia a ese audaz marino. El amigo de Colón se inclina muchas veces ante los reyes. El Maestro de Ceremonias acompaña al visitante.

La reina habla a Fernando de la audaz tentativa de ir a las Indias Orientales y de las riquezas que se obtendrán. Fernando levanta los hombros y con ambas manos expresa el gesto: ¿Quién sabe?... ¡No me importa!

Llega el Maestro de Ceremonias ante los reyes y avisa que dos señores desean verlos. Isabel se apresura a hacerlos pasar.

Ante los reyes aparece el amigo de Colón con éste y el Maestro de Ceremonias conduce a Colón ante la reina. El amigo de Colón queda de pie más atrás. Colón cae de hinojos y besa el manto real de Isabel. Esta le tiende la mano y Colón se la besa respetuosamente, instándolo a hablar. Comienza Colón con grandes gestos y consigue entusiasmar a los personajes de la corte que acompañan a los reyes. Muestra rollos y extiende planos de papel. Con un compás gesticula indicando los planos. Fernando escucha sin interesarse. La reina se decide de pronto a financiar la empresa y se desprende de las joyas que adornan su persona entregándoselas al amigo de Colón. El amigo de Colón ante el gesto real le besa el manto y recibe las joyas. Colón postrado en tierra besa los pies de Isabel. La reina digna y resuelta se levanta del trono. Igual Fernando. Se forma un desfile. Adelante va el Maestro de Ceremonias, detrás los Ministros, más atrás la pareja real. A un lado las damas de honor de Isabel. Al otro los pajes de honor de Don Fernando. Cuatro pajes llevan la cola de los mantos reales. Colón y su amigo cierran el cortejo.

Diálogo:

FERNANDO.—Esta guerra de Granada, mi hermosa Isabel, bien que nos alivia del peligro moro, ha dejado un enorme déficit en las arcas reales.

ISABEL.—Pero, Fernando, no debes quejarte... Con esta guerra ganada a los árabes, España comienza a ser grande; Castilla y León, al fin unidos, lanzan a nuestro reino hacia un gran porvenir...

FERNANDO.—Pero... estamos pobres!

ISABEL.—No importa la pobreza si la tierra española queda libre de bárbaros.

FERNANDO.—Bien, bien Isabel...

(Entra el Maestro de Ceremonias y con una reverencia ante los reyes dirigiéndose a Fernando dice:):

M. DE C.—Majestad, un señor desea pasar ante vuestras reales presencias; hablar con su Majestad el rey y besar la real mano de su Majestad Isabel.

FERNANDO.—Que pase.

M. DE C.—El visitante ante la presencia real.

FERNANDO.—¿Deseábais hablar conmigo, señor? Pues bien, decid cuanto gustéis si es para el bien de España. Os escucho.

EL AMIGO DE COLON.—Majestad, la India encierra grandes tesoros y vuestra corona puede ser la única dueña de una ruta hasta hoy desconocida por los navegantes y que os asegura la supremacía en Europa si conseguís adueñaros de ella.

FERNANDO.—¿Y cómo creéis vos, señor, alcanzar a adueñaros de esa vía marítima?

EL AMIGO DE COLON.—Tengo un amigo, Majestad, experto marino que os asegura el triunfo de esa empresa.

FERNANDO.—Sería hermoso, señor, eso que decís, pero, para ello vosotros necesitáis dinero, ¿verdad?

EL AMIGO DE COLON.—Verdad es, Majestad, pero jamás tanto como el tesoro que llegará a vuestras arcas: el oro, el incienso, el ébano y el sándalo, y las perlas y las sedas y el marfil...

FERNANDO.—Sí... sí... pero no me interesa la empresa. Nada me dice que sea un triunfo y además, cual-

quiera tempestad marítima desbarataría vuestros planes perdiendo yo mis naves. No... no puedo acoger vuestros planes.

ISABEL.—A pesar de la negativa de Don Fernando quisiera enterarme más detalladamente de ese proyecto, señor; si vos me lo permitís, Don Fernando...

EL AMIGO DE COLON.—Aquí están los planos que ese hombre versado en los misterios del mar me ha entregado, Majestad...

ISABEL.—¿Y decíais, señor, que el camino a descubrir es el más corto hacia el Oriente Indiano?

EL AMIGO DE COLON.—Sí, Majestad, aún los portugueses no lo han descubierto, en cambio este amigo mío posee el secreto de toda navegación feliz.

ISABEL.—Me interesáis bastante, señor, y, aunque es verdad que estamos empobrecidos por la pasada guerra, quisiera conocer al audaz navegante de quien acabáis de hablar; id por él y que él mismo nos explique su atrevida empresa.

EL AMIGO DE COLON.—Majestad, creo que para el sol de España hoy se extiende una nueva ruta que alumbrará bajo vuestro escudo.

(Pausa).

FERNANDO.—Eres temeraria, mi hermosa Isabel. He oído decir que un marino falto de razón, un orate, va de corte en corte ofreciendo su aventurera empresa...

ISABEL.—Bien, Fernando, si es por la grandeza de España se intentará la empresa; la buena estrella de Castilla, evidenciada en la guerra, alumbrará también para el éxito de esta aventura heroica. La India será nuestra y Portugal no podrá aventajarnos en poderío marítimo.

FERNANDO.—Bien, Isabel, tú sabrás cómo financiar esa empresa loca...

M. DE C.—El personaje con quien hablábais y su amigo.

ISABEL.—¿Cuál es vuestro nombre?

COLON.—Majestad, en vuestra corte obedezco al nombre de Cristóbal Colón.

ISABEL.—¿Vuestra profesión?

COLON.—Marino, V. Majestad; desde que pude andar, mis pasos se encaminaron al mar...

ISABEL.—Eres audaz, señor marino...

COLON.—La audacia y la perseverancia en ella junto con el estudio, han hecho posible en mí dominar las rutas de los mares...

ISABEL.—¿Y decía vuestro enviado que teníais un proyecto de llegar a las Indias por un camino desconocido y el más corto, señor mío? Exponed vuestras teorías.

COLON.—He ido de corte en corte, Majestad, dando a conocer el gran proyecto de mi vida y que encierra toda la ciencia náutica de que es capaz un hombre entregado con tesón a esta ciencia hermosa...

ISABEL.—Proseguid!

COLON.—Nadie ha querido escucharme; dicen que soy un loco porque pretendo hacer creer en una nueva forma de la Tierra...

ISABEL.—¡Eso es audaz, señor marino!...

COLON.—Y también lo han tildado de locura, Majestad...

ISABEL.—Seguid. Me interesa vuestra fe en vos mismo.

COLON.—Halagáis mi modestia, Majestad... Yo tengo el secreto de esa ruta nueva, en la cual, empleando la mitad del tiempo que hoy los portugueses, bordeando las costas africanas ocupan en hacer un viaje, vuestras naves, Majestad, harían ya dos viajes. Aquí tenéis los planos y las cartas oceánicas: examinadlo todo; son claros y vuestra inteligencia verá en ellos lo que los sabios no han querido ver por soberbia: verdad científica.

(Después de una pausa):

ISABEL.—Señor Cristóbal Colón, creo en vuestra ciencia y me decido a ayudaros. Si triunfáis, la corona de España será la primera en Europa, y Castilla y León os honrarán como merece ser distinguido el valiente que logre dar tal brillo al reino español.

FERNANDO.—Pero... Isabel, no tenemos dineros...

ISABEL.—Don Fernando, no os apresuréis. Muchas joyas adornan mi persona, muchas más tendré si la empresa se salva... Castilla habla en mí y León no entor-

pecerá esta empresa... Que venga vuestro amigo, señor Colón.

(Isabel hace entrega de las joyas).

COLON.—Señora, vuestra generosidad afianza mi fe y España será grande y próspera; yo os lo juro por Dios y pongo mi vida como garantía de mi juramento!

ISABEL.—Triunfad, señor, y juntos todos labraremos un nuevo porvenir a España!!

(Isabel se levanta del trono con Don Fernando y se forma el cortejo ceremonial.)

TELON

La Leyenda de la Maravilla

(Tradición Peruana)

C. Ferrín

Reseña Histórica.

El legendario Imperio de los Incas, tan poderoso y rico como el de los Aztecas, tocaba a su fin. Las huestes incaicas se encontraban divididas por una sangrienta guerra civil, pues los hijos del Inca recientemente fallecido, se disputaban la sucesión al trono vacante.

Es el tiempo que coincide con la llegada de Pizarro al Perú. Los españoles vencen a los guerreros incásicos por esta fatal circunstancia.

El Templo del Sol es arrasado por la codicia española; pero la leyenda nos narra una romántica destrucción del Templo que no coincide con la verdad histórica. En esta ocasión debemos aceptar la leyenda incásica que, si bien es verdad que oculta un hecho de trascendental importancia en la conquista de estas vírgenes tierras americanas, también lleva en sí el grito de la raza aborigen que, ante el invasor, moría envuelta en sus ritos.

Escenificación.

Telones color amarillo oro. Varias bancas dispuestas en gradería cubiertas de género amarillo. Jarrones de grada adornarán el altar en cada gradería: al centro y en cada extremo superior de la última inferior y de la última superior, se colocarán vasos abiertos con materias olorosas que, quemándose, produzcan humo. De mayor efecto escénico todavía resulta el pintar sobre los telones que ocultan el altar un gran sol con rayos amarillos con polvo dorado, pero resulta un tanto caro.

En grandes jarrones se alzarán la simbólica flor de la maravilla hecha en cartón con papeles pegados. Grandes hojas verdes, parecidas a las hojas del tabaco.

Las sacerdotisas vestidas de blanco. Túnica larga, pelo suelto, liso; cinturón y cintillo amarillos.

Si fuera posible adornar el Templo con pieles para el suelo y con tejidos indígenas, sería muy provechoso.

Un indio que hará dos papeles: relator del prólogo y epílogo; además, de raptor de la sacerdotisa. En el cintillo, plumas desde la frente; calzado guerrero, parecido al calzado guerrero romano. Llevará terciada, de hombro a cintura, una piel ancha. Túnica hasta las rodillas, mangas cortas. Grueso cinturón que sujete la piel.

Una linterna poderosa que alumbré la escena cuando el Templo quede a oscuras y se alce potente y airada la voz del Dios Sol maldiciendo.

Personajes.

Un coro oculto al público; una sacerdotisa; un indio; la voz del Dios Sol oculta al público tras el telón de fondo.

Carácter de la pieza teatral.

Religiosa, histórica y de conflicto pasional.

Nota:—Esta leyenda llevada a escena será la concreción de conocimientos y trabajos elaborados en: Historia de América, Botánica y el heliotropismo floral; Artes Decorativas (dibujo y escenificación en general para el arreglo y colorido que demande la pieza). Castellano, la leyenda, el mito. Algo sobre la literatura americana, especialmente peruana. Música, la invocación al Templo.

Todas estas actividades son de conjunto y de grupos. La teatralización es ya para las artistas del curso, con la colaboración de todo el curso que conocerá a fondo el espíritu mismo de la representación, porque todos los antecedentes que la originan ya están en su experiencia por el conocimiento de las materias afines al proceso teatral mismo que las deleitará esta vez como resumen artístico de una gran Unidad de Trabajo.

Si en la Escuela existen las Actividades de Biblioteca, es ésta la encargada de realizar este espectáculo artístico.

Edad de los protagonistas.

Quintos o sextos años. Comienza la adolescencia, pubertad o término de ella. Cuatro partes o movimientos: Prólogo. Rapto de la sacerdotisa. Maldición del Dios Sol y Epílogo.

Primer movimiento.—(Sale a escena un indio que relata lo siguiente):

INDIO.—(Mostrando las flores que hay en el altar). Esta flor de pétalos amarillos y de bruno corazón, fué en la leyenda peruana una sacerdotisa del Templo del Sol.

Los indios peruanos adoraban al Sol como el único Dios y le habían construido un rico y formidable templo. Este era el Templo del Sol.

Estaba de tal manera hecho, que allí siempre había un rayo de luz dorado de sol iluminando el palacio.

Las sacerdotisas encargadas del culto ante el altar eran escogidas entre las más hermosas hijas de la nobleza incásica y se sometían, por toda su vida, al riguroso ejercicio de adorar y dedicarse sólo al culto del Dios Sol, sin permitir que las pasiones humanas torcieran el pensamiento y la decisión de las jóvenes.

Pero una vez un indio se enamoró locamente de la más bella de las sacerdotisas que oficiaban en el Templo, y la hermosa había sentido en sus ojos el fuego de otros ojos que decían amarla. Y, en una ocasión, mientras la hermosa sacerdotisa oraba en el Templo sola, el indio, que se había ocultado cerca del altar, intentó raptarla.

Un ruido aterrador, rayos, truenos y tinieblas llenaron la Tierra de espanto. El Dios Sol castigaba colérico con la destrucción del Templo profanado, matando con un rayo al raptor atrevido y convirtiendo a la joven sacerdotisa culpable en una flor que, por toda la vida, estuviera sujeta a los caprichos de la luz solar. Las ruinas del Templo se cubrieron de una extraña florescencia y las más espléndidas se alzaban junto al altar.

Por eso, el girasol o flor de la maravilla, sólo abre sus pétalos y levanta su dorada cabecita cuando sale el sol y mientras éste se oculta tras las montañas o los mares, ella

dobla tristemente su tallo y, plegando sus pétalos, se oculta pudorosa hasta el nuevo día.

(Se retira el indio y aparecerá, descorriéndose el telón, el altar del Templo; una sacerdotisa, orando; levanta los brazos, los dirige al cielo y se inclina repetidas veces. Los vasos deben esparcir oloroso humo; el coro cantará con voz lejana).

Joro de las sacerdotisas:

Salve, Templo del Sol,
Del Dios omnipotente
Que das luz a mi paso
Y eres grande y clemente.
¡Salve, hermoso, bello,
Templo del Sol...!

(Al terminar el canto la sacerdotisa se levanta e inclinándose ante el altar toma un vaso humeante y lo ofrece hacia lo alto del altar; deja el vaso y va a retirarse, cuando, sorpresivamente, aparece en escena el indio raptor. Trata de abrazar a la joven, ésta grita. Instantáneamente un gran ruido se escucha en el Templo y cae exánime el indio y la joven. En esta rapidísima escena sólo debe brillar en el proscenio la luz de la linterna que se supone sea el rayo vengador del Dios y que caerá sobre el cuerpo de los jóvenes. Al terminar la maldición, tanto la sacerdotisa como el raptor, huirán de la escena, favorecidos por la ausencia de luz, para cuyo efecto se apagará, al final de la maldición del Sol, la linterna, única luz que alumbraba la escena.)

EL SOL.—(Maldición del Sol.)

¡Oh, infiel sacerdotisa,
que mi Templo profanas
y olvidando tu rango
y mi real preferencia,
aceptas las miseras humanas
tentaciones! ¿Dónde quedó
el fervor, la fe y el celo

que te hacía tan bella
 en los altares?... Tus hermanas
 que ahora así deshonras
 castigo piden con muy justo llanto..

.....
 ¡Olvidaste tus votos,
 mas, no obstante, yo te ordeno
 transformarte en una flor
 que únicamente mire hacia mi faz.
 A mi beso de luz,
 levantarás tu frente
 y si yo no quisiera
 mirarte algún día,
 humilde y fiel vasalla
 la frente no alzarás.
 Esta es mi maldición,
 sacerdotisa infiel...!!

(Se da toda la luz y se presenta ante el público el altar deshecho y en todos los jarrones del Templo se alzarán gigantescas flores de la maravilla.)

Aparece en escena el indio y relata el epílogo.

INDIO.—Y fué así la historia que nos narra la leyenda. El castigo del Sol esclavizó en esta flor (mostrando las flores del altar) a la infiel sacerdotisa que un instante, apenas, se olvidara del celoso Dios.

Hoy sólo quedan del Templo del Sol algunas ruinas, y era, antes de la llegada de los españoles conquistadores, el lugar sagrado de la raza incásica donde se rendía culto religioso al Dios Sol.

Esta es la lejana leyenda de la maravilla, la flor que gira a los rayos del sol.

TELON



SEGUNDA PARTE

TEATRO LIBRE

Pájaro Azul

(Traducción del
francés)(Del Pájaro Azul,
Mauricio Maeterlinck. Belga).

Vestidos:

- Tyltyl.**—(El muchachito). Traje de Pulgarcito en los cuentos de Perrault; pantaloncito rojo bermellón; chaquetita corta, azul pálido, medias blancas, zapatitos o botas de cuero claro.
- Mytyl.**—(La muchachita). Traje de Gretel o bien con el traje de Caperucita Roja. Pollerita de cintura, amplia, amarilla o roja con huinchas negras en el ruedo; blusa blanca de manguitas subidas y con recogidos más arriba del codo para que haga globito; corcelete negro; cofia estilo holandés, pero no exagerada; medias blancas; botitas o zapatón oscuro, mejor negros; corto delantalito blanco de cintura.
- EL Hada Beryluna.**—(Parecida a la vecina Berlingot). El clásico vestido de pobreza en los cuentos de Hadas. Pollera de color oscuro. Pañuelo de rebozo, corto, sobre los hombros; pañuelo delgado sobre los cabellos y cabeza. Todo de colores oscuros.
- El padre de Tyltyl y Mytyl,** igualmente la madre, vestirán las tradicionales ropas de los leñadores y de los campesinos alemanes en los Cuentos de Grimm. Blusa blanca de mangas largas; chaquetilla sin mangas; pantalón a la rodilla, oscuro; medias de color; zapatón grueso, para el papá. La madre como Mytyl, más un corto pañuelillo sobre los hombros y espaldas.
- El Perro y la Gata** llevarás espléndidas cabezas de sus respectivos tipos. El Perro las cuatro patitas calzadas en color negro, cola del mismo color, manchas del mismo color en las partes cercanas a la cola... Algo así como un fox-terrier. La Gata de color plomo, con cola blanca, patitas enguantadas en color blanco.
- La Luz.**—Llevará vestido de color de luna, amarillo limón muy pálido o celeste plateado, blanco lechoso con reflejos de plata. Túnica estilo griego: talle alto, brazos desnudos. Diademas de luces en la cabeza.

El Pan.—Suntuoso traje de pachá. Amplio traje de seda o de satín café madera, guarnecido de oro. Gran turbante del mismo color. Vientre voluminoso, cara roja y enormemente inflada.

El Fuego.—Traje entero rojo, a manera de un diablillo (sin cola, por supuesto...) Capa color bermellón con reflejos tornasolados, guarnecida de oro. Penacho de llamas.

Las Horas.—Vestidas con la Luz, pero con diademas de flores sobre la frente.

A C T O U N I C O

En la Cabaña del Leñador

El teatro representa el interior de una cabaña de leñador, sencilla, rústica, pero no del todo miserable. Un hogar donde muere un fuego de leña. Utensilios de cocina, armario, una artesa para amasar el pan, un reloj de pie, etc. Sobre la mesa una lámpara encendida. Al pie del armario y, uno al lado del otro, duermen apelotonados, la nariz sobre la cola, un perro y una gata. Entre ellos dos, un cajón de azúcar. Enganchada en la pared, una jaula sencilla guarda una tórtola.

Al fondo, dos ventanas que tienen los postigos interiores cerrados. Debajo de una de las ventanas, una banca. A la izquierda, la puerta de entrada de la casa, provista de un gran picaporte. A la derecha, otra puerta. Escalera que conduce a un granero. En esta misma dirección, dos camitas de niños; a la cabecera de éstas, sobre dos sillas, los vestidos se encuentran cuidadosamente doblados.

Al levantarse el telón, Tytyl y Mytyl se encuentran profundamente dormidos en sus camitas. La madre los arroja una última vez; se inclina sobre ellos, contempla un momento su sueño y, tomando de la mano al padre que ha asomado la cabeza por la puerta entreabierta, le recomienda silencio, poniéndose un dedo sobre los labios; sale por la derecha en la punta de los pies, después de haber apagado la lámpara.

La escena queda a oscuras un momento, después penetra una luz que aumenta en intensidad poco a poco y

se filtra a través de las rendijas de los postigos. La lámpara sobre la mesa se ilumina por sí sola. Los dos niños parecen despertar y se sientan sobre el lecho.

TYLTYL.—¿Mytyl?

MYTYL.—¿Tylyl?

TYLTYL.—¿Duermes tú?

MYTYL.—¿Y tú?

TYLTYL.—Pero, no; yo no duermo, puesto que te hablo...

MYTYL.—Es Navidad, ¿dime?

TYLTYL.—Aun no; es mañana. Pero Noel nada traerá este año...

MYTYL.—¿Por qué?

TYLTYL.—Yo le he entendido a mamá que decía que ella no había podido ir a la ciudad para prevenirlo... Pero él vendrá el año que viene...

MYTYL.—¿Es largo el año que viene?...

TYLTYL.—No es demasiado corto... Sin embargo, él viene esta noche a la casa de los niños ricos...

MYTYL.—¿Ah?...

TYLTYL.—Atiende... mamá ha olvidado la lámpara... yo tengo una idea...

MYTYL.—?...

TYLTYL.—Nos levantaremos...

MYTYL.—Eso no nos está permitido...

TYLTYL.—Puesto que no hay nadie... ¿Ves los postigos?

MYTYL.—¡Oh, cómo están iluminados!...

TYLTYL.—Son las luces de la fiesta.

MYTYL.—¿Qué fiesta?

TYLTYL.—Al frente, en casa de los pequeños ricos. Es el árbol de Pascua. Nosotros vamos a abrir los postigos...

MYTYL.—¿Se puede?

TYLTYL.—Por supuesto, ya que estamos solos... ¿Oyes la música?... Levantémosnos...

(Los dos niños se levantan, corren hacia una de las ventanas, suben sobre la banca y abren los postigos. Una viva claridad penetra en la pieza. Los niños miran ávidamente hacia afuera).

TYLTYL.—¡Se ve todo!...

MYTYL.—(Que no tiene más que un escaso lugar en la banca). Yo no veo.

TYLTYL.—Está nevando... He aquí dos carruajes con seis caballos...

MYTYL.—¡Salen doce niñitos!...

TYLTYL.—¡Qué tonta son niñitas!...

MYTYL.—Tienen pantalón...

TYLTYL.—Tú no los conoces... No me empujes...

MYTYL.—Yo no te he tocado...

TYLTYL.—(Que ocupa él solo la banca). Tú te tomas todo el lugar...

MYTYL.—¡Pero si no tengo sitio!...

TYLTYL.—¡Cállate y mira el árbol!...

MYTYL.—¿Cuál árbol?

TYLTYL.—¡Pero el árbol de Pascua!... ¡Tú miras la pared!...

MYTYL.—Yo miro la pared, porque no tengo espacio...

TYLTYL.—(Le da un pedazo más de banca). ¿Te basta ya? ¿No es la mejor?... ¡Hay luces! ¡Cuántas hay!...

MYTYL.—¿Qué hacen, pues, esos que meten tanta bulla?

TYLTYL.—Ellos hacen música.

MYTYL.—¿Están disgustados?

TYLTYL.—No, pero están cansados.

MYTYL.—¡Otro coche tirado por caballos blancos!...

TYLTYL.—¡Cállate!... ¡Mira mejor!...

MYTYL.—¿Qué es lo que cuelga detrás de las ramas?...

TYLTYL.—Pero, los juguetes, vaya... Los sables, los fusiles, los soldaditos, los cañones...

MYTYL.—¿Y las muñecas?... Dime: ¿Que no las habrán puesto?...

TYLTYL.—¿Las muñecas?... Eres demasiado tonta; eso no les entretiene...

MYTYL.—Y alrededor de la mesa, ¿qué es todo eso?...

TYLTYL.—Son pasteles, frutas, tortas a la crema...

MYTYL.—Yo he comido una vez, cuando era chica...

TYLTYL.—Yo también; es mejor que el pan, pero tenemos tan poco...

MYTYL.—Ellos no tienen poco... Tienen llena la mesa... ¿Se los van a comer, pues?...

TYLTYL.—Por cierto, ¿qué harían con ellos?...

MYTYL.—¿Por qué no se los comen de una vez?...

TYLTYL.—Porque no tienen hambre...

MYTYL.—¿Por qué no tienen hambre?

TYLTYL.—Es que comen cuando quieren... cuando les da ganas...

MYTYL.—(Incrédula). ¿Todos los días?

TYLTYL.—Ya te lo he dicho...

MYTYL.—Entonces, ¿se lo comerán todo? ¿No darán nada?...

TYLTYL.—¿A quién?...

MYTYL.—A nosotros...

TYLTYL.—Ellos no nos conocen...

MYTYL.—¿Si les pidiéramos?...

TYLTYL.—Eso no se hace.

MYTYL.—¿Por qué?...

TYLTYL.—Porque eso no nos está permitido.

MYTYL.—(Batiendo las manos) ¡Oh, qué lindos son!...

TYLTYL.—(Entusiasmado). ¡Y ellos se ríen, se ríen!...

MYTYL.—¡Y los chiquitines que bailan!...

TYLTYL.—¡Sí, sí, dancemos nosotros también!...

(Bailan sobre la banca, mirando siempre hacia afuera)

MYTYL.—¡Oh, cuán entretenido es!...

TYLTYL.—¡Les dan pasteles!... Pueden tocarlos; comen, comen!...

MYTYL.—¡Los más pequeñitos también!... ¡Tienen dos, tres, cuatro!...

TYLTYL.—(Ebrio de alegría). ¡Oh, qué son buenos, qué son ricos!...

MYTYL.—(Contando pasteles imaginarios). Yo he recibido doce...

TYLTYL.—Y yo cuatro veces doce... Ahora yo te daré...

(Se sienten golpes en la puerta de la cabaña).

TYLTYL.—(Súbitamente calmado y asustado, pregunta:) ¿Quién es?...

MYTYL.—(Espantada). ¡Es papá!...

(Como ellos tardan en abrir, se ve que el enorme picaporte se levanta por sí solo, rechinando; la puerta se entreabre para dejar pasar a una viejita vestida de verde, cubierta la cabeza con una caperuza roja. Es jorobada, coja, tuerta; la nariz y la barba convergentes, y camina apoyada en un bastón. No hay que dudar que sea una hada).

EL HADA.—¿Tienen ustedes aquí la yerba que canta o el pájaro azul?...

TYLTYL.—Nosotros tenemos hierba, pero ella no canta...

MYTYL.—Tytyl tiene un pájaro.

TYLTYL.—Pero yo no se lo puedo dar.

EL HADA.—¿Por qué?

TYLTYL.—Porque es mío.

EL HADA.—Es una fuerte razón, por cierto. ¿Dónde está el pájaro?...

TYLTYL.—(Mostrando la jaula). En la jaula...

EL HADA.—(Colocándose los anteojos para examinar el pájaro). Yo no lo quiero; no es bastante azul. Es necesario que ustedes me ayuden a buscarlo, porque tengo necesidad de él.

MYTYL.—Pero yo no sé dónde está...

EL HADA.—Yo tampoco. Es por eso que hay que buscarlo. Yo me podría resignar a no tener la yerba que canta; pero tengo absoluta necesidad del pájaro azul. Es para mi nietecita, que está muy enferma.

TYLTYL.—¿Qué es lo que tiene?...

EL HADA.—No lo sé justamente; ella podría ser feliz...

TYLTYL.—¿Ah?...

EL HADA.—¿Saben ustedes quién soy yo?

TYLTYL.—Usted se parece un poco a nuestra vecina, la señora Berlingot...

EL HADA.—(Enojándose súbitamente). En manera alguna... No hay ninguna relación... Es abominable... Yo soy el Hada Beryluna...

TYLTYL.—¡Ah, muy bien!...

EL HADA.—Es necesario partir inmediatamente.

TYLTYL.—¿Usted vendrá con nosotros?

EL HADA.—Me es absolutamente imposible a causa de que he dejado el puchero puesto en el fuego y que se efana en derramarse cada vez que yo me ausento más de una hora... (Mostrando alternativamente el techo, la chimenea y la ventana). ¿Quieren ustedes salir por allí, por acá o por allá?...

TYLTYL.—(Mostrando tímidamente la puerta). Yo quisiera mejor salir por allí...

EL HADA.—(Se enoja súbitamente). ¡Es absolutamente imposible, es una costumbre repugnante... (Mostrando la ventana). Nosotros partiremos por acá... Y bien, ¿qué miran ustedes?... ¡Vístanse inmediatamente!... (Los niños obedecen y se visten rápidamente).

TYLTYL.—Nosotros no tenemos zapatos...

EL HADA.—Eso no tiene importancia. Yo te daré un sombrerito maravilloso. ¿Dónde están ahora sus padres?...

TYLTYL.—(Mostrando la puerta de la derecha). Están allí, duermen....

EL HADA.—¿Y vuestro abuelito y abuelita?...

TYLTYL.—Están muertos...

EL HADA.—¿Y vuestros hermanitos y vuestras hermanitas?... ¿Tienes tú?...

TYLTYL.—Sí, sí; tres hermanitos...

MYTYL.—Y cuatro hermanitas...

EL HADA.—¿Dónde están?...

TYLTYL.—Están muertos también...

EL HADA.—¿Quisieran volver a verlos ustedes?...

TYLTYL.—¡Oh, sí... inmediatamente... Muéstroslos!...

EL HADA.—Yo no los tengo en mi bolsillo... Sería una maravilla. Ustedes los verán al pasar por el país del Recuerdo. Está en el camino del Pájaro Azul, después de la tercera encrucijada. ¿Qué hacían ustedes cuando yo golpeé?...

TYLTYL.—Nosotros jugábamos a comer pasteles.

EL HADA.—¿Ustedes tienen pasteles? ¿Dónde están?

TYLTYL.—En el palacio de los niños ricos... Venga a verlos, qué hermoso!...

(Tylyl lleva al Hada hacia la ventana).

EL HADA.—(En la ventana). ¡Pero si son los otros los que comen!...

TYLTYL.—Sí; pero como se ve todo...

EL HADA.—¿No les guardas rencor?...

TYLTYL.—¿Por qué?...

EL HADA.—Porque se lo comen todo. Considero que hacen mal en no darte...

TYLTYL.—Pero no, puesto que son ricos... ¿Eh?... ¡Qué hermoso es en casa de ellos!...

EL HADA.—No es tan hermoso como en la tuya.

TYLTYL.—¡Oh, nuestra casa es más sombría, más chica, sin dulces...

EL HADA.—Es absolutamente la misma cosa; es que tú no ves...

TYLTYL.—Pero sí, yo veo muy bien, y tengo muy buenos ojos. Leo las horas en el reloj de la iglesia que papá no ve...

EL HADA.—(Se enoja de repente). Yo te digo que tú no ves!... ¿Cómo, pues, me ves tú? ¿Cómo soy yo, pues?... (Silencio obstinado de Tylyl). Y, qué hay, contéstame, a fin de que yo sepa si ves... ¿Soy bella o fea?... (Silencio más y más embarazoso). ¿No quieres responderme?... ¿Soy joven o vieja?... ¿Soy rosada o amarilla... tengo tal vez una joroba?...

TYLTYL.—(En tono conciliador). No, no; no es muy grande...

EL HADA.—Pero si al oír tu tono, yo la creería enorme... ¿Tengo la nariz ganchuda y el ojo izquierdo vaciado?...

TYLTYL.—No, no; yo no digo nada... ¿Quién se lo vació?...

EL HADA.—(Más y más irritada). Pero si no está vaciado... ¡Insolente, miserable! El es más hermoso que el otro; es más grande, más claro y azul como el cielo... ¿Y mis cabellos, los ves tú? Son rubios como las espigas; más aun, como el oro puro... Yo tengo tantos, tantos, que la cabeza me pesa... Ellos se me escapan por todas partes... ¿Los ves tú sobre mis manos? (Ella muestra dos escasos mechones de cabellos grises).

TYLTYL.—Sí, veo algunos...

EL HADA.—(Indignada). ¡Algunos!... ¡gavillas!... ¡brazadas!... ¡manojos!... ¡ríos de oro! Yo sé que hay personas que dicen que no los ven; pero tú no eres de esas malas gentes ciegas, supongo?...

TYLTYL.—No, no; yo veo muy bien los que no se condenan...

EL HADA.—¡Pero, es preciso ver los otros con la misma audacia!... Son bien curiosos los hombres... Después de la muerte de las Hadas, ellos no ven nada, ni siquiera se dan cuenta. Felizmente, llevo siempre conmigo lo necesario para reanimar los ojos apagados... ¿Qué es lo que saco yo de mi bolsa?...

TYLTYL.—¡Oh, el hermoso sombrero verde!... ¿Qué es lo que brilla en la cinta?...

EL HADA.—Es el gran Diamante que hace ver...

TYLTYL.—¡Ah!...

EL HADA.—Cuando se tiene el sombrero sobre la cabeza, se da vuelta un poco el Diamante: de derecha a izquierda; por ejemplo, así, ¿ves tú?... El se apoya entonces sobre una protuberancia de la cabeza que nadie conoce y que hace abrir los ojos...

TYLTYL.—¿Y eso no hace mal?...

EL HADA.—Al contrario, es maravilloso... Se ve en el mismo instante lo que hay en las cosas; el alma del Pan, del Vino, de la Pimienta, por ejemplo...

MYTYL.—¿También se puede ver el alma del Azúcar?...

EL HADA.—(Se enoja súbitamente). Ya te lo he dicho. A mí no me gustan las preguntas inútiles... El alma del Azúcar no es tan interesante como el alma de la Pimienta... He aquí que yo voy a darles lo que tengo para ayudarlos en la búsqueda del Pájaro Azul... Yo bien sé que el Anillo que hace invisible o la Alfombra Voladora les serían muy útiles... Pero yo he perdido la llave del armario donde las tenía aguardadas... Se me había olvidado... (Mostrando el Diamante). Cuando se le tiene así, ¿ves?... una vueltecita más, se vuelve a ver el Pasado... otra vueltecita y se ve el Porvenir... Es curioso, práctico y no hace ruido...

TYLTYL.—Papá me lo quitará...

EL HADA.—No lo verá; nadie puede verlo mientras esté en tu cabeza... ¿Quieres probarlo?

(Le coloca a Tytyl el sombrerito verde). Ahora da vuelta el Diamante... Una vuelta y después...

(Apenas Tytyl ha dado vuelta el Diamante, un súbito cambio se opera sobre todas las cosas. La vieja Hada se ha transformado en una encantadora princesa; las piedras de que están hechos los muros de la cabaña se iluminan, se tornan azules como zafiros, se hacen transparentes, brillan, deslumbran al igual que las piedras más preciosas. El pobre mobiliario se anima y resplandece). (Salen de detrás del reloj de pie una ronda de muchachitas que danzan alrededor de ellos; son las Horas).

TYLTYL.—¿Quiénes son todas esas damas?...

EL HADA.—No tengas miedo; son las horas de tu vida que se sienten felices de verse libres y visibles por un momento...

TYLTYL.—¿Quién es ese hombrecito feo?...

EL HADA.—Nada, grave; es el alma del Pan que sale del cajón donde se encontraba muy incómodo...

TYLTYL.—¿Y ese gran diablo rojo que huele tan mal?...

EL HADA.—¡Chít...! No hables tan fuerte, es el Fuego; tiene mal carácter...

(La fantasía prosigue. El Perro y la Gata, acurrucados junto al armario, dando simultáneamente un gran grito, desaparecen, y en su lugar surgen dos personajes. Uno de los cuales lleva una máscara de perro y el otro una cabeza de gato. En el acto el hombrecillo con máscara de perro se precipita sobre Tytyl, abrazándolo y haciéndole ruidosas caricias; mientras tanto, la Gata se peina, se lava las manos y se arregla los mostachos antes de acercarse a Tytyl).

El Perro.—(Aullando, saltando). ¡Mi amito, buenos días, buenos días!... ¡Al fin, al fin puedo hablarte!... ¡Tenía tantas cosas que decirte!... Por más que ladraba y movía la cola, no comprendías nada!... ¡Pero ahora!... ¡Buenos días, buenos días!... ¡Cuánto te quiero... cuánto te quiero!... ¿Quieres que haga algo sorprendente? ¿Quié-

res que te haga una gracia?... ¿Quiéres que ande en las manos o que baile en la cuerda?...

TYLTYL.—¿Quién es este señor de cabeza de perro?...

EL HADA.—Pero, ¿no ves, entonces?... Es el alma de Tyló que has libertado...

LA GATA.—(Acercándose a Mytyl y tendiéndole la mano). ¡Buenos días, señorita! ¡Qué linda está usted esta mañana!...

MYTYL.—¡Buenos días, señora! (Dirigiéndose al Hada). ¿Quién es?...

EL HADA.—Es fácil verlo. Es el alma de Tylette que te tiende la mano... Abrazale...

EL PERRO.—(Empujando a la Gata). — ¡Yo también!... ¡Yo abrazo a mi amito!... Abrazo a mi amita!... ¡Abrazo a todo el mundo!... ¡Chitas, que nos vamos a divertir!... Voy a meter susto a Tylette. ¡Guau, guau, guau!...

LA GATA.—Señor, yo no lo conozco a usted!

EL HADA.—(Amenazando al Perro con su varilla). ¡Tú vas a estarte muy tranquilo; de otro modo, volverás al silencio hasta el fin de los tiempos.

(La fantasía continúa. La lámpara se apaga y aparece una hermosa joven de incomparable belleza).

TYLTYL.—¿Es la reina?...

MYTYL.—¡Es la Virgen!...

EL HADA.—No, hijos míos, es la Luz...

(Se oyen tres golpes en la puerta).

TYLTYL.—¡Es papá! Nos ha oído...

EL HADA.—¡Da vuelta el Diamante!... De izquierda a derecha... (Tytyl da vuelta rápidamente el Diamante). ¡No tan ligero!... ¡Dios mío!... ya es demasiado tarde... Lo diste vuelta muy de repente. Ya no tendrán tiempo de volver a ocupar su lugar y tendremos que soportar bastantes molestias.

(Desorden general, cada uno busca su antiguo puesto). ¿Qué es lo que pasa?...

EL PAN.—(Llorando). No hay lugar para mí en el cajón...

EL HADA.—Si hay, si hay, apúrate...

EL PAN.—(Desolado). Si no hay... Me comerán primero...

EL PERRO.—¡Amito, todavía estoy aquí!... Quiero hablarte, abrazarte...

EL HADA.—¡Cómo! ¿tú también?... ¿Aun estás aquí?...

EL PERRO.—¡Tengo suerte, no pude volver a mi lugar!...

LA GATA.—Yo también... ¿Qué nos irá a pasar?... ¿Es peligroso?...

EL HADA.—¡Dios mío! Voy a decirles la verdad: todos los que acompañen a los niños morirán al término del viaje...

LA GATA.—¿Y los que no los acompañen?...

EL HADA.—Les sobrevivirán algunos minutos...

LA GATA.—(Al Perro). ¡Ven, vámonos a nuestro sitio!...

EL PERRO.—¡No, no; no quiero!... Quiero acompañar a mi amito... Quiero hablarle todo el tiempo.

LA GATA.—¡Imbécil!...

EL PAN.—(Llorando a lágrima viva). ¡No quiero morir al término del viaje... Quiero volver a mi cajón!...

EL FUEGO.—¡Ya no encuentro mi chimenea!...

EL HADA.—¡Qué tontos son, Dios mío... y qué cobardes!... Preferirán seguir viviendo así en lugar de acompañar a los niños que van a buscar el Pájaro Azul...

LA GATA, EL PAN y el FUEGO.—Sí, sí, inmediatamente... ¡Mi cajón!... ¡Mi chimenea!... ¡Quiero quedarme!...

EL HADA.—(A la Luz que mira ensoñadoramente su lámpara).—¿Y tu Luz, qué dices?

LA LUZ.—Acompañaré a los niños...

EL PERRO.—(Brincando de alegría).—¡Yo también, yo también!...

EL HADA.—Esto ya me parece mejor. Por otra parte, es demasiado tarde para retroceder; ya no pueden elegir, saldrán todos con nosotros... Pero, tú, Fuego, no te acerques a nadie, y tú, Perro, no molestes a la Gata. (Nuevos golpes, esta vez más violentos, se oyen en la puerta).

TYLTYL.—(Escuchando).—¡Esta vez sí que es papá!... Ahora se levanta... Lo oigo andar...

EL HADA.—Salgamos por la ventana. Iremos todos a casa. Tú, Pan, toma la jaula en que colocarán el Pájaro Azul y te encargarás de su custodia... Pronto, pronto, no perdamos tiempo. (La ventana se alarga bruscamente y todos salen por ella. La pieza vuelve a quedar a oscuras y las camitas de los niños siguen sumergidas en la sombra. La puerta de la derecha se entreabre y por la abertura asoman las cabezas del padre y la madre de Tyltyl y Mytyl.

EL PADRE.—¡No era nada... Es el grillo que canta!...

LA MADRE.—¿Los ves?

EL PADRE.—¡Claro... duermen tranquilamente!...

LA MADRE.—¡De veras, los siento respirar!...

(La puerta se cierra).

TELON

Papá y Mamá

(Eduardo Barrios)

Chileno.

Es plácida la noche. El cielo, claro; nubes transparentes blanquean el azul ya lechoso, la vía láctea empolva una franja de paz, hay una polvareda de estrellas y, muy blanca y muy redonda, la luna recuerda viejas estampas de romanticismo y de amor.

Dos niños juegan en la acera: Ramón y Juanita. Un tercero, nene que aun no anda, sentado en el peldaño de la puerta de calle, escucha incomprensivo y mira con ojos maravillados.

Ramoncito ha mudado ya los dientes; es vivo, muy locuaz y sus piernecillas nerviosas están siempre en movimiento. Juanita es menor. Sentada como el nene sobre la piedra del umbral, acomoda en un rincón de la puerta paquetitos de tierra y botones, y cajas de fósforos y palitos...

Juegan a la gente grande, porque ellos, como todos los niños, sienten, sobre todo en las noches, una inconsciente necesidad de imaginar y preparar la edad mayor.

RAMONCITO.—(Deteniéndose frente a su hermana, con las manos en los bolsillos y las piernas abiertas). ¿A qué jugamos por fin?

JUANITA.—Ya, ya está el Almacén listo... (Corrige la alineación de los botones y las cajitas).

RAMONCITO.—¿Pero, vamos a jugar otra vez a las compras?...

JUANITA.—Es claro, sigamos. Yo soy siempre la madama, y tú me sigues comprando. ¿No ves que mucha gente de todas estas casas no me ha comprado nada todavía?... Ni la hija del sastre, ni el tonto de la cité...

RAMONCITO.—Bueno. Entonces, ahora soy el chiquillo tonto de la cité. (Se aleja unos pasos hacia la esquina. Luego vuelve, silbando, a pasos descoyuntados, arrastrando los pies, rayando el muro).

Con voz gangosa: Madama, madama, dice mi mamá que me diga qué hora es y que me dé la llapa en huesillos.

JUANITA.—(Muy seria en su papel de madama indignada). ¡Ah, estúpido qui sei... dile a túa mamá que me pague el dimanche que le fié a la matina.

(Sobreviene una pausa desairada. A Ramoncito ya no le divierte aquello.)

RAMONCITO.—Mira, mejor juguemos a otra cosa. Siempre al despacho, aburre.

JUANITA.—(Palmoteando). Al abuelito, ¿quieres?... a contar cuentos.

RAMONCITO.—Oye, ¿para qué le servirán los anteojos al abuelito?

JUANITA.—¡Tonto! Para ver.

RAMONCITO.—Así decía yo, pero ¿no te has fijado que para hablar con uno mira por encima de los vidrios y para leer se los pone sobre la frente?

JUANITA.—Cierto. ¿Para qué le servirán los anteojos al abuelito?

RAMONCITO.—Bueno, bueno. Juguemos... a...

JUANITA.—¿A la casa?

RAMONCITO.—Ya.

JUANITA.—(Con creciente entusiasmo). ¿Al papá y a la mamá? Yo soy la mamá, o la cocinera... Lo mismo da, como tú quieras. Las dos, puedo ser las dos.

RAMONCITO.—(Improvisando un bastón con una ramita seca que recoge del suelo). Yo soy el papá. Llego del trabajo, a comer, pidiendo apurado la comida, que tengo que ir al teatro. ¿Te parece?

JUANITA.—Espléndido.

(Y renace la animación. La chica da nuevo acomodo a las cajas de fósforos, agrupa los botones, desenvuelve la tierra. Entre tanto, Ramoncito, erguido, braceando y a largos pasos que retumban en las baldosas, vuelve otra vez de la esquina.)

RAMONCITO.—¿Está esa comida, Juana?... Pronto, ligerito, que tengo que salir.

JUANITA.—Voy a ver, Ramón, voy a ver... Esta cocinera es tan despaciosa... (Se vuelve hacia su fingida

cocinera y pregunta): ¿Mucho le falta, Sabina? ¿Sí?... ¡Ave María!

(El chico levanta los brazos, admiradísimo. Luego frunce el ceño: se ha enfadado súbitamente.)

RAMONCITO.—¡Qué! ¿No está todavía la comida?

JUANITA.—Ten paciencia, hijo, por Dios... A ver, mujer, déjame a mí. Páseme el huevo, la harina... Eche más carbón... ¡Viva, anime!...

RAMONCITO.—(Que ha emprendido una serie de furiosos paseos, bastón en mano, renegando). ¡Habrás visto, hombre! ¡Qué barbaridad! Se mata uno el día entero trabajando, para llegar después a casa y no encontrar ni siquiera, la comida lista. ¡Caramba!

JUANITA.—(Riendo). Así, así, muy bien.

RAMONCITO.—(En un paréntesis). No hables de otra cosa. Ahora eres la mamá y nada más. (De nuevo en son de marido tonante): ¿En qué pasan el día entero dos mujeres, digo yo?

JUANITA.—Cosiendo, hijo, y lavando y...

RAMONCITO.—Nada. Mentira. Flojeando... ¡Brrr!...

JUANITA.—¡Dame tu santa paciencia, Dios mío!... ¡Chsss!

(Afanada, simula freír, en un botón, un huevo... de paja.)

RAMONCITO.—Paciencia... Me da risa. Tengo hambre y estoy apurado... Apurado, ¿oyes? Trabajo como un bruto y llego muerto de hambre. ¡Ah! Ya esto no se puede aguantar.

JUANITA.—(Que fríe con loco entusiasmo). ¡Chsssss! Y... este aceite, Dios mío, no sé qué tiene... ¡Chsssss!

RAMONCITO.—¡Buena cosa...! Está muy bien, muy bien... ¡Ah, y cásese usted!

(Sus paseos se hacen cada vez más furiosos.)

JUANITA.—No te quejes así. Y a los niños, a estos demonios, ¿quién los lava, quién los vista, quien les cose, quién...?

RAMONCITO.—¡Basta! Lo de siempre. Yo no tengo nada que ver con eso.

JUANITA.—Pero es que... ¡Uy, que se me queman las lentejas!... Pero es que, por un lado, estos niños; por otro lado, la calma de esta mujer...

RAMONCITO.—(Iracundo). Si la Sabina es floja, se manda cambiar. ¡Caramba!

JUANITA.—Cuidado, Ramón, que cuesta mucho encontrar sirvientes.

RAMONCITO.—¡Qué sé yo! Tú sabrás. Podías aprender de mi madre, ya te lo he dicho. Esa sí que es ama de casa.

(Como Juanita calla, sin atinar a responder, el chico la auxilia.)

RAMONCITO.—Enójate un poco tú también. Dime, así, rezongando: “Ya me tienes loca con lo que sirve mi suegra. Ella será un prodigio; pero yo, hijo, ¿qué quieres?... Una inútil...”

(La chica suelta una carcajada.)

JUANITA.—(Entre dientes). “Ya me tienes loca con lo que sirve mi...”

RAMONCITO.—(Rabioso, sin dejarla concluir). ¿Qué? ¿Rezongas?

JUANITA.—Páseme esa cuchara, Sabina.

RAMONCITO.—No, no. Ahora me debías contestar: “¡Ave María! ¡Qué genio! Debes estar otra vez cargado de bilis. Es tiempo de que tomen otro purgantito...” No sabes, no sabes jugar.

JUANITA.—Espérate. Ahora, sí, verás.

RAMONCITO.—(Dándose por replicado y montando en mayor cólera). ¡Bilis, bilis!... Siempre la culpa ha de ser de uno. ¡Ah, casarse, casarse! Para gastar, para eso se casa uno. Así les digo a mis amigos: cásense y verán...

JUANITA.—(Con viveza). Se te olvida una cosa: “¡Ah, si yo tuviera la desgraciada dicha de enviudar!” y entonces yo te contesto: “No tendrás ese gustazo”.

(Pero el hombrecito se siente herido en su amor propio por la lección y, blandiendo el palo, amenazante, brama):

RAMONCITO.—¡¡¡Callarse!!!

JUANITA.—Veamos ahora el asado. Sabina, ábrame el horno... (Respondiéndose a sí misma): ya está, señorita...

RAMONCITO.—¡Ay, ay, ay! ¡Linda vida, esta!... En la oficina, aguantar al jefe; en la calle, los transeúntes;

en el tranvía, las conductoras hediondas, los pisotones, las viejas que han de ir todos los días a misa, nada más que para hacer viajar de pie a los hombres que vamos al trabajo... o las pollitas, que se largan a despilfarrar en las tiendas lo que a los padres nos cuesta... nuestro sudor.

JUANITA.—¡Ah, si túvieras la desgraciada dicha de enviudar!...

RAMONCITO.—¡Imbécil! ¡Celosa!

JUANITA.—¿Celosa? No tendría el diablo más que hacer. Ya no, hijo; ya no soy la tonta de antes.

RAMONCITO.—¡Callarse, he dicho!

(Enarbola el palo amenazador, terrible.)

JUANITA.—(En un nuevo paréntesis). Oye, los palos no los des de veras.

RAMONCITO.—¡Silencio! ¡¡¡Silencio!!! Estoy ya cansado, aburrido, loco... ¡loco!... ¡¡Brrr!...

(Da un garrotazo contra la puerta de calle. La niña se sobrecoge.)

JUANITA.—(Realmente azorada). No se te vaya a ocurrir...

RAMONCITO.—(Repetiendo el palo con mayor furia). ¡Chit! ¡Callarse!

JUANITA.—(Seria). No juguemos más, ¿quieres?

RAMONCITO.—¡Nada, nada! ¡Pronto, la comida, pronto, si no quiere usted que...

(El palo cae repetidas veces sobre la puerta, zumba alrededor de la cabecita de la niña, que se alarma cada vez más. El chico sigue echando chispas y vociferando. De pronto, con el palo alzado, se queda mirando a la presunta esposa. En sus pupilas brilla la llama, de las travesuras temerarias: aquel brazo armado parece que va a caer, que inicia la descarga en serio sobre la cabeza de la niña. Entonces Juanita tiene primero una sonrisa interrogativa, luego un gesto de miedo. El nene, asustado también, suelta el llanto; y aquí Juanita, como iluminada súbitamente por un recuerdo salvador, suelta botones y cajitas, coge al nene en brazos, se yergue digna y altiva, y dice:

JUANITA.—¡Ramón, respeta a tu hijo!

TELON

Lo que sucedió la noche en que Peter Pan se llevó a Wendy, Juan y Miguel al País de las Hadas

(Teatralización de
C. Perrin)

(De Peter Pan y Wendy.
J. M. Barrie. Inglés)

Personajes:

Papá Gentil, padre de Wendy, Juan y Miguel.

Mamá Gentil, madre de Wendy, Juan y Miguel.

Liza, empleada de la familia Gentil.

Nana, perra regalona de los niños Gentil.

Peter Pan, el niño que vive en el País de las Hadas y es amigo de todos los niños que sueñan.

Wendy, 7 años; Juan, 6 años; Miguel, 5 años.

La escena se desarrolla en el dormitorio de los niños Gentil. Es la hora de irse a la cama. Papá y mamá Gentil han sido invitados a un baile y van a despedirse de los niños antes de salir. Los niños en la pieza juegan antes de irse a la cama. Todos en camisones de dormir, las camas listas para recibirlos; la perra juega con Miguel. Juan y Wendy juegan a ser "papá y mamá".

ACTO PRIMERO

MIGUELITO.—(Sentado en el suelo). Yo no quiero ir a dormir, Nana, no tengo sueño... (Sostiene con ella un largo diálogo). ¿Tienes sueño, tú, Nana? ¡No, no tienes sueño, se te nota en los ojitos... y tampoco me voy a bañar: no me gusta el agua... Y a ti, Nana, ¿te gusta el agua?... ¡No! ¿no es cierto?... Se te nota en la nariz y en la cola. ¡No nos bañemos, Nana!

JUAN.—(Imitando al papá). ¡Ya te he dicho que no quiero que esta perra permanezca en el dormitorio de los niños!...

WENDY.—(Imitando a la mamá). ¡Pero, Jorge, si no les hace ni un rasguño; quiere tanto a los niños... Los cuida como si fuera una verdadera niñera... Les lleva los libros cuando van al colegio; los ayuda al atravesar la calle... Deja a la Nana con los niños, Jorge, es tan buena y fiel la perra!...

MAMA GENTIL.—(Entrando en el dormitorio). ¿Qué haces en el suelo, Miguel? Ya es hora de irse a bañar... (Los niños al oír que entra Mamá Gentil se lanzan a la cama, menos Miguel).

MIGUEL.—¡La Nana no se quiere bañar, mamá...

MAMA GENTIL.—¿Qué hacías tú, Juan, y tú, Wendy, fuera de la cama?...

WENDY.—(Abriendo las manitos). Pues, estábamos jugando al papá y a la mamá, ¿verdad, Juan?...

JUAN.—(También abriendo las manitos en un gesto de explicación amplia). ¡Claro, y discutíamos sobre Nana... como lo hace siempre papá contigo...

WENDY.—¡Papá no quiere a Nana, mamita...

MIGUEL.—¡Yo sí la quiero, Wendy, ¿ves? (Abraza a la perra).

(En este momento entra el papá Gentil, quien no ha podido hacerse el nudo de la corbata y viene tras la señora Gentil.)

PAPA GENTIL.—(Contrariado, furioso, con la corbata en la mano). ¡Esta desgraciada corbata se resiste a hacerse un nudo. No se quiere anudar alrededor de mi cuello... la muy pícara muy bien que lo hace en los barrotes de la cama, pero no en mi cuello...!

(Los niños quedarán mirando sorprendidos a papá; mamá Gentil sonríe en silencio ante la desesperación exagerada de su esposo). ¿Y tú te sonríes? Te advierto que si no consigo anudar la corbata en torno de mi cuello, no vamos a salir de casa esta noche, y si no voy a cenar fuera esta noche, no puedo volver más a la oficina, y si no voy a la oficina tú y yo nos moriremos de hambre y nuestros hijos serán arrojados a la calle...

MAMA GENTIL.—(Siempre sonriendo e indulgente). ¡Déjame probar, querido! (Le hace la corbata que es a lo

que el señor Gentil llegara buscando las expertas manos de mamá Gentil).

Todos los niños, entre tanto, embobados observan la maniobra salvadora.

PAPA GENTIL.—¡Gracias, mujer! ¡Eres tan amable que la misma corbata se rinde en tu mano! ¿verdad, Miguelín que tu mamá es muy Gentil?

WENDY, JUAN y MIGUEL.—(En coro). ¡Sí, papá... sí, papá! (Papá Gentil coloca a Miguelín sobre los hombros y corre por la pieza; Wendy y Juan abrazan a mamá Gentil; la perra ladra feliz. En medio de la alzagara, la perra ensucia los pantalones del señor Gentil, quien inmediatamente pierde el buen humor).

PAPA GENTIL.—¡Ya esta perra me ensució el pantalón!

MAMA GENTIL.—¿Dónde, dónde fué, Jorge, a ver? (Toma una escobilla de sobre la cómoda y cepilla la parte ofendida por la pata de Nana; los niños, mudos otra vez, observan la escena).

PAPA GENTIL.—¡Ya te he dicho que es un horror tener a este animal tan cerca de los niños!

MAMA GENTIL.—¡Pero si Nana es un tesoro para los niños, Jorge!...

PAPA GENTIL.—¡Si, sí... siempre lo mismo; pero me molesta que te trate a los niños como si fueran muñecos...!

MAMA GENTIL.—¡No, no, querido; yo estoy segura que Nana sabe que los niños tienen alma!

PAPA GENTIL.—¡No sé, no sé...! (Entra en ese momento Liza con una medicina para Miguelín).

LIZA.—Miguelito, a tomar la medicina antes de dormir...

MIGUEL.—¡Mamá, yo no quiero medicina... yo no quiero medicina...!

PAPA GENTIL.—¡Hay que ser hombre, Miguel!

MIGUEL.—Pues, no lo seré... no lo seré... (Pataleando en la cama).

MAMA GENTIL.—Miguelín, te voy a buscar un chocolate si te tomas el remedio!

PAPA GENTIL.—Querida, no le mimes tanto... (Dirigiéndose a Miguel). ¡Mira, cuando yo tenía tu edad, MI-

guelín, me tomaba todas estas medicinas sin protestar y aun decía: "Gracias, mis queridos padres, por darme estas medicinas que me pondrán bueno.

WENDY.—(Dirigiéndose al papá). Esa medicina que tú tomas a veces es mucho más mala, ¿verdad, papá?...

PAPA GENTIL.—¡Mucho más!... y si no hubiese perdido la botella, la tomaría ahora para darte el ejemplo, Miguelín...!

WENDY.—(Obsequiosa). No está perdida, papá. Yo sé dónde está y te la traeré... (Sale corriendo).

PAPA GENTIL.—(Molesto, dirigiéndose a Juan). ¡Juan, es la medicina más mala que tú puedes imaginarte...! ¡Es fea, pegajosa, con gusto a aceite de bacalao... y es dulzona!

JUAN.—(En tono conciliador, pero convincente). Será cuestión de un momento, papá.

WENDY.—(Llega con la medicina en un vaso; éste traerá un poco de leche o un líquido blanco). ¡He ido lo más de prisa que he podido, papá!

PAPA GENTIL.—(Con vengativa cortesía). ¡Has sido maravillosamente ligera, Wendy! (Dirigiéndose a Miguel). Ahora, toma tu medicina, Miguel!

MIGUEL.—No, no... papá primero... (Queriendo llorar).

PAPA GENTIL.—Me pondré enfermo, ¿sabes?

JUAN.—(En tono de ruego). ¡Vamos, vamos, papaito, tómate la medicina!

PAPA GENTIL.—¡Cállate tú, Juan!...

(Todos los presentes observarán llenos de ansiedad la escena entre Miguel y papá Gentil; la señora Gentil y Liza habrán salido del dormitorio sin ser notadas.)

WENDY.—¡Yo siempre creí que la tomabas con gusto, papá!

PAPA GENTIL.—No se trata ahora de eso; de lo que se trata es de que en mi vaso hay más cantidad de medicina que en la cuchara de Miguel... y eso no es justo. No me cansaría nunca de decirlo... ¡Eso no es justo!

MIGUEL.—(Con picardía). ¡Papá, yo te estoy esperando...!

PAPA GENTIL.—¡No está malo eso de decir que me

estás esperando! Yo sí que te estoy esperando... hace rato.

JUAN.—¡Papá, eso es una cobardía...!

PAPA GENTIL.—¡Tú, sí que eres cobarde!

JUAN.—...Es que yo no tengo miedo de tomar remedios...

WENDY.—...Ni yo tampoco!

PAPA GENTIL.—(Dirigiéndose a Miguel). ¡Pues, empieza a tomar la medicina, Miguelín!... Ni Juan, ni Wendy le tienen miedo a los remedios... Yo tampoco... ¡Ya, tómala!

MIGUEL.—(Accediendo). ¡Bueno, bueno; pero, ¿la tomas tú?

WENDY.—(Conciliadora). ¿Por qué no la toman los dos al mismo tiempo?

PAPA GENTIL.—¡Es verdad...! ¿Estás preparado, Miguel?

JUAN.—Yo voy a contar: ¡uno... dos... y tres! (Miguel toma la medicina y el señor Gentil tira la suya por el hombro hacia atrás; los niños lo sorprenden y se lo quedan mirando con enojoso asombro).

JUAN, WENDY y MIGUEL.—(En coro, con asombro mezcla de sorpresa, enojo y vergüenza). ¡¡¡Oh, papá...!!! (Todos miran la medicina en el suelo).

PAPA GENTIL.—¿Qué quieren decir con ese "¡Oh, papá?...!" No chillen de ese modo... Yo iba a tomar mi remedio, pero... se me ha caído... (Molesto ante la actitud de los niños). Pausa. ¡Vamos, niños... se me acaba de ocurrir una broma... (Viene entrando la perra). Echaré mi medicina en la taza de Nana y ella se la tomará creyendo que es leche...

(Los niños se miran unos a otros con las manitas en la boca desaprobando la broma del papá; los tres dirán: ¡¡¡Oh!!!)

PAPA GENTIL.—(Echando la medicina en la taza de la perra). ¡Qué gracia! (Acariciando a la perra). ¡Nana, querida perra, he puesto un poco de leche en tu taza...

LA PERRA.—(Moviendo la cola se acerca a la taza y empieza a lamer. Una pausa. Enarca el lomo, esconde la cola entre las patas traseras, agacha las orejas y mira

terriblemente disgustada al señor Gentil y luego se hace un ovillo bajo una silla.

(Todos los presentes observarán la escena ensimismados. La señora Gentil que ha entrado detrás de la perra se da cuenta de lo ocurrido. En medio de un espectacular silencio toma la taza y se la lleva a la nariz).

MAMA GENTIL.—(Asombrada). ¡Jorge... si es tu medicina...!

PAPA GENTIL.—(Avergonzado)... Ha sido una broma... (Los niños lloran; mamá Gentil va a consolarlos).

WENDY.—(Salta de la cama y se abraza a la perra). ¡Pobre, Nana...!

PAPA GENTIL.—(Furioso). La culpa es mía por preocuparme de bromear en esta casa... (Dirigiéndose a Wendy que está abrazada a la perra). ¡Muy bien; ahora mimala... A mí nadie me mimas; yo soy el ganapán de la familia y nadie me mimas...

MAMA GENTIL.—¡Jorge, no grites tanto. Puede oírte la empleada y los vecinos!

PAPA GENTIL.—No importa. No me importa que lo oiga el mundo entero... Pero desde este momento, prohíbo que la perra se enseñoree del cuarto de mis niños; no pasará en él ni una hora más...

WENDY, JUAN y MIGUEL.—(Llorando). ¡No la echas de nuestro lado, papá!...

PAPA GENTIL.—(Obstinado). Es inútil, es inútil... (Dirigiéndose hacia Nana). El sitio adecuado para tí es el patio y allí vas a quedar amarrada...

MAMA GENTIL.—¡Recuerda, Jorge, la historia que te conté acerca de ese extraño niño que viene del País de las Hadas a llevarse a los pequeños que se sienten defraudados con la poca sinceridad de los padres... Y Nana podría cuidarlos mientras estemos fuera de casa... ¡Tú los has engañado!

PAPA GENTIL.—¡No sé nada, ni quiero oír nada... (Toma a la perra del collar y se la lleva violentamente).

Wendy se va a la cama llorando amargamente; mamá Gentil arropa a los niños en sus camitas; los besa, los mimas; ellos hipan de tanto llorar. Los tres dicen: ¡Pobre, Nana!... ¡Pobre, Nana!...

Se van silenciando poco a poco, como que se van quedando dormidos. Silencio. Fuera llora la perra y luego también se calla. Mamá Gentil enciende mariposas en cada velador. Alguno que otro suspiro de los niños.

JUAN.—(Llorando). ¡Ya la Nana está amarrada en el patio!...

WENDY.—¡Mamita, ese aullido de Nana es que anuncia un peligro...!

MAMA GENTIL.—¿Peligro dices, Wendy?

JUAN.—De veras, Wendy; aulla como cuando viene en la calle un carruaje y nosotros estamos jugando en medio de ella...

MAMA GENTIL.—(Mirando por la ventana hacia el patio; la perra sigue aullando). ¡Cuánto me agradaría no salir esta noche...!

MIGUEL.—(Con voz media dormida). ¡Mamita, ¿puede alguien hacernos daño mientras están encendidas las luces en nuestros veladores?

MAMA GENTIL.—(Va hacia la camita de Miguel). No, rico; las lamparillas son los ojos que las madres dejan para vigilar el sueño de sus hijitos...

Va de cama en cama besando a los niños. Pausa. Silencio, ya no aulla la perra y los niños van sumergiéndose en el sueño. Mamá Gentil se va en puntillas y mirando por última vez a los niños exclama: ¡Peter Pan, el niño que vive en el País de las Hadas, vendrá esta noche a invitar a mis niños para que lo acompañen en sus locas aventuras, porque todos los niños que se acuestan llorando, quieren partir a países extraños...

(Sale sin hacer ruido).

TELON LENTO.

ACTO SEGUNDO

Wendy narra el último cuento en la isla del Nunca Jamás a los niños perdidos en el País de las Hadas y retorna con Juan y Miguel al hogar abandonado.

Todos los niños, Peter Pan, los dos Gemelos, el Encrepado, el Agudo, el Simplón, Juan y Miguel aparecen

sentados a piernas cruzadas en un círculo en cuyo centro Wendy narra un cuento.

WENDY.—¡Escuchad, pues... Una vez era un caballero...

EL ENCRESPADO.—Yo hubiese preferido que fuera una dama...

EL AGUDO.—A mí me hubiera gustado más que fuera una rata blanca...

WENDY.—¡Callarse, niños... Había también una dama...

UN GEMELO.—¡Mamita, ¿quieres decir que hay también una dama, verdad? ¿No está muerta?

WENDY.—¡No, no...!

EL SIMPLON.—Me alegro muchísimo de que no esté muerta. ¿Y tú, te alegras, Juan?

JUAN.—¡Claro que me alegro!

EL SIMPLON.—¿Y tú, estás contento, Agudo?

EL AGUDO.—¡Contentísimo!

EL SIMPLON.—¿Estás contento, Gemelo?

EL GEMELO.—¡Muy contento!

WENDY.—(Confundida se lleva las manos a la cabeza). ¡Señor, señor... qué niños tan desordenados!

PETER PAN.—(Con gran autoridad). ¡Un poco menos ruido, niños!... (A la voz de Peter Pan los niños hacen silencio y esperan la palabra de la madrecita Wendy).

WENDY.—(Prosiguiendo el cuento)... El caballero se llamaba el señor Gentil y su esposa la señora Gentil...

JUAN.—(Interrumpiendo el cuento con tonos de superioridad sobre los otros niños). Yo los conocí!...

MIGUEL.—(Con ciertas vacilaciones de duda en la voz)... Yo creo que también los conocí.

WENDY.—(Continúa el cuento)... El señor y la señora Gentil se casaron, ¿sabéis? y tuvieron... ¿qué creéis que tuvieron?...

EL AGUDO.—(Con voz de triunfo). ¡Ratas blancas!...

WENDY.—¡No!...

EL SIMPLON.—¡Es terriblemente enigmático!...

WENDY.—¡Tú, calla, Simplón!... Tuvieron tres descendientes...

UN GEMELO.—¿Qué son descendientes?...

WENDY.—...Pues... (Confundida sin saber explicar. Luego sale del paso)...tú eres uno, Gemelo.

EL GEMELO.—¿Has oído, Juan? ¡Soy un descendiente!

JUAN.—(Con indiferencia). ¡Bah... descendientes no son más que niños...!

WENDY.—(Impaciente). ¡Señor, señor... Escuchen: estos tres niños tenían una fiel nifera que se llamaba Nana, pero el señor Gentil se enfadó con ella y la encadenó en el patio y por ello los tres niños se escaparon...

EL AGUDO.—(Interrumpiendo). ¡Es un cuento muy bonito!

WENDY.—...Se escaparon y llegaron al País de las Hadas, donde van los niños perdidos...

EL ENCRESPADO.—¡Ya me parecía a mí que harían eso!... (Disculpándose por la interrupción) ¡No sé por qué; pero, estaba precisamente pensando que lo harían, ahora mismo!

EL SIMPLON.—Wendy, entre los niños perdidos, ¿no había uno que se llamaba El Simplón?

WENDY.—Sí lo había..

EL SIMPLON.—¡Viva! ¿has visto, Agudo? ¡Yo salgo en un cuento!

WENDY.—¡Callarse!... Ahora quisiera que consideraseis los tristes sentimientos de los infelices padres después de haberse fugado todos sus hijos...

TODOS.—(En coro, aparentando mucho interés para que Wendy no se enoje). ¡¡Oh!!

WENDY.—...Pensad en las camitas vacías...

TODOS.—(Con el mismo tono anterior). ¡¡Oh!!

EL GEMELO.—(Disimulando mal la risa). Es terriblemente triste...

EL OTRO GEMELO.—No puedo pensar que este cuento tenga un desenlace feliz... ¿Y tú, Agudo?

EL AGUDO.—Siento una terrible ansiedad...

WENDY.—(Con tono de superioridad y de experiencia de la vida, admirables). ...Si supierais lo grande que es el amor de una madre, no sentiríais ansiedad...

EL SIMPLON.—(Dándole un empujón al Agudo). A

mi me gusta mucho el amor de una madre. ¿Y a tí, Agudo, te gusta?

EL AGUDO.—(Tratando de que Wendy no lo vea le devuelve el empujón). ¡Ya lo creo!

WENDY.—(Con tono lleno de complacencia)... Ya véis, vuestra heroína estaba convencida de que su madre dejaría siempre la ventana abierta para que sus niños pudieran, al volver, entrar por ella volando. Por lo tanto, permanecieron muchos años en la Isla y pasaron el tiempo de un modo encantador...

MIGUEL.—¿Y volvieron alguna vez?

WENDY.—...Llegamos ahora, al momento de entrever el Porvenir... (Todos los niños se apelotonan, uno al lado del otro, apoyando las caritas en las palmas de las manos que descansan de codos en las rodillas y miran a la narradora esforzándose en ver el Porvenir...)

WENDY.—...Los años han transcurrido y, ¿quién diréis que es la elegante dama que baja en la estación de Londres?...

EL AGUDO.—(Lleno de curiosidad) ¡Oh, Wendy, dínos quién es!

WENDY.—(Mirando hacia un horizonte lejano, imaginario)... Puede que sea. Sí... No... Sí, es ella... la hermosa Wendy!

TODOS.—(Como anteriormente exclaman). ¡¡Oh!!

WENDY.—(Mirando siempre hacia el horizonte de su infantil imaginación)... Y, ¿quienes son los nobles jóvenes que la acompañan y que han crecido hasta hacerse dos perfectos caballeros?... ¿Serán, acaso, Juan y Miguel? ¡Sí; lo son!

TODOS.—(Como anteriormente exclaman). ¡¡Oh!!

WENDY.—...Ved, queridos hermanos, (señalando una ventana imaginaria)... allí está la ventana abierta. Ahora, entrando por ella recibiremos la recompensa de nuestra suprema fe en el amor de una madre...

(Del corro de niños se escucha un hondo gemido; todos se vuelven hacia Peter Pan el autor de él.)

WENDY.—(Dirigiéndose al niño y con marcado interés). ¿Qué te pasa, Peter? (Palpándole el corazón). ¿Qué te duele, Peter?

PETER PAN.—(Sombriamente). Algo me duele, pero no con el dolor que tú conoces...

WENDY.—(Admirada). ¿Entonces, con qué dolor?

PETER PAN.—Wendy, creo que tú estás equivocada en tu idea acerca de las madres...

(Todos los niños alarmados y, queriendo oír a Peter Pan, se agrupan y se estrechan más y más en el círculo...) Durante mucho tiempo pensé yo como vosotros, que mi madre conservaría siempre la ventana abierta para mí. Por ello permanecí fuera de casa lunas y lunas y volví al cabo de ellas, pero la ventana, estaba cerrada y echado el pestillo y mi madre se había olvidado por completo de mí y otro niñito ocupaba mi cuna...

TODOS.—(Se miran unos a otros sorprendidos, exclamando su típico): ¡¡Oh!!

JUAN y MIGUEL.—(Asustados). ¡Vámonos, vámonos, Wendy; vámonos a casa!

WENDY.—(Resuelta). ¡Sí!

TODOS.—(Menos Juan y Miguel, con sorpresa y pena). ¿Esta misma noche os marcháis? (Se van levantando y deshaciendo el círculo, alarmados por la actitud de Wendy y hermanos).

WENDY.—Sí... sí; en seguida... (Dicho con resolución inquebrantable). ¡Quizá nuestra madre comience ya a olvidarnos... ¿Peter Pan, quieres arreglarlo todo?

PETER PAN.—Si así lo deseas, lo haré. (Dirigiéndose con gran autoridad a los niños, menos a Juan y a Miguel). ¡Vengan, hay que hacer los equipajes!

(Salen todos guiados por Peter Pan, y al final los siguen Wendy, Juan y Miguel).

El escenario queda desierto. Se corre un telón y aparece el departamento de los Señores Gentil; ambos tristes. La señora Gentil lee sin leer... Igual actitud del señor Gentil; piensan en los niños perdidos y que nunca volverán...)

MAMA GENTIL.—(Dejando de leer y siguiendo el curso de sus pensamientos, esta vez en alta voz). Y dime, Jorge, sigues lleno de remordimientos como el primer día, ¿verdad?

PAPA GENTIL.—Tan lleno de remordimientos como entonces, querida. Ya, ves mi castigo, quedarnos sin los niños...

MAMA GENTIL.—Porque esto es un castigo, ¿no es cierto, Jorge?

PAPA GENTIL.—¿Por qué no cierras esa ventana?... ¡Siempre abierta! ¡Hay corriente de aire!

MAMA GENTIL.—¡Por Dios, Jorge... No me pidas nunca que haga tal cosa. Esa ventana, debe quedar siempre abierta por si ellos volvieran...! ¡Siempre... Siempre...!

(En ese momento llegan hasta esa misma ventana, que quedará hacia atrás, Wendy con los niños perdidos, y se esconden tras de los cortinajes y muebles de la pieza; pero antes se ha sostenido al lado afuera la siguiente escena).

(Llegan los niños con hatillos suspendidos en bastones sobre los hombros y, desconociendo el lugar, conversan).

JUAN.—(Con vacilaciones). Me parece que he estado aquí otra vez...

WENDY.—¡Claro, tonto... estamos en casita!

JUAN.—¡Mira, mira la perrera!

WENDY.—Tal vez esté Nana dentro... (Corren hacia la perrera que estará cerca de la ventana, por la cual miran hacia adentro y ven al papá y a la mamá Gentil dormidos).

MIGUEL.—¡Oigan, allí adentro hay una señora y un caballero dormidos!

WENDY.—¡Pero, Miguel; si son papá y mamá...!

JUAN.—¡Sí; lo son!

WENDY.—¡La verdad, Miguel, es que era tiempo de volver a casa...

MIGUEL.—(Lleno de infantil audacia). ¡Entremos!

JUAN.—Ya, entremos y les tapamos los ojos con las manos...

WENDY.—Sí, entremos; pero nos escondemos primero y después escondidos los llamamos... ¡Entremos bien calladitos!

JUAN y MIGUEL.—(Con entusiasmo). ¡Ya!

(Los niños pasan por la ventana, sin hacer ruido y se van escondiendo tras de los muebles y cortinajes que haya en escena. Wendy que se escondió tras el sillón donde duerme mamá Gentil, la llama con voz queda.)

WENDY.—¡Mamá... mamá... estamos aquí!

MAMA GENTIL.—¡He oído la voz de mi niña en sueños!... (Despertándose).

JUAN.—(Con voz suave como un soplo). ¡Mamá!...

MAMA GENTIL.—¡Oh, estoy soñando despierta... si es la voz de Juan!

MIGUEL.—¡Con voz suavcita). ¡Mamacita!...

MAMA GENTIL.—¡¡Señor, Señor, si mis niños volvieran, qué feliz sería yo...!

(Los tres niños salen a un mismo tiempo de sus escondites).

WENDY, JUAN y MIGUEL.—¡¡Aquí estamos, mamita para que seas feliz!!

MAMA GENTIL.—(Casi loca de alegría abraza a los niños dándoles diferentes nombres cariñosos, llorando de ternura). ¡Mis niños... mis hijitos perdidos... mis floritas... mi vida. ¡Qué contenta estoy! ¡Al fin los malitos se acordaron de la mamita sola y triste... (Dirigiéndose a papá Gentil). ¡¡Jorge, Jorge!!...

PAPA GENTIL.—(Despertando)... ¿¿Qué?? ¿¿Estoy soñando?? ¡Los niños llegaron! (Los estrecha en fuerte abrazo sin poder hablar). Pequeños... ¡cuánto los hemos echado de menos!...

WENDY.—¡Pensábamos que la ventana estaría cerrada... Pero mamita nos esperaba y no nos había olvidado porque la ventana estaba abierta... y entramos.

PAPA GENTIL.—¡Es verdad, pequeños, vuestra madre no perdió jamás la esperanza de vuestro retorno...

JUAN.—(Dirigiéndose a sus hermanos). Nuestra madre no se parece a la madre de Peter Pan, ¿verdad?

MIGUEL.—¡Mamita, Peter Pan nos mintió; yo creo en el cariño de las madres!

MAMA GENTIL.—(Abrazando al niño). Y yo, Miguelín, en la fe de los hijos!

JUAN.—(Con tono resuelto). ¡¡Palabra, mamá; yo no vuelvo más al País de Peter Pan!

PAPA GENTIL.—Dices una gran verdad, Juan; cuando se deja la compañía de las Hadas, no se vuelve otra vez al País del Nunca Jamás... y Peter Pan será para ustedes sólo un sueño...

TELON

Pequeñeces Infantiles

(Adaptación de
C. Perrin)

(De Poil de Carotte)
Jules Renard. Francés.

ESCENARIO: Patio de una casa.

PERSONAJES: Matilde, 8 años; Zanahoria, muchachito de la misma edad; Félix, 13 años; Mamá Lepic, madre de Zanahoria y Félix.

CARACTERES: Los dos pequeños por demás infantiles, no así Félix, que es de una mayor experiencia de la vida, con el agregado de ser bastante bromista y gracioso. Mamá Lepic, por demás severa.

PRIMER ACTO

La boda

FELIX.—(Arreglando a Matildita). ¡Ya, no te muevas, Matilde; las novias deben ir siempre bien ataviadas al altar... Ahora tú, Zanahoria!

ZANAHORIA.—(Acercándose a Félix). Mira, Félix, Matilde se está moviendo y va a botar las flores...

MATILDE.—(Muy seria). No es cierto, Félix; ya no me muevo... (Dirigiéndose a Zanahoria). ¡Acusete!

FELIX.—(Dirigiéndose a los dos niños). No pelearse por ahora y muy serios. Deben saber que para los entierros se debe estar serio desde que comienzan hasta que terminan y también en las bodas, hasta después de la misa...

MATILDE.—(Sentenciosa). Oye, Félix, Zanahoria se está riendo y así no resulta divertido el juego... Yo no juego más, Félix.

ZANAHORIA.—No es cierto, Félix; ya no me río... (Dirigiéndose a Matilde). ¡Acusete!

FELIX.—(Dirigiéndose a los dos niños). ¡Dáos la mano... Bien!

(Zanahoria y Matilde echan a andar al paso, sin acercarse. Cuando a Matilde se le traban los pies, se recoge la cola y la sostiene con los dedos versallescamente...

Zanahoria, entre tanto, galante la espera con un pie en el aire).

FELIX.—(Dirigiéndolos por el patio). Ahora soy el señor Alcalde y les presento los saludos... (Ceremoniosamente saluda a la pareja). ¡Mis felicitaciones, señor Zanahoria!

ZANAHORIA.—¡Gracias, señor Alcalde!

FELIX.—Ahora voy a ser el señor Cura... (Cambia de modales para imitar al cura). ¡Dios los bendiga palomitos!

MATILDE y ZANAHORIA.—(A un mismo tiempo). ¡Gracias, señor Cura! (El cura les echa la bendición).

FELIX.—Ahora voy a ser un amigo que los cumplimenta... (Con modales llenos de confianza y alegre camaradería). ¡Hola, Zanahoria, te felicito, chico... Si te llevas lo mejor de la aldea. ¡Ladronazo! (Lo abraza, le golpea la espalda, etc.)

ZANAHORIA.—(Lleno de seriedad, tieso). ¡Te presento a mi esposa!

FELIX.—¡El mayor placer, señora de Zanahoria! (Estrechándole la mano).

MATILDE.—¡Gusto de conocerlo, señor!

FELIX.—Ahora voy a ser el violinista y voy a ejecutar La Marcha Nupcial. (Con dos palos substituye al arco y al violín y les va silbando un aire de marcha. Los niños siguen desempeñando sus papeles de recién desposados con toda seriedad...)

FELIX.—(Dejando de tocar y dirigiéndose a la niña). ¡Espérate, Matilde! (De un brusco manotón le arregla la corona de azahares).

MATILDE.—¡Ay, que me sacas la cabeza!

FELIX.—¡No tanto, chica... Bien; ya os habéis casado y debéis daros un beso...!

(Los niños miran asombrados a Félix).

FELIX.—(Lleno de explicaciones). Sí, cuando uno se casa ya puede besar. (Viendo que Zanahoria está aturdido, besa a Matilde para darle el ejemplo). ¡Así, tonto... ¡Zanahoria se apresura a besar a su esposa ante la audacia de Félix y lo hace en las mejillas...)

ZANAHORIA.—(Con la vista baja). No lo digo por

decir... Matilde, me casaría contigo! (Matilde besa a Zanahoria en las mejillas. Félix suelta la carcajada al ver que con tanta seriedad desempeñan su papel).

FELIX.—¡Ajajá... sois unos pavos... Os figuráis que esto es de veras...!

ZANAHORIA.—(Amoscado ante las burlas de Félix). Lo primero es que a mí no me importa que te burles... y luego que no eres tú quien me va a impedir casarme con Matilde... (Aparece de repente por la puerta del fondo, mamá Lepic con un chicote en la mano... respuesta completamente negativa a las aspiraciones del pequeño Zanahoria...)

FELIX.—(Que ha alcanzado a ver a mamá Lepic emprende la fuga diciendo): ¡Cuidado con la zurra, chiquillos... Ahí viene mamá... (Sale por una puerta lateral. Matilde y Zanahoria se dan vuelta rápidamente hacia mamá Lepic; la niña está turbada).

ZANAHORIA.—(Ante la actitud amenazadora de su madre se dirige a Matilde). ¡No tengas miedo ninguno; conozco a mamá y no tiene más chicotazos que para mí... Yo cargaré con todo... (Con tono decidido). ¡Lo que es a tí, no te toca!

MATILDE.—(Llorosa). Sí; pero tu mamá se lo cuenta todo a mi mamá y mi mamá me pega...

ZANAHORIA.—(Desolado). ¡Pues a mí siempre me toca algo!

MATILDE.—(Compungida). ¡Pero si yo no he hecho nada!

ZANAHORIA.—(Con gran filosofía). ¡Eso no importa... alguien paga siempre! ¡Cuidado!

MAMA LEPIC.—(Acercándose lentamente a los niños como un tigre...) ¡Ahora, mis queridos amiguitos, viene lo mejor de la fiesta... (Dirigiéndose a Matilde). ¡Tú, pequeña, ándate a casa!

MATILDE.—(Se aleja un poco de la amenazante presencia de mamá Lepic y le dice con tono implorante). ¡No le pegue a Zanahoria, señora Lepic!

ZANAHORIA.—(Con gran resolución). ¡Estos son asuntos entre mamá y yo, Matilde. Tú vete a casa!

(La señora Lepic se acerca al niño, de frente esta

vez. Zanahoria se cruza de brazos como un pequeño héroe se prepara para recibir la zorra de azotes y exclama estoicamente y con orgullo.)

ZANAHORIA.—¡¡Qué importan estos chinchorrazos si uno se divierte!!

TELON

ACTO SEGUNDO

La Caja de Fondos

ESCENARIO: el mismo del otro acto.

PERSONAJES: los mismos que en el anterior, menos mamá Lepic y reemplazado Félix por Ernestina, la otra hermana de Zanahoria, que es muy acuseté.

(Matilde y Zanahoria aparecen sentados en el quicio de la puerta, comiendo pan. El niño está meditabundo y apoya la carita en una mano que viene desde la rodilla en contacto con el codo.)

MATILDE.—Tu mamá ha ido a contárselo todo a mi mamá... y me han dado una buena azotaina... ¿Y a ti?

ZANAHORIA.—(Despreciativo). ¡Yo ya no me acuerdo!... Pero tú no merecías que te pegaran... [puesto que no hacíamos nada malo!

MATILDE.—(Reflexionando)... No; claro está...

(Pausa; ambos piensan y siguen comiendo pan.)

ZANAHORIA.—Y yo te afirmo que hablaba en serio cuando te dije que me casaría contigo...

MATILDE.—(Muy satisfecha). Yo también me casaría contigo...

ZANAHORIA.—¡Podría despreciarte porque tú eres pobre y yo soy rico; pero no tengas cuidado: te aprecio!

MATILDE.—(Con la mayor de las infantilezas). ¿Cuánto tienes para ser rico, Zanahoria?

ZANAHORIA.—(Lleno de humos de grandeza). Mis padres tienen lo menos un millón...

MATILDE.—¿Y cuánto viene a ser un millón?

ZANAHORIA.—(Sin saber a ciencia cierta cuánto es

un millón...))... ¡Mira, viene a ser muchísimo; los millonarios nunca pueden gastarse todo su dinero...

MATILDE.—Mis padres se quejan a menudo de que les falta...

ZANAHORIA.—¡Anda... también los míos! Cada cual se queja para que le compadezcan y halagar a los envidiosos. Pero yo sé que somos ricos. El día primero de mes, papá se queda solo un poco en su cuarto. Oigo rechinar la cerradura de la Caja de Fondos: parece una rana cuando croa al anochecer... Papá dice una palabra que nadie sabe cuál es, ni mi mamá, ni mi hermana, ni mi hermano, nadie más que él y yo... y la puerta de la Caja de Fondos se abre... (Pausa; la niña lo escucha embobada y Zanahoria emplea una magnífica elocuencia. Siguen comiendo pan...)... Papá saca de ella el dinero, y lo deja luego sobre la mesa de la cocina. No dice nada; no hace más que sonar las monedas para que mamá, atareada en el fogón, lo note... Papá sale, mamá se vuelve y coje de prisa el dinero. Así ocurre todos los meses y hace ya mucho tiempo que dura: prueba de que hay más de un millón en la Caja...

MATILDE.—(Llena de misterio y curiosidad). ¿Y para abrirla dice una palabra? ¿Qué palabra?

ZANAHORIA.—(Con gran petulancia). ¡No te inquietes que perderías el tiempo! Ya te la diré cuando estemos casados, a condición de que me prometas no decírselo a nadie.

MATILDE.—Dímelo ahora mismo y te prometo, ahora mismo, no repetirla nunca.

ZANAHORIA.—(Con suficiencia). ¡Vaya si la sé! es un secreto de papá y mío!

MATILDE.—(Mofándose). ¡Es que no la sabes... si la supieras me la dirías...!

ZANAHORIA.—Con suficiencia). ¡Vaya si la sé!

MATILDE.—(Sigue en las burlas). ¡No la sabes, ni la sabes!... ¡Embusterooo!

ZANAHORIA.—(Lleno de audacia). ¿Apostemos a que la sé?

MATILDE.—(Con gravedad). ¡Bueno! ¿Qué apostamos?

ZANAHORIA.—¿Me dejas que te bese donde yo quiera y te digo la palabra?

(Matilde mira largamente a Zanahoria. No lo entiende del todo, entorna mucho los grises ojuelos pícaros, y ya tiene dos curiosidades en lugar de una...)

MATILDE.—Dí primero la palabra, Zanahoria!

ZANAHORIA.—¿Vas a jurarme que después te dejas besar donde yo quiera?

MATILDE.—¡Mamá me prohíbe que jure!...

ZANAHORIA.—(Con firmeza).—Pues, no sabrás la palabra...

MATILDE.—(Aparentando muy poco interés). ¡Buen cuidado me da la palabra... La he adivinado... sí; la he adivinado, Zanahoria...!

ZANAHORIA.—(Atropelladamente, perdiendo su firmeza, lo echa todo a rodar...) ¡Oye, Matilde, no has adivinado absolutamente nada; pero me contentaré con tu palabra de honor. La palabra que papá pronuncia antes de abrir la Caja de Fondos es: LUSCUTRU... ¡Ahora ya puedo besarte donde quiera!

MATILDE.—Luscutrú... Luscutrú... Luscutrú... (Matilde va retrocediendo ante la actitud resuelta de Zanahoria. Triunfante ríe, con el placer de haber conocido un secreto). ¿De veras que no te burlas de mí, Zanahoria?

ZANAHORIA.—(Se le acerca decidido a hacerla cumplir su palabra, pero la chica ha huido riéndose y repitiendo la mágica palabra que abre la Caja de Caudales de la familia Lepic... Zanahoria queda solo en medio del patio; los brazos caídos, la frente abatida, todo su aspecto es el de un ser que ha sufrido una gran desilusión... De repente escucha una carcajada estridente a sus espaldas.)

ERNESTINA.—(Asomada a una puerta llena de risa se burla del pequeño Zanahoria). ¡Ja ja ja, te he visto, Zanahoria, y se lo contaré todo a mamá...

ZANAHORIA.—(Con tono explicativo y queriendo convencer). ¡Lo que conversábamos con Matilde era cosa de juego, Ernestina; quería saber si era seria la chica... Lus-

cutrú es un nombre falso inventado por mí... ¡además el verdadero, no lo sé!

ERNESTINA.—¡Tranquilízate, Zanahoria... Ese Luscutrú me tiene sin cuidado y no le hablaré de ello a mamá... Le hablaré de lo demás...

ZANAHORIA.—(Con gran aplomo). ¿De lo demás?... ¿De qué demás.

ERNESTINA.—Sí; de lo demás... ¡Tú bien lo sabes!... Y te he visto; te he visto, Zanahoria. ¡A ver si te atreves a decir que no te he visto. Ah, no empiezas mal para los años que tienes; pero esta noche te ajustarán las cuentas...!

(Zanahoria se encoje de hombros sin hallar qué responder. El sabe que haga algo o nada, siempre sacará la peor parte y metiéndose las manos en los bolsillos de su pantaloncito se aleja silbando resignado, filosóficamente convencido, de que alguien siempre tendrá que recibir las bofetadas pagando culpas ajenas...)

TELON

Yo Quiero ser Perro

(Maximiliano M. Monje)
Español.

A C T O U N I C O

Sala muy modesta con puertas al fondo y laterales.

Escena Primera

Salen a escena Andrés (padre) y Pedro (su hijo) con dos haces de leña. Son campesinos.

ANDRES.—Deja la leña junto al rincón.

PEDRO.—¡Qué cansado estoy!

ANDRES.—No has trabajado tanto que digamos... Es necesario que te acostumbres.

PEDRO.—Pero hasta entonces...

ANDRES.—Entonces te estás quejando porque trabajas. Recuerda bien esto: en el mundo quien no trabaja, no debería comer.

PEDRO.—Pues me parece que el perro en nada trabaja y le sobra la comida.

ANDRES.—¡Vaya, trabaja más de lo que crees; lo que sí que sin rezongos!

PEDRO.—Pues vaya un trabajo cómodo. Cuando nos vamos al campo él sólo se ocupa en trajines propios y muy felizcote... mientras nosotros sudamos la gota gorda; después el muy fresco se viene a echar junto a nosotros como si también hubiera trabajado... La pura verdad que me gustaría ser perro.

ANDRES.—Eres un descontentadizo y nada más...

PEDRO.—Pero, papá, ¿no es cierto lo que te digo del perro?

ANDRES.—¿Y qué hay con ello?

PEDRO.—Pues, que es injusto que siendo un animal tenga la vida más fácil que yo.

ANDRES.—¿De modo que tú envidias al perro?

PEDRO.—¡Pues, claro! Si mientras yo trabajo él descansa y tiene todas las regalías que yo no tengo y él es

un bruto y yo un hombre... no es de extrañar que su suerte la encuentre mejor que la mía...

ANDRES.—Está muy bien y no te voy a contrariar. Desde este momento te conviertes en un perro. ¿Estamos de acuerdo?

PEDRO.—Sí; estoy contento...

ANDRES.—Bueno, vaya guardando silencio porque hasta hoy no he conocido perro que hable.

PEDRO.—Bueno; me estaré muy callado...

ANDRES.—Depende del caso; cuando sientas ruido, debes ladrar anunciándole lo que te inquieta a tu señor.

PEDRO.—Bueno, ladraré.

ANDRES.—¡Silencio, callarse don perro!

PEDRO.—Ya me callo, pero en cambio voy a sentarme. (Toma una silla).

ANDRES.—¡Cómo es eso de sentarse! Si quieres descansar tu flojera, échate en el suelo.

PEDRO.—Pero, papá, si esto no es más que una broma...

ANDRES.—¡Afuera, quiltro!

PEDRO.—Bueno, por eso no he de reñir. (Se sienta en el suelo).

ANDRES.—¡Tú vas a ver lo que es la vida de un verdadero perro!

Escena Segunda

Los mismos personajes, más Marcelo, que llega del campo. Marcelo es hermano de Pedro, el perro.

MARCELO.—Buenas noches.

ANDRES.—Buenas noches, Marcelo.

MARCELO.—(Extrañado de ver a su hermano en el suelo). ¿Qué haces tirado en el suelo, Peruco?

ANDRES.—Yo te lo diré. Tu hermano, que es un holgazán empedernido, se puso a pensar que el perro, con ser un animal, no trabajaba y comparándolo con él prefiere entre ser hombre o perro la suerte del perro. Así es que desde hoy ya sabes que tu hermano es un perro.

MARCELO.—¿Pero es posible que sea tan imbécil?

PEDRO.—Oye, Marcelo, si me sigues insultando te muerdo...

ANDRES.—Bueno; ¿en qué estamos? Ya le he dicho que a mis años no he conocido perros que hablen, amiguito... Si no respetas lo convenido por tu gusto, me veré obligado a pegarte.

MARCELO.—Por si acaso traeré la huasca.

PEDRO.—(Mal haya; esto no está bueno con huasca).

ANDRES.—(Dirigiéndose a Marcelo). ¿Encerraste bien los burros?

MARCELO.—Sí papá, y también les dí de comer.

ANDRES.—Pues vamos nosotros a hacer lo mismo, muchacho.

MARCELO.—¡Bien!

PEDRO.—(¡Ya era tiempo!)

ANDRES.—Pone la mesa.

MARCELO.—Ahora mismo. ¿Qué hay de comida?

ANDRES.—Dos conejos lechoncitos...

PEDRO.—(Para sus adentros). ¡Qué bien!

ANDRES.—Ahora que me acuerdo... pone sólo dos cubiertos.

PEDRO.—¿Y yo?

MARCELO.—Cállate.

ANDRES.—(Amenazándolo con la huasca). Bueno; eres perro o no eres perro...

MARCELO.—Ya está arreglada la mesa.

ANDRES.—Pues, trae al momento los conejos.

MARCELO.—Ahora mismo voy por ellos. Aguarde usted.

ANDRES.—¡Y que deben estar buenos! (Entra Marcelo con una fuente humeante).

MARCELO.—Ya los tiene usted aquí.

ANDRES.—Pues, a la mesa, muchacho, sin mayor tardanza y cumplimiento.

PEDRO.—(Voy a buscar mi asiento).

ANDRES.—¿A dónde vas tú?

PEDRO.—Por mi silla para sentarme a la mesa.

ANDRES.—Pero, ¿estás loco? Los perros se sientan sencillamente en el suelo.

PEDRO.—Pero...

ANDRES.—Bajo la mesa, quiltro, a esperar que coman tus amos y que comas de sus sobras.

(Pedro se mete muy de malas ganas bajo la mesa.)

ANDRES.—(Conversando con Marcelo). ¿Terminaste los barbechos?

MARCELO.—Sí; en la mañana.

ANDRES.—¿Y cómo está el trigo?

MARCELO.—Hasta ahora, sin contar con heladas fuertes, está bueno.

ANDRES.—¡Qué rico está el guiso!

MARCELO.—Verdad es que no está malo.

PEDRO.—(Se lo van a comer todo...)

ANDRES.—Esta salsa está muy buena... (Pedro comienza a tirar de la manga a su padre).

MARCELO.—Si hasta me chupo los dedos...

ANDRES.—¿Un poco más?

MARCELO.—Bueno.

ANDRES.—(Reparando en los zamarreos de Pedro). ¡Sosiegate, quiltro mal enseñado!

MARCELO.—¡Toma, perro! (En un plato le pone, bajo la mesa, varios huesos).

PEDRO.—(A Dios gracias que dejaron los huesos).

ANDRES.—(Levantándose de la mesa). Bueno, basta por hoy en comer.

MARCELO.—¡Bien haya el banquete que nos dimos!

ANDRES.—Ya todos hemos comido: yo, tú y el perro. Es una gran satisfacción.

PEDRO.—(Mostrando los huesos. ¿Y llaman comer a esto?)

MARCELO.—(Mirando debajo de la mesa). ¡Andate afuera, perro! ¡Muévete ligero!

ANDRES.—Si no puede menearse del banquete que se dió...

PEDRO.—(Lo que aquí estorbando está es mi apetito de perro... y no el perro.)

ANDRES.—¡Ah, Marcelo; no te olvides de traer la cadena para atar bien esta fiera.

PEDRO.—(¿También cadena? ¡Qué malo se está poniendo esto!)

Escena Tercera

Los mismos personajes, más Juan, un amigo de la casa.

JUAN.—Buenas noches, don Andrés; buenas, Marcelo.

ANDRES.—Buenas te las dé Dios!

MARCELO.—Ladra, perro...

PEDRO.—Guau... guau!

JUAN.—¡Pero si el que me ladra es Peruco! ¿Estás de bromas, chiquillo?

ANDRES.—Entiende bien lo que te voy a decir, Juan: este que ves aquí, no es Peruco; este es un perro.

JUAN.—Pero, qué gracioso...

ANDRES.—No hay gracia, Juan. Te he dicho una enorme verdad.

JUAN.—Pero veamos, por qué motivo se ha convertido en perro este niño...

ANDRES.—Eso es cosa larga de contar. ¿A qué venías?

JUAN.—Como mañana salgo de caza quería que me prestara el Canelo.

ANDRES.—¡Lástima, hombre, el Canelo lo tengo prestado...

JUAN.—Es de sentirlo.

MARCELO.—No se lamenten tanto. Todo puede arreglarse; te llevas en lugar del Canelo a Pedro, no se le escapa una liebre...

ANDRES.—¡Es una idea soberbia!

PEDRO.—(¡Esto sólo me faltaba!)

ANDRES.—Te advierto, Juan, que el perrillo este es aún nuevo, pero tiene buena carrera y excelente olfato. Tiene, sí, dos defectos: es holgazán y rezongón. Esto puede remediarse muy bien dándole de huascazos. Con esta recomendación ya puedes contar con él cuando quieras.

PEDRO.—(¡Caramba; ya esto es mucho!)

ANDRES.—Callarse, perro...

PEDRO.—(Ya la broma se está haciendo pesada!)

ANDRES.—Marcelo, tráeme la huasca.

JUAN.—Pues, entonces, y agradeciendo el servicio,

mañana vengo por Pedro para irme de caza con él.

PEDRO.—Yo no quiero ir...

JUAN.—Ya verás cuando te ponga con Medoro en la trailla; les advierto que es un mastín que se come vivo a un lobo de dos bocadas...

PEDRO.—(Valiente compañía...) Yo no quiero... yo no quiero!

ANDRES.—¿Cómo que no quieres? Silencio.

PEDRO.—Yo no quiero ser más perro...

ANDRES.—¿Se te han ido los deseos? pues, hay que respetar lo convenido. Ven por él, Juan, cuando quieras, y si mañana dice que se cansa en el camino, con darle unos garrotazos, basta; no importa si le quiebras las costillas...

JUAN.—Muy bien, mañana me llevo el perro. Hasta mañana, don Andrés. Hasta mañana, Marcelo.

ANDRES y MARCELO.—Hasta mañana, amigo.

PEDRO.—¡Yo no aguanto más de perro!!

(Sale Marcelo a dejar a Juan y no vuelve.)

Escena Cuarta

Los mismos personajes, menos Juan.

PEDRO.—Papá, yo no quiero ser más perro...

ANDRES.—¿Qué me cuentas? ¿Se te ha pasado ya el gusto o es susto por ir mañana con Medoro de un mismo collar...?

PEDRO.—Por eso y por todo también... no he comido!!

ANDRES.—¿No has comido? Pues, ¿y los huesos?

PEDRO.—No hay muelas que los puedan partir...

ANDRES.—Pues, ya lo sabes: desde mañana puedes ir a trabajar al campo...

PEDRO.—¡Risueña esperanza!

MARCELO.—¿Ya comienzas a quejarte del trabajo?

ANDRES.—Esto no tiene remedio. Te quedarás toda tu vida de perro, ¿lo oyes?

PEDRO.—¡Mejor!

ANDRES.—¿Sí? ¡Pues, nada más hay que decir! Me voy a arreglar las bestias; perro, ven conmigo.

PEDRO.—Afuera hace mucho frío; voy a traer la manta.

ANDRES.—¡Qué manta ni qué leseras... los perros van en pellejo. Tienes para el caso toda la ropa de sobra!

PEDRO.—(No me importa; no trabajo)

Escena Quinta

Los mismos personajes. más Marcelo.

MARCELO.—Esta noche va a nevar.

ANDRES.—Menos mal que estamos bajo techo.

MARCELO.—Es verdad. Pero qué animal más friolento es este perro, tiritando está de frío.

ANDRES.—Bueno, Marcelo; ya es hora de irnos a dormir.

MARCELO.—Cuando usted quiera no más. Yo ya cerraré todas las puertas.

ANDRES.—Pues, vamos inmediatamente. (Pedro los sigue). ¡Eh, perrito, ¿a dónde vas tú?

PEDRO.—Pues, a la cama...

ANDRES.—¿Tú a la cama? ¿Eres o no perro al fin y al cabo?...

PEDRO.—Pero, ¿entonces, dónde voy a dormir?

ANDRES.—En el sitio de los perros... En el corral.

PEDRO.—¿En el corral?

MARCELO.—Claro está. Tu obligación es guardar la casa como lo hace el perro.

PEDRO.—(¡Ay, voy de mal en peor!)

ANDRES.—Abrele la puerta, Marcelo, para que empiece a cumplir con su trabajo.

PEDRO.—Pero, padre, ¿no vé que me voy a helar aquí afuera?

ANDRES.—¡No, cachorro; ningún perro se hiela y tú eres perro de raza...

PEDRO.—Bueno, pero es el caso, que yo no soy perro...

ANDRES.—¿Otra vez vuelve el rezongo? Dejas de ser perro en el mismo momento en que optes por el trabajo?

en lugar de ser un holgazán; no hay otra condición.

PEDRO.—Ninguna de las dos cosas...

ANDRES.—Pues, yo no quiero un hijo holgazán. Elige.

PEDRO.—La verdad es que no me parece conveniente trabajar a mi edad...

ANDRES.—No te obligo... Vamos, Marcelo, que tengo que madrugar mañana y estoy perdiendo mi tiempo preocupándome de un perro.

PEDRO.—...Pues, no trabajo...

ANDRES.—Marcelo, echa ese perro al corral.

PEDRO.—Déjeme siquiera en la cocina...

ANDRES.—Tú sabrás. Si tienes frío te metes en la caballeriza...

PEDRO.—(¡Menos mal!)

Escena Sexta.

Los mismos personajes, más Baltasar, quien trae una escopeta.

BALTASAR.—Buenas noches, amigos; ¿se iban ustedes a acostar?

ANDRES.—No tan pronto, si es que llega un amigo, ¿qué te trae?

BALTASAR.—Me encontré hace un momento con Juan y me dijo que tenía usted otro perro, y como hace días que se me perdió uno a mí, vengo a ver si es el mío.

ANDRES.—El perro de que te habló Juan, es éste.

BALTASAR.—No me quisiera engañar... pero...

PEDRO.—(¡Chitas, otro apuro!)

MARCELO.—¿Qué dices?

BALTASAR.—...La verdad... Me parece que es el mío.

PEDRO.—(Estos se quieren burlar.)

ANDRES.—Llámalo a ver si conoce tu voz.

BALTASAR.—¡Capitán... Capitán!

PEDRO.—(A que muerdo a este zopenco.)

MARCELO.—Nada, no acude.

BALTASAR.—Pues ya no me cabe duda. Lo reconozco en la mancha café que tiene junto al pescuezo.

PEDRO.—(¡Hombre, si será verdad!)

BALTASAR.—Y en el modo de mirar...

ANDRES.—Pues, como dices, si el perro es tuyo, te lo llevas.

BALTASAR.—No, don Andrés. Ese perro está rabioso.

MARCELO y ANDRES.—¿¿Rabioso??

BALTASAR.—¡Claro está! Ayer mordió a todos los perros de la vecindad y nadie supo más de él hasta encontrarlo aquí.

MARCELO.—¡Qué desgracia!

BALTASAR.—Es un peligro el tenerlo.

ANDRES.—¡Ya lo creo; tenemos que deshacernos de él!

PEDRO.—(¡Apuesto a que me quieren dar veneno!)

BALTASAR.—Yo he traído la escopeta para matar a este perro...

PEDRO.—(¡Estoy frito, estoy frito... estoy frito!)

ANDRES.—Pues, pégale un tiro sin más trámite.

PEDRO.—(Estas no son conmigo; capaz son de matarme).

BALTASAR.—Voy a apuntarle...

PEDRO.—¡Haga bien la puntería! (Se esconde detrás de Andrés).

ANDRES.—¡Quítate, perro rabioso!

BALTASAR.—¡Quítese, don Andrés...

PEDRO.—No, no dispare... (Se esconde, lleno de terror, detrás de Marcelo).

MARCELO.—¡Sale, quiltro!

BALTASAR.—¡Sale, asqueroso!

ANDRES.—¡Que te muerde... fuera, animal!

PEDRO.—(Jadeante de terror, se abraza a las piernas de Andrés). ¡Basta... ya!

ANDRES.—¡Quítate, fiera dañina!

BALTASAR.—Acabemos de una vez matando a este animal...

MARCELO.—¡Corra, padre!

PEDRO.—¿Dónde me podré ocultar? (Se esconde tras Marcelo).

ANDRES.—¡Huye, Marcelo!

PEDRO.—¡Papacito!

BALTASAR.—¡Habla en lugar de gruñir!

PEDRO.—Por favor...

BALTASAR.—Si no se apartan ustedes, no le podré disparar.

PEDRO.—(Temblando de miedo y con llanto en la voz). No me maten... voy a trabajar... Sí; voy a trabajar, papacito... pero que no maten ni me traten como un perro de verdad.

ANDRES.—Está bien. Basta, Baltasar... parece que ha estado buena la lección. ¡Con que vas a trabajar sin quejarte!

PEDRO.—Sí, papá...

ANDRES.—Con esta promesa, hijo, cesa inmediatamente tu papel de perro.

PEDRO.—Aun tiemblo de terror...

ANDRES.—¡Bien lo tienes merecido, hijo, en el mundo quien no trabaja no debería comer. No lo olvides, Pedro, y entrégate al trabajo, que es el sostén del hombre, cualquiera que sea su condición sobre la Tierra. ¡Es lo único que consuela y redime!

TELON

Los que olvidaron los Reyes Magos

(A. Acevedo Hernández)
Chileno.

Escena: una habitación sencilla, pobre.

PERSONAJES: La madre; el niño, la niña.

VOCES AIRADAS—de niños y grandes—en el exterior. A telón corrido se oye una gran algazara: gritos de niños, cantos, riñas, pitos, cornetas, chicharras, etc., todo a un tiempo, todo desconcertadamente concertado. Es alegría, es dolor, es desorientación en la vida que se fragmenta hasta cuando choca con la alegría. Cuando se alza el telón, LA MADRE aplancha frente a la cama que está a la izquierda; al frente, el fogón con las planchas y luego un braserito con una olla en que se cuece el alimento. Hay sillas pobres; todo es pobre, pero limpio, simpático.

LA MADRE.—(Trabaja en silencio; algunas veces se asoma a la única puerta que está en el foro, de vez en cuando cambia las planchas. Se oyen unos gritos, y un niño—su niño—Pedrito—entra gimoteando a la pieza. Lo siguen amenazas e insultos. LA MADRE sale a su encuentro y lo atiende con solicitud).

LA MADRE.—Hijito...

VOCES.—(Dentro). Para qué se juntan con ese palomilla, ladrón. Si lo pillo a mano le rompo las narices.

OTRAS VOCES.—¡Ladrón, palomilla, vago, suelto, bandido!..

(EL NIÑO escucha aterrado. Mira a su madre para espiar el efecto que la tempestad de insultos causa en ella. LA MADRE se ha quedado también como acobardada pero reacciona y se acerca a la puerta.)

LA MADRE.—¿Qué pasa? ¿Qué gritos son esos. ¿Qué les hace el chiquillo que se lo quieren comer? ¿Se figuran que porque no tiene padre cualquiera se va a limpiar las manos con él? Por fortuna todavía tiene su madre, y na-

die le ha dado jamás un pedazo de pan. ¡Todavía su madre tiene fuerzas y trabajo!

VOCES.—Debía sujetar su cabro, señora, que se mete a donde no lo llaman.

VOZ DE NIÑO.—Quería jugar con la pelota que me trajeron los REYES.

EL NIÑO.—Mamita, la tomé para que no cayera al barro...

VOZ DE NIÑO.—Quería tocar en mi corneta, fijese...

LA MADRE.—Miren qué delitos tan grandes!... Están como tigres porque tienen juguetes... porque tienen padres... porque los Reyes Magos les han dejado juguetes...

VOCES IRRITADAS.—Cállese, señora. Mejor sería que pagara el arriendo.

LA MADRE.—(Vencida entra). ¡Canallas! (Toma su hijo en brazos, piensa sin mirar, acaricia a su hijo y se enjuga una lágrima silenciosa). Cuando mi hijo sea grande, nadie insultará a su madre.

EL NIÑO.—Mamita, yo trabajaré y le ayudaré. ¿Quiere que salga mañana a lustrar calzado, mamita? Los chiquillos ganan en las tardes hasta sus dos pesos...

LA MADRE.—Pero tienes que ir a la escuela.

EL NIÑO.—Pero mamá, ¿no se acuerda que estamos en vacaciones?

LA MADRE.—Vaya, es verdad. Tengo la cabeza mala.

EL NIÑO.—Mamita, fijese que el señor Escobar me dijo que me iba a hacer un regalo porque este año he hecho como nadie mis tareas. ¿Quiere ver mis dibujos otra vez, mamita? (Se aparta, toma unos cuadernos y se los muestra). El señor Fernández me dió estos cuadernos porque yo no tenía para comprarlos. Fijese, están todos pintados. Ninguno de estos que me pegan porque les toco sus juguetes sabe pintar así. ¿No ve, mamita?

LA MADRE.—Mi hijo, si sé que es muy inteligente. (Vuelve a abrazarlo y lo acaricia amorosamente.)

—Sale LA NIÑA (9 años).

LA NIÑA.—Mamita, fijese, así de grande fué la muñeca que los Reyes le dejaron a la Olguita. Ella dice que dejó sus zapatos—no más—en el balcón y que los Reyes

le dejaron esa muñeca y una caja de dulces bien buenos. A mí me dió un pedazo...

EL NIÑO.—¿Sabes por qué a nosotros no nos dejaron nada los Reyes Magos? Pues, porque nosotros no tenemos zapatos. Yo me he fijado que los Reyes sólo les dan cosas bonitas a los niños que tienen padres que ganan mucho dinero.

LA NIÑA.—¡Ah!

EL NIÑO.—¿Sabes qué haría yo si fuera Rey Mago? Les daría cosas buenas a todos los niños que nunca las prueban; y a todos esos que duermen en la calle les daría una casita y una mamá... Y teniendo una mamá, ¿para qué quieren más?

LA MADRE.—(Amorosamente). ¡Hijito! (Es una reconvención).

EL NIÑO.—Yo no los quiero a los Reyes Mayos. Es verdad que—como tú dices—fueron al Pesebre de Belén, pero fué porque creyeron que el que allí nació era el Hijo de Dios.

LA MADRE.—(Siempre con dulzura). Cállate, niño. Los Reyes Magos no han pasado por aquí, ni les han dejado nada a ustedes porque ellos no conocen esta calle.

LA NIÑA.—¿No la conocen? ¿Y cómo las otras chiquillas tienen juguetes bien lindos? A nosotros no más no nos dejaron nada!...

EL NIÑO.—Los zapatos han tenido la culpa. Mira tú, qué cosa, que hasta para que a uno le dejen juguetes, debe tener zapatos!...

LA NIÑA.—¿Cuándo nos compras zapatos, mamita?

LA MADRE.—En cuanto entregue el lavado grande. Ya quisiera tener yo más trabajo, para que ustedes tuvieran juguetes sin tener necesidad de los Reyes Magos!

(Afuera se oyó una ronda de niños).

LA NIÑA.—Mamita, ¿quiere que vaya a cantar?

EL NIÑO.—No vayas, a mí me acaban de pegar porque les tomé una pelota.

LA NIÑA.—Es que yo canto mejor que ellas. ¿Quieres que cante, mamita?

(LA NIÑA canta una dulce canción. Al terminar tiemblan lágrimas en la voz.)

LA NIÑA.—Mamita, ¿por qué mi canto parece que lloraba?

(LA MADRE la abraza emocionadamente).

EL NIÑO.—Los Reyes Magos sólo han dejado tristeza entre nosotros. Mejor habría sido que no hubieran pasado...

LA MADRE.—Voy a acabar este trabajo y les compraré juguetes.

LA NIÑA.—Tenemos que comprar pan, mamita. Mejor voy a arreglar mi Negra. Se le salieron un poco los sesos, pero se los arreglo con lanita y ¡listo!...

EL NIÑO.—Y yo me voy a poner a dibujar. A ver si los que me pegan hacen cosas tan bonitas como yo. ¿Por qué vamos a estar tristes? Abracemos a la mamá.

LA MADRE.—(Con ternura). Pero si no me dejan tranquila no voy a terminar el trabajo. (Pausa). Y si no lo termino la señora se enojará. (Mirando a su hija). Bien linda es mi hija. Cuando ella sea grande todos me respetarán porque será buena y trabajadora. ¡Ah! ustedes son mi felicidad, mi alegría, mi vida...

EL NIÑO.—Mamita, cálmese, mamita, nosotros también la queremos mucho. Seremos siempre buenos con usted. Y después trabajaremos para usted, viviremos para usted y la tendremos siempre llena de besos y caricias. Es verdad que los Reyes Magos nos han olvidado, pero en cambio te tenemos a tí, mamita querida... (Se abrazan formando cuadro. Lejos, la voz de un organillo).

TELON

Lo que Habla la Vida en la Sala de Clases

(Adaptación de
C. Ferrin)

("Hija de la Tierra", por
Agnes Smedley)
Norteamericana

Sala de clase de una escuela cualquiera. Una maestra, niños de todas condiciones sociales, muy visibles por el vestuario.

Llegan ante la maestra una mujer del pueblo con María, una alumna más para el curso. Viene a matricularse. La madre, avergonzada, no se atreve a entrar más allá de la puerta; la niña mira azorada a los otros niños...

LA MAESTRA.—Pase, señora, ¿qué deseaba?

LA MADRE.—...Este... venía... por la María, señorita.

LA MAESTRA.—Acérquese al escritorio. ¿Usted quería matricular a su hija en la Escuela?

LA MADRE.—Eso es, señorita, matricularla... yo no sé naá de estas cosas, así es que... (Dirigiéndose a la niña). Ven, María, acércate a la señorita...

LA MAESTRA.—¿Cómo se llama la niña? (La madre guarda silencio, turbada).

LA NIÑA.—María, me llamo, señorita.

LA MAESTRA.—¿Apellido? (Silencio de madre e hija)

LA MADRE.—Este, le diré que esta niñita no tiene padre, señorita.

LA NIÑA.—Si tengo...

LA MADRE.—Es hija mía no más, señorita...

LA MAESTRA.—Bueno... pero algún apellido llevará la niña...

LA MADRE.—...(Después de mucho pensar y muy dudosa). Póngale Quiroga...

LA MAESTRA.—Bien; María Quiroga, ¿Edad?

LA MADRE.—¿Cuántos años le echa usted, señorita...

LA MAESTRA.—No es que yo le dé los años, señora; necesitamos la edad exacta de la niña.

LA MADRE.—Qué mas que siete tendrá, pues, señorita... (La niña representa bien sus 11).

LA MAESTRA.—No puede ser, señora. (Dirigiéndose a la niña). ¿Mudaste los dientes ya?

LA NIÑA.—No, señorita; se me cayeron de un golpe.

LA MAESTRA.—A ver... La niña tiene bien sus once años...

LA MADRE.—Así será, señorita; nosotros los pobres no vamos a estar pendientes de los años y de los dientes de los chiquillos... Usted sabe más, señorita; debe tener los 11 que usted le echa.

LA MAESTRA.—¿Dónde vive?

LA MADRE.—¿Quién?

LA MAESTRA.—Usted y la niña.

LA MADRE.—Ahora no vivimos; estamos de allegadas donde una pariente que vive en el albergue para cesantes que da el Gobierno; ese de la calle Larga...

LA MAESTRA.—¿Es usted la madre de la niña?

LA MADRE.—Sí, pues, señorita; quién más iba a ser; nació no más la pobre, a pesar de todas las hambres y penas que sufrí entonces... así que fui la madre y ella es mi hija.

LA MAESTRA.—¿Cómo se llama usted?

LA MADRE.—Mire, señorita, y pa que le enseñen un poco a leer y a escribir a mi chiquilla, es fuerza que a una la confiesen de todo aquí en la Escuela?

LA MAESTRA.—No, señora; son cosas que las exige el reglamento; yo cumplo lo que se me ha ordenado hacer, ¿no le parece?

LA MADRE.—Claro; qué culpa también tiene usted. Pero todo tienen que preguntarlo... si fuera para remediar más de algo... yo quiero que mi chiquilla sepa algo que sepa más que yo que nada sé, y después que me ayude un poco; nada más, señorita...

LA MAESTRA.—Bueno, señora; la niña se quedará hoy mismo en clase.

LA MADRE.—Bueno, señorita... y si le hace algo, pégueme no más, yo no me enojo... Hasta luego, señorita.

LA MAESTRA.—Hasta luego, señora. (La mujer sale; la maestra, dirigiéndose a la niña). Bueno, chica; siéntate

aquí. (La sienta al lado de una chica con una gran cinta en el pelo y muy bien vestida, la que se hace a un lado con disgusto, porque la nueva alumna es muy pobre). Tenemos, entonces, desde hoy una nueva alumna en la Escuela y en la sección una nueva compañera. Vamos a seguir, entonces, con la clase... "Decíamos que para comer decentemente, hay que hacerlo masticando con la boca cerrada... Los dientes deben ser lavados por lo menos tres veces al día con un cepillo de uso personal. Conviene bañarse diariamente, y así conseguiremos una buena salud..."

(La clase se interrumpe por un llamado de la Directora).

Una niña de la escuela, desde la puerta, da el recado: Señorita Susana, dice la Directora que haga el favor de ir a la oficina un momento.

LA MAESTRA.—Está bien, gracias. (Dirigiéndose a las alumnas). Bien; mientras salgo, piensen en lo que estábamos diciendo y no hagan ruido, ¿no?

TODOS LOS NIÑOS.—Bueno, señorita. (La maestra sale: las alumnas comienzan a conversar).

UNA, DIRIGIENDOSE A LA OTRA.—Oye, Sofia, ¿en qué se ocupa tu papá?

LA ALUDIDA.—Mi papá es médico y me va a sacar de esta Escuela, porque vienen muchos rotos a juntarse con una... (Dirigiéndose a la alumna nueva, le preguntan). ¿Y tu papá qué hace, niñita?

MARIA, LA ALUMNA NUEVA.—Mi papá acarrea ladrillos.

OTRA ALUMNA.—El mío no acarrea ladrillos, es abogado... ¿Y dónde vives?

MARIA, LA ALUMNA NUEVA.—Detrás del Cementerio... en el albergue...

OTRA ALUMNA.—¿Así que tú vives con los cesantes en un albergue?

MARIA, LA ALUMNA NUEVA.—Ya se los he dicho, y mi padre es capaz de tumbar a bofetadas a todos los abogados y los médicos del mundo...

OTRA ALUMNA.—¡Su padre acarrea ladrillos y vive

en un albergue, y dice que puede pegarle a mi papá... se lo voy a decir a la señorita...

OTRA ALUMNA.—Así dicen que son de atrevidos los que viven en los albergues del Gobierno... chiquilla mugrienta...

OTRA ALUMNA.—No nos juntemos con esta rota.

MARIA, LA ALUMNA NUEVA.—Bah, si ustedes no son rotas es porque un roto llevan adentro, por lo menos el abuelo... y si no se ven rotas, es porque se han remendado y, más vale ser rota a primera vista, que rota disimulada, con los parches y los zurcidos...

(Suena una campanilla para ir al recreo).

UNA ALUMNA.—Vámonos al patio, mejor, y dejémosnos de tonterías...

(Al salir todas las que pasan cerca de la nueva alumna, le echan un piropo ofensivo).

UNA.—Conventillera...

OTRA.—Rota...

OTRA.—Chiquilla mugrienta...

OTRA.—Atrevida...

OTRA.—Andate a tu albergue, en lugar de traernos piojos...

(María, la alumna nueva, las mira como pantera: toda su vida aporreada y todas las experiencias grises que la vida se ha apresurado a proporcionarle en sus cortos años, palpita en sus ojos negros y agudos como una daga... Queda sola y habla como una sonámbula).

...Un cepillo para mí sola... bañarme todos los días... comer con la boca cerrada; nosotros que tenemos siempre la boca cerrada, porque no tenemos qué comer... que soy una rota, porque no tengo bonitos vestidos y cintas... ¡cintas, cuando nunca las he usado, ni me las han puesto en mis cabellos... y se ríen de mi padre... ¿Por qué me llaman atrevida? ¿Acaso mi padre es menos que el padre de ellas? Claro que si él sabe que me insultan, les pegaría... pero, ¿qué les he hecho yo?

Y todo lo que le costó para que pudiera entrar a trabajar acarreando ladrillos... 30 hombres querían hacer lo mismo, y él tuvo más fuerzas que todos, y aquí, sin conocerlo, lo desprecian... Esta gente no sabe nada... Yo

he venido a la escuela a aprender y me hacen sufrir... ¿No puedo saber lo mismo que ellas, porque sus padres son abogados y médicos? ¿Aprenderán mejor con cintas en el pelo? Tengo tanta pena... ¿Se apoya en el banco y sobre los brazos cruzados deja caer la cabeza; entra la maestra y, encontrándola en esta actitud, le dirige la palabra).

LA MAESTRA.—María... ¿estás enferma? ¿Quieres irte a casa?

MARIA, LA ALUMNA NUEVA.—Sí, señorita... Tengo muchas ganas de llorar...

(La niña se levanta; en su carita hay una rara mezcla de dolor y de sonrisa y de sus ojos no brotan lágrimas visibles, pero en su aspecto se resume todo un sufrimiento interior).

LA MAESTRA.—(Acompañando a la niña hasta la puerta). Espero que lo habrás pasado bien con tus compañeras... como primer día de clase, ¿no?

MARIA, LA ALUMNA NUEVA.—(Sonriendo con infinita amargura, plena de ironía).—Sí, señorita...

TELON

.....

(Afuera las niñas en sus gorgoros, inconscientes, proclaman una felicidad que huye de algunos corazones obstinadamente... Es el patio de una Escuela Pública, en donde el saber debe ser dado con amor... Afuera hay ruidos y gritos y flores y sol, mientras en el corazón de la alumna nueva, de María, la niña proletaria, sólo había silencio de dolor y hambre de justicia! ¡Esa alma ensombrecida de niño que, con derecho a todo en la vida, sólo tiene derecho a nada!

La maestra ha comprendido y, comprendiendo esa tragedia infantil, nada puede hacer; ni siquiera confesar que ha comprendido el dolor inmenso que ensombrece la vida de uno de sus alumnos...)

La Madrastra

ACTO UNICO

(De *Poll de Carotte*)
Jules Renard

Personajes.—Señora Lepic
Zanahoria
Ernestina
Señor Lepic
Félix

Corredor de la casa de los señores Lepic hacia la calle.

SRA. DE LEPIC.—Zanahoria, hijito mío, hace el favor de traerme del molino una libra de mantequilla. Anda corriendo. Te esperamos para sentarnos a la mesa.

ZANAHORIA.—¡No, mamá!

SRA. DE LEPIC.—¿Por qué me dices: no, mamá? Anda, que te esperamos.

ZANAHORIA.—No, mamá, no voy al molino.

SRA. DE LEPIC.—¿Cómo que no vas al molino? ¿Qué dices? ¿Quién te pregunta...? Pero, ¿estás soñando?

ZANAHORIA.—No, mamá.

SRA. DE LEPIC.—¡Vamos a ver, Zanahoria; no me explico lo que está pasando! Te mando que vayas en el acto a buscar una libra de mantequilla al molino.

ZANAHORIA.—Ya lo he oído. No iré.

SRA. DE LEPIC.—¿Entonces, soy yo la que está soñando? ¿Qué es lo que pasa? Por primera vez en tu vida te niegas a obedecerme.

ZANAHORIA.—Sí, mamá.

SRA. DE LEPIC.—¿Te niegas a obedecer a tu madre?

ZANAHORIA.—(Aparte). Sí, mamá; a mi madre.

SRA. DE LEPIC.—¡No faltaba más, vamos a verlo! ¿Irás corriendo?

ZANAHORIA.—No, mamá.

SRA. DE LEPIC.—¿Quieres callarte y echar a correr?

ZANAHORIA.—Me callaré; pero sin echar a correr.

SRA. DE LEPIC.—¿Quieres irte volando con este plato? (Zanahoria se calla, pero no se mueve).

SRA. DE LEPIC.—¡Esta es una revolución!, (exclama la señora de Lepic, levantando los brazos).

(La señora de Lepic llama como pidiendo socorro).
¿Ernestina, Ernestina, Félix, hay cosas nuevas! ¡Vengan también con su padre; nadie estará demás!

(Zanahoria sigue de pie en medio del corredor, sorprendido de su firmeza frente a la señora de Lepic y más asombrado de que no se le ocurra pegarle. La señora de Lepic, por su parte, no sabe qué hacer). . . . ¡Amigos míos, he rogado cortesmente a Zanahoria que me haga un pequeño favor: que alcance hasta el molino de paseo. Adivinen lo que me ha contestado; pregúntenselo para que no creáis que invento.

(Todos parecen adivinar).

ERNESTINA.—(Se acerca a Zanahoria, cariñosa, y le dice al oído). ¡Ten cuidado, que puede ocurrirte algo malo. Obedece, has caso a tu hermana, que te quiere.

(Félix parece estimular a Zanahoria con la mirada. Sonríe socarronamente).

SRA. DE LEPIC.—Puesto que ha llegado el fin del mundo al revés, no tengo más que hacer, y me retiro. Cedo a otro la palabra y que se encargue de domar a la fiera. Dejo al hijo frente al padre. Ellos se las arreglarán.

ZANAHORIA.—(Con voz estrangulada). Papá, si exiges que vaya a traer esa libra de mantquilla del molino, iré por ti, pero sólo por ti. Lo que es por mi madre, me niego. (El señor Lepic se siente más bien fastidiado que halagado por tal preferencia).

SEÑOR LEPIC. — (Dirigiéndose a Zanahoria). ¿No quieres darte un paseo conmigo? (Mira a Félix y Ernestina, insinuándoles su retirada. Estos obedecen).

(Zanahoria guarda silencio). ¿Qué esperas para explicarme tu conducta reciente, que tanto ha disgustado a tu madre?

ZANAHORIA.—Querido papá; mucho tiempo he vacilado; pero había que terminar de una vez. Lo confieso: no quiero a mamá.

SEÑOR LEPIC.—¡Ah! ¿y por qué? ¿Desde cuándo?

ZANAHORIA.—Por todo. Desde que la conozco.

SEÑOR LEPIC.—Ay, qué desgracia, hijo mío. Pero si quiera cuéntame lo que te ha hecho.

ZANAHORIA.—Sería largo de contar. Y, además, ¿no te das tú cuenta?

SEÑOR LEPIC.—Sí; he notado que a menudo estabas de mal humor.

ZANAHORIA.—Me exaspera que digan que estoy de mal humor. Es natural: Zanahoria no puede tener un rencor serio. Está de mal humor. Hay que dejarle. Cuando se le haya pasado, saldrá del rincón tranquilo, satisfecho. Pero, sobre todo, no aparentéis ocuparos de él. No tiene importancia... Perdona, papá, no deja de tener importancia más que para los padres y los extraños. A veces estoy de mal humor, lo confieso, en cuanto a la forma; pero también ocurre, te lo aseguro, que rabio con toda la energía de mi corazón, y que no se me olvida nunca la ofensa.

SEÑOR LEPIC.—Sí, hombre, sí; tienes que olvidar esas quisquillosidades.

ZANAHORIA.—No, hombre, no. Tú no lo sabes todo: estás en casa tan poco tiempo.

SEÑOR LEPIC.—Tengo que viajar.

ZANAHORIA.—(Con tono de suficiencia). Los negocios son negocios, papá. Tus quehaceres te absorben, en tanto que mamá, ha llegado el momento de decírtelo, no tiene más perro que azotar que a mí. Me libraré muy bien de echarte la culpa a ti. Estoy seguro de que en cuanto yo te fuera con el soplo, me protegerías. Poquito a poco, ya que lo exiges, te iré poniendo al corriente de lo pasado. Verás si exagero y si tengo memoria. Pero ahora, papá, te ruego que me aconsejes. Quisiera separarme de mi madre. ¿Cuál sería, en tu opinión, el medio más sencillo?

SEÑOR LEPIC.—¡Pero si no la ves sino dos veces al año, en las vacaciones!

ZANAHORIA.—Deberías consentir que las pasara en el Colegio. Así adelantaría.

SEÑOR LEPIC.—Ese es un favor reservado a los alumnos pobres. La gente creería que yo te abandonaba. Y lue-

go no has de pensar sólo en ti. Por lo que hace a mí, podría quedarme sin tu compañía?

ZANAHORIA.—Irias a verme, papá.

SEÑOR LEPIC.—Los viajes por gusto cuestan caros, Zanahoria.

ZANAHORIA.—Aprovecharías tus viajes obligatorios. Darías un pequeño rodeo.

SEÑOR LEPIC.—No. Hasta ahora te he venido tratando lo mismo que a tu hermano y a tu hermana, cuidando que para nadie halla privilegios. Así he de seguir.

ZANAHORIA.—Entonces, dejemos mis estudios. Sácame del Colegio pretextando que te robo el dinero que gastas, y escogeré un oficio.

SEÑOR LEPIC.—¿Qué oficio? ¿Quieres que te ponga de aprendiz de un zapatero, por ejemplo?

ZANAHORIA.—Eso u otra cosa. Podría ganarme la vida y ser libre.

SEÑOR LEPIC.—Muy tarde, Zanahorita mío; ¿crees que me he impuesto tan grande sacrificio por tu instrucción, a fin de que te pongas a alavetear suelas?

ZANAHORIA.—Pues si te dijera, papá, que he intentado matarme...

SEÑOR LEPIC.—Exageras, Zanahoria.

ZANAHORIA.—Te juro que ayer, sin ir más lejos, aún tenía ganas de ahorcarme.

SEÑOR LEPIC.—¿Y estás aquí? Luego, no tenías más que las ganas. Pero al recordar tu suicidio frustrado, levantas la cabeza con altivez. ¿Te imaginarás que la muerte no ha tentado a nadie más que a ti? Zanahoria, el egoísmo te perderá: tiras de la manta para ti solo. Crees que en el universo no hay más que tú.

ZANAHORIA.—Papá, mi hermano es feliz, mi hermana es dichosa; y que me revienten, si mamá, como tú dices, no siente placer alguno, en jorobarme. Tú, en fin, por tu parte, dominas y te haces temer hasta de mi madre. Ella no puede nada contra tu tranquilidad, lo cual prueba que todavía hay gente feliz en la especie humana.

SEÑOR LEPIC.—Pero, cabezota de especie humana, ¿razonas como un adoquín! ¿Puedes ver con claridad en el fondo de los corazones? ¿Comprendes ya todas las cosas?

ZANAHORIA.—Las cosas mías, sí, papá; por lo menos trato de comprenderlas.

SEÑOR LEPIC.—Entonces, Zanahoria, amigo mío, renuncias a la felicidad. Te advierto que nunca has de ser más feliz que ahora, nunca, nunca.

ZANAHORIA.—¡Bonito porvenir!

SEÑOR LEPIC.—Resígnate, blíndate hasta que seas mayor y dueño de ti mismo, y puedas libertarte, renegar de nosotros, cambiar de familia, ya que no de carácter y de humor. De aquí a entonces trata de dominarte, ahoga tu sensibilidad y observa a los demás, aun a los que viven cerca de ti, eso te divertirá; te prometo sorpresas consoladoras.

ZANAHORIA.—Claro que los demás han de tener sus penas. Pero ya los compaderecé más tarde. Hoy reclamo justicia por cuenta propia. ¿Qué suerte no ha de ser preferible a la mía? Tengo madre, y esa madre no me quiere y yo no la quiero.

SEÑOR LEPIC. — ¡Cállate, después de todo, es tu madre!

ZANAHORIA.—(Con sencillez y prudencia). No lo digo porque sea mi madre.

SEÑOR LEPIC.—(Pensativo). ¡En realidad, Zanahoria, no eres más que un niño!

TELON

Las Aceitunas

(Lope de Rueda)
Español

Personajes:

TORUVIO, simple, viejo.

AGUEDA DE TORUEGANO, su mujer.

MENCIGUELA, su hija.

ALOJA, vecino.

Una pieza sencilla, de aldeano

TORUVIO,—(Golpeando con fuerza la puerta al entrar, sacudiéndose la ropa mojada y casi gritando). ¡Válame Dios, y qué tempestad ha hecho desde el resquebrajo del monte acá, que no parecía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues, y ahora qué nos terná aparejado de comer la señora de mi mujer, así mala rabia la mate. (A Mencigüela). ¿Oíslo, mochacha Mencigüela? (Levantando más la voz). Agueda de Toruégano, ¿oíslo?

MENC.—¡Jesús, padre! y habéisnos de quebrar las puertas.

TORUVIO.—Mira qué pico, mira qué pico, ¿y a dónde está vuestra madre, señora?

MENC.—Allá en casa de la vecina que le ha ido a ayudar a cocer unas madejillas.

TORUVIO.—Malas madejillas vengan por ella y por vos. Andad y llamada.

AGUEDA.—(Entrando). Ya, ya el de los regaños: ya viene de hacer una mala carguilla de leña para que no haya quién se las entienda con él.

TORUVIO.—Sí, carguilla de leña le parece a la señora! Juro a Dios que éramos yo y vuestro ahijado a cargalla y no podíamos.

AGUEDA.—Ya, noramala sea marido. ¡Y qué mojado que venís!

TORUVIO.—Vengo hecho una sopa d'agua. Mujer, por vida vuestra, dadme algo que cenar.

AGUEDA.—(A Mencigüela). Corre, mochacha, aderézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama Y os aseguro marido que no os acordaste de plantar aquel renuevo de aceitunas que te rogué que plantases.

TORUVIO.—Pues, ¿en qué me he detenido sino en plantarlas?

AGUEDA.—Calla, calla, marido. ¿Y dónde lo plantaste?

TORUVIO.—Junto a la higuera breval a donde si no te has olvidado te dí un beso.

MENC.—(Entrando). Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está aderezado todo.

AGUEDA.—Marido, marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantaste hoy, de aquí a seis o siete años, nos dará cuatro o cinco fanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y acullá, de aquí a veinte y cinco o treinta años tendremos un olivar hecho y derecho.

TORUVIO.—(Con mucha convicción). Eso es verdad, mujer, eso es verdad, y no deja de ser lindo.

AGUEDA.—Mira, marido, ¿y sabéis lo que he pensado? Que yo cojeré la aceituna y voz la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela las venderá en el mercado; (con voz airada dirigiéndose a Mencigüela). Y mira, mochacha, que te mando que no des a menos de dos reales el celemin.

TORUVIO.—(Con asombro). ¿Cómo? ¿A dos reales el celemin? ¿No te hace cargo de conciencia? ¡Mujer, que basta pedir catorce o quince dineros por el celemin!

AGUEDA.—Calla, marido. Que el olivar es de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO.—(Con decisión). Pues, aunque sea de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA.—Hora no me quebréis la cabeza. (A Mencigüela). Mira mochacha que te mando que no las des a menos de dos reales el celemin.

TORUVIO.—(Gritando). ¿Cómo a dos reales celemin? Ven acá mochacha. ¿A cómo has de pedir?

MENC.—(Con voz temblorosa). A como quisiéredes vos, padre.

TORUVIO.—A catorce o quince dineros.

MENC.—Así lo haré, padre.

AGUEDA.—(Cogiendo a Mencigüela de un brazo y arrastrándola a un extremo de la habitación). ¿Cómo así lo haré padre? Ven acá, mochacha. ¿A cómo has de pedir?

MENC.—A como mandáredes vos, madre.

AGUEDA.—A dos reales el celemin.

MENC.—Así lo haré, madre.

TORUVIO.—(Cogiéndola de un brazo y arrastrándola al otro extremo de la habitación). ¿Cómo así lo haré, madre? Y'os prometo que si no hacéis lo que y'os mande, os voy a dar más de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENC.—A como decís vos, padre.

TORUVIO.—A catorce o quince sueldos.

MENC.—Así lo haré, padre.

AGUEDA.—(Corre, la coje de un brazo y le pega, gritando). ¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hacé lo que y'os mando.

TORUVIO.—(Cogiendo a Mencigüela del otro brazo y también gritando). Dejad la mochacha; dejad la mochacha os digo.

MENC.—¡Ay madre, ay padre! ¡Socorro, que me matan!

ALOJA.—(Entrando) ¿Qu'es esto, vecino? ¿Por qué maltratáis así a la mochacha?

AGUEDA.—(A Aloja, con voz lastimera). ¡Ay vecino! este mal hombre que me quiere arruinar la casa vendiendo las cosas a menos precio: ¡Unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO.—(Airado). Pues yo juro por los huesos de mi linaje que no son ni como piñones!

AGUEDA.—(Gritando). Si son.

TORUVIO.—(Gritando). No son.

ALOJA.—(Apaciguando). Hora, hora, señora vecina,

hágame el favor de entrar allá adentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA.—(Calmándose). Averigüe, vecino, y libreme de este quebranto.

(Sale).

ALOJA.—(A Toruvio). A ver, vecino. ¿Dónde están esas aceitunas? Sacadlas acá fuera, que yo las compraré todas aunque fueran veinte fanegas.

TORUVIO.—¡Quiá! ¡No, señor! Nues como Vuesa Merced se piensa. Las aceitunas no están aquí en la casa sino que en la heredad.

ALOJA.—Pues, traedlas aquí, que yo las compraré todas al precio que fuere justo.

MENC.—(Llorosa). A dos reales quiere mi madre que se vendan.

ALOJA.—Cara cosa es esa.

TORUVIO.—(Gozoso). ¿No le parece a vuesa merced?

MENC.—Y mi padre a catorce o quince dineros.

ALOJA.—Eso ya es más razonable.

TORUVIO.—¿No le parece, vuesa merced?

ALOJA.—Bueno, bueno, traedme una muestra de ella.

TORUVIO.—Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años producirá cuatro o cinco fanegas de aceitunas y que poniendo plantas acá y acullá, de aquí a veinticinco o treinta años, tendremos un olivar hecho y derecho; y que ella cogería la aceituna y que yo la acarrearía en el asnillo y que la mochacha la vendería en el mercado a dos reales el celemín; yo que no; sino que a catorce o quince sueldos el celemín; ella que sí; yo que nó; y sobre esto ha sido la cuestión.

ALOJA.—(Riéndose fuertemente). ¡Oh, qué gracioso! Las aceitunas no están plantadas y ya la mochacha ha sacado tarea sobre ellas!

MENC.—¿No le parece, señor?

TORUVIO.—(Acariciándola). No llores rapaza; la mo-

qhacha, señor, es como un oro. Hora, andad hija, y prepárame la mesa que ya me muero del hambre, que y'os prometo comprarte un vestido de las primeras aceitunas que venda.

ALOJA.—Idos, también vecino, y quedad en paz con vuestra mujer.

TORUVIO.—(Al público). ¿Qué cosas se ven en la vida! Las aceitunas no están aún plantadas, y ya las hemos visto reñidas.



INDICE

	Pág.
Nota de los editores...	5
Dedicatoria...	7
Prólogo...	9

Primera Parte

TEATRO PEDAGOGICO ...	13
1.—Piececitos al revés. (Juana de Ibarbourou)...	15
2.—Zurciendo Hojas. (Alfredo Mario Ferreiro)...	16
3.—La Rueda-Rueda. (Juana de Ibarbourou)...	17
4.—Juego de Veletas. (Alfredo Mario Ferreiro)...	18
5.—La canción de la madrecita. (Juana de Ibarbourou)...	19
6.—Lavando Nubes. (Alfredo Mario Ferreiro)...	20
7.—El año es un tren. (Celina Perrin)...	21
8.—Los pollitos desobedientes. (Adaptación)...	23
9.—Los sapos. (Berta Elena Vidal)...	26
10.—Danzando sobre las rocas junto al mar. (Paul Fort)...	28
11.—Hansel y Gretel. (Humperdink)...	30
12.—Caperucita Roja. (Juana de Ibarbourou)...	38
13.—La derrota del Invierno. (Adaptación)...	61
14.—Colón ante los Reyes de España. (Celina Perrin).	65
15.—La leyenda de la maravilla. (Celina Perrin)...	71

Segunda Parte

TEATRO LIBRE... ..	77
16.—El Pez y el Perro Azul. (Mauricio Maeterlinck)...	79
17.—Papá y Mamá. (Eduardo Barrios)...	92
18.—Peter Pan y Wendy. (J. M. Barrie)...	97
19.—Pequeñeces Infantiles. (Julio Renard)...	111
20.—Yo quiero ser perro. (Maximiliano Monje)...	118
21.—Los que olvidaron los Reyes Magos. (A. Acevedo Hernández)...	128
22.—Lo que habla la Vida en la sala de clase (Agnes Smedley)...	132
23.—La Madrastra. (Julio Renard)...	137
24.—Las aceitunas. (Lope de Rueda)...	142



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

PRECIO: \$ 5.00